



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**CRÍTICA A LA ECONOMÍA INDOLENTE: ACERCAMIENTO
METODOLÓGICO AL ESTUDIO DE ECONOMÍAS NO-CAPITALISTAS**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P R E S E N T A

EDUARDO MARTÍNEZ-ÁVILA

APOYADA POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS DEL PERSONAL ACADÉMICO, UNAM
PROGRAMA DE APOYO A PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN TECNOLÓGICA
(PAPPIT)

TUTORA

DRA. VERÓNICA RENATA LÓPEZ-NÁJERA

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS (CELA), FACULTAD DE
CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., NOVIEMBRE 2016



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Los más grandes dioses, los que nacieron el mundo [...] ya habían hablado con los hombres y mujeres verdaderos y [...] habían llegado al acuerdo entre todos que había que seguirse caminando. Porque caminando es como el mundo se vivía.

“¿Hasta cuándo seguiremos caminando?” se preguntaron los hombres y mujeres de maíz.

“No muy sabedores nos salieron estos hombres y mujeres. Buscan la respuesta fuera, sin darse cuenta de que ya la tienen detrás y delante de ellos [...] Su espalda es el principio, el ayer de su paso”.

“Mucho cuesta esto de alcanzar el principio para llegar al final. No se acaba esto de caminar” [...] Pero otros y otras se siguieron caminando [...] “Caminamos para hacerlo más bueno el camino. Somos el camino para que otros se caminen de un lado a otro. Para todos hay principio y fin en su camino, para el camino no, para nosotros no. Para todos todo, nada para nosotros”.

“Los hombres se creyeron que el mundo es redondo, pero qué va a ser, esta bola que es el mundo no es más que la lucha y el camino de los hombres y mujeres verdaderos, caminando siempre, queriendo siempre que el camino les salga mejor de los pasos que caminan. Caminando siempre y no se tienen ni principio ni fin en su caminadera [...] Siempre quieren alcanzarse a sí mismos, sorprenderse por detrás para encontrar el principio y así llegar al final de su camino. Pero no lo van a encontrar, lo saben y no les importa ya. Lo único que les importa es ser un buen camino [...]”

Subcomandante Insurgente Marcos, 1996

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto es resultado del acompañamiento, impulso, trabajo y amor de muchas personas que en diferentes momentos de mi vida académica y personal me otorgaron un voto de confianza para el desarrollo de la presente investigación. Lo que más valoro, he de confesar, es que esas muestras de apoyo tenían un impacto trascendental en mi mente y en mi sentir: Me hacían creer en mí no sólo como académico, sino que me reafirmaban como persona. Sin duda me encuentro rebasado para expresar mis agradecimientos por todo el cariño que me han brindado.

En este sentido, tengo que señalar que esta tesis, pese a estar firmada exclusivamente por mí, es resultado de un trabajo conjunto construido con mucho amor. Esta investigación forma parte del camino de vida que he recorrido acompañado de la **Dra. Margarita Tovar** en los últimos siete años. El amor que Margarita me ha brindado a través de pláticas, abrazos, cuidados, reflexiones, ilusiones, aprendizajes me han convertido en una mejor persona. Sin duda eres una inspiración por tus logros académicos y por tu sencillez como persona. Eres una gran mujer.

De la misma forma, no tengo palabras para agradecerle a mis padres **Fred Martínez Cuevas** y **Emelia Ávila Urióstegui**, así como de mis hermanos **Rubén** y **Karina**; y sobrinos **Erick**, **Andy**, **Omar**, **Jessy**, **Santi** y **Pía** por la confianza y cariño total que me otorgan en cada momento que compartimos juntos. Sin su cuidado, protección, afecto y amor no sería la persona que soy. No me cansaré de reiterarles lo mucho que los quiero y que estoy muy orgulloso de formar parte de esta familia.

A **Antonio Mendoza** y **Claudia Valadez** quiero agradecerles por compartirme su vida y su amistad. Los aprendizajes que he tenido junto a ustedes han sido invaluable. Agradezco mucho haberlos conocido y permitirme ser partícipe de diferentes espacios académicos y personales. Los estimo mucho.

Mis agradecimientos totales a la **Dra. Verónica López Nájera** por compartir este anhelo conmigo. Es admirable la atmósfera de confianza, amabilidad y sencillez que genera en las reuniones de trabajo. Si la elaboración de este proyecto de investigación fue lo más gratificante posible ha sido en buena medida por la capacidad de la Dra. López Nájera como investigadora. Ha sido un gusto compartir este tiempo contigo.

A la **Dra. Monika Meireles** le agradezco el seguimiento que le ha dado a mi trayectoria académica. Parte importante de este momento ha sido el impulso que Monika me ha otorgado con sus reflexiones dentro y fuera de las aulas, así como el apoyo que se cristalizó en la publicación de un artículo de investigación que elaboramos de manera colaborativa en 2011. Sin duda, gracias a este trabajo se me han abierto muchas puertas.

La experiencia, sabiduría y calidez del **Dr. José María Calderón** y la **Dra. Márgara Millán** ha sido una vivencia invaluable para mi formación profesional y personal. La dedicación, comentarios y reflexiones compartidas sobre esta investigación me han motivado para continuar en este trayecto académico. Agradezco mucho su aceptación para ser partícipes de este proyecto.

Finalmente, agradezco a todas **amistades** que han compartido conmigo momentos de risas, reflexiones y vínculos afectivos que han hecho de este momento uno de los más gratificantes de mi vida.

Mención especial requiere el **Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos** por abrirme las puertas, confiando en mis capacidades. Después de haber concluido mis estudios de maestría, no me queda duda que este es uno de los posgrados más sólidos, comprometidos y de excelencia académica que oferta nuestra universidad.

Al **Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT)** por garantizarme una estabilidad económica a lo largo de los dos años de duración de la maestría. Sin su valioso financiamiento, hubiera sido imposible consagrar este logro profesional.

De igual forma a la **Dirección General de Asuntos del Personal Académico** de la universidad, por extenderme una beca para titulación (agosto-octubre 2016) a través del *Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPPIIT)* a cargo de la Dra. López Nájera.

En suma, a la **Universidad Nacional Autónoma de México** por ser un espacio integral que da cabida a la construcción de pensamientos críticos, alternativos y complejos, sin perder como referente las problemáticas y contradicciones económicas, políticas y sociales que aquejan a nuestra nación mexicana.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
I. LA <i>SUPEREXPLOTACIÓN</i> DEL TRABAJO COMO CONTRATENDENCIA DE LA FINANCIARIZACIÓN DE LA ECONOMÍA GLOBAL EN CRISIS	14
1.1. Acercamiento a la crisis económica-financiera global: una perspectiva desde la larga duración, p. 18; 1.2. Aproximaciones teóricas a la crisis económica-financiera contemporánea, p. 23; 1.3. La relevancia del valor en un mundo financierizado, p. 33; 1.4. La <i>superexplotación</i> del trabajo como contratendencia de la economía financierizada, p. 40.	
II. GENEALOGÍAS DE LO MODERNO. DEBATE SOBRE LOS <i>IMAGINARIOS CIVILIZATORIOS</i> EMERGENTES A LA CRISIS DE LA <i>MODERNIDAD REALMENTE EXISTENTE</i>	53
2.1. La modernidad capitalista-colonial-patriarcal desde una trayectoria histórico-estructural, p. 56.; 2.2. Una aproximación filosófica a los rasgos de la modernidad capitalista: Apuntes desde Bolívar Echeverría, p. 63.; 2.3. Imaginarios civilizatorios ante la modernidad en crisis, p. 67.	
III. LA <i>ECONOMÍA DE LAS AUSENCIAS</i> Y LA <i>ECONOMÍA DE LAS EMERGENCIAS</i> COMO PROPUESTA METODOLÓGICA EN LA CONSTRUCCIÓN DE ECONOMÍAS NO-CAPITALISTAS	79
3.1. Las transiciones del paradigma, p. 81; 3.2. El pensamiento abismal en la disciplina económica, p. 88; 3.3. <i>Economía de las Ausencias</i> y <i>Economía de las Emergencias</i> como propuesta metodológica, p. 100.	
REFLEXIONES FINALES	115
REFERENCIAS	126

INTRODUCCIÓN

El Norte global¹ experimenta una crisis profunda y multifactorial que llega al paroxismo de cuestionar la vida humana y natural en el planeta. El largo periodo en crisis que atraviesa la esfera económica-financiera, excede las fluctuaciones cíclicas del modo de producción capitalista con epicentro histórico en 1872, 1929 y 1973 (Marichal, 2010). La época contemporánea devela una distorsión civilizatoria que teje distintas áreas que conforman nuestra cotidianidad; esto significa que los países de Occidente/occidentalizados² están insertos en múltiples crisis que se imbrican y yuxtaponen conformando un entramado societal complejo.

Precisando, a nivel *ambiental* se consume más del 50% de la capacidad regenerativa del mundo en una supuesta dinámica de *progreso y desarrollo* capitalista (Ceceña, 2013); esto es visible con el calentamiento global y el agotamiento del patrón fósil fundamentado en el petróleo. En este contexto, 2030 abriría un escenario inédito ante la potencial duplicación de los niveles de bióxido de carbono (CO₂) que desencadenaría la liberación de reservas de metano en la atmósfera, cuyo impacto genera un efecto de sobrecalentamiento treinta veces superior al CO₂. Por otro lado, el alto nivel de temperatura en regiones como el Ártico ha propiciado la desestabilización del albedo que representa el porcentaje de energía reflejada en la superficie

¹ En el nivel de abstracción más generalizado, la acepción “Norte Global” abarca aquellas estructuras de dominación y poder en términos capitalistas, coloniales y patriarcales que conforman el paradigma civilizatorio de la modernidad; estas presentan una tendencia hacia la regulación de las sociedades que, en simultáneo, legitiman la relación violencia-apropiación dentro de las zonas oscurecidas y silenciadas de la misma (Santos, 2009; 2010a; 2014). Como añadido, esta categoría no se limita a su expresión geográfica sino a las estructuras de poder que de ella subyacen. Por contraparte, el Sur Global retoma experiencias, saberes y conocimientos que apuestan por la emancipación social llevada a cabo por aquellos sujetos que metódicamente han sufrido el dominio, discriminación y explotación del capitalismo, colonialismo y patriarcado como estructuras históricas de poder (Esta discusión será retomada en el capítulo tercero de la investigación). Un concepto que presenta un menor nivel de abstracción que se relaciona al carácter geopolítico y geoeconómico global, sin limitarse a este, es el *eurocentrismo* o las regiones de *Occidente/occidentalizadas*.

² Por Occidente o sociedades occidentalizadas se engloba a aquellos sujetos que recrean estructuras mentales que sin importar su posición espacial, tienden a legitimar las pautas hegemónicas de clase, etnia, raza, así como en términos sexuales, territoriales, epistemológicos, culturales, ideológicos, ontológicos, etc., en función del sistema mundial de poder moderno. En este sentido, es posible encontrar zonas marginadas dentro del supuesto mundo desarrollado y zonas de suma riqueza y dominio que forman parte de las naciones periféricas. Sin embargo, este último caso lejos de ser la regla, representa la excepción. Un concepto que hace referencia a estos procesos es el de *colonialismo interno* trabajado desde diferentes tradiciones por autores como Pablo González Casanova (2006) y Silvia Rivera Cusicanqui (2010).

terrestre. En particular, el albedo del Ártico constituye un proceso decisivo para el equilibrio térmico del planeta equivalente al 80% de la energía total (Arizmendi, 2011).

Mientras tanto, en el campo de lo *social* resulta dramático la consolidación de áreas urbanas hiperdegradadas, producto de la desconexión con el empleo formal y la migración campo-ciudad (Davids, 2004). En los primeros años del siglo XXI una tercera parte de la población urbana mundial vivía en áreas hiperdegradadas; por ende, no es casual que emerja un panorama de pobreza generalizada que impacta en el aumento de la economía criminal como forma legítima de acumulación en el capitalismo contemporáneo, visible con el mercado de drogas, armas, órganos, tráfico de mujeres, infantes, migrantes, pornografía, etc. (Arizmendi, 2011).

En esta misma dirección, Santos y Avritzer (2004; Santos, 2016) señalan que la esfera política presenta una crisis de doble patología: La *patología de la participación*, en función del aumento significativo del abstencionismo electoral y la *patología de la representación*, cuya argumentación señala que los ciudadanos se consideran cada vez menos representados por sus gobernantes. Simultáneamente, en la esfera *laboral* destaca la tecnificación del proceso productivo que modifica la *composición orgánica de capital* enunciada por Marx (2005). Lo anterior desfavorece a la clase trabajadora en dos niveles. Primero, la legitimación del *desempleo estructural* como tendencia global, esto es, el desplazamiento de trabajo vivo por trabajo socialmente acumulado (Quijano, 2010). Segundo, la pérdida de derechos y prestaciones sociales; para muestra, en el periodo 2008-09, 1.8 billones de personas (equivalente al 60% de la fuerza de trabajo mundial) operó sin un contrato laboral formal ni seguridad social (Márquez, 2009).

Asimismo, las cuestiones *alimentarias* recrean un presupuesto esquizofrénico: se genera hambre en el momento histórico en que existe la capacidad tecnológica, económica y social para alimentar a la totalidad de la población (Arizmendi, 2011); lo anterior refleja un consumo creciente de productos químicamente modificados, la pérdida de la *soberanía alimentaria* nacional³, así como el aumento de los precios, vía la especulación y el acaparamiento, que conjuntamente fomentan escenarios de alimentación precarizada y hambruna generalizada.

³ Para inicios de la década de 2010, 70% de los países subdesarrollados son importadores netos de alimentos (Arizmendi, 2011). Esto no significa que dichas naciones no cuenten con la capacidad productiva para autoalimentarse, más bien, sus capacidades económicas son deliberadamente frenadas para garantizar la apropiación de ganancias extraordinarias en beneficio de las corporaciones transnacionales.

Con respecto a la brecha *demográfica*, se examinan las asimetrías entre las economías del Norte y naciones del Sur que producen de manera sistemática un masivo movimiento migratorio, léase, de México y Centroamérica hacia Estados Unidos, del Norte de África a Europa Occidental y de Turquía-Medio Oriente con destino a Alemania, principalmente. Estos procesos han incentivado expresiones crecientes de xenofobia, homofobia y racismo que forman parte de una ofensiva conservadora y anti-liberal por parte de los países receptores.

De igual forma, se experimentan transformaciones en las *relaciones de género* cuya ideología dominante naturaliza la correspondencia entre los roles de la esfera privada y las mujeres, en específico las actividades domésticas y del cuidado; de la mano, se verifican cambios y reivindicaciones en la *construcción de las sexualidades* donde, movimientos feministas y en pro de la diversidad sexual de manera generalizada, realizan una crítica contundente al esencialismo biológico-coital arraigado en normas monogámicas, heterosexuales y exclusivamente reproductivas.

Finalmente, los centros universitarios y de investigación a nivel mundial han validado conocimientos que cumplen con criterios epistemológicos y metodológicos, que no necesariamente presentan resonancia con lo concreto. Si bien la realidad socio-histórica se encuentra regida por múltiples determinaciones que reclaman de una constante resignificación producto del desfase entre los corpus teóricos y la realidad (Zemelman, 2011), proliferan estudios descriptivo-instrumentales característicos de la ciencia positivista y post-positivista que omiten la reflexión sobre las transformaciones de la praxis.

Como puede observarse, estos y otros procesos en conjunto engloban lo que autores de diversas tradiciones teóricas latinoamericanas como Aníbal Quijano (2010), Margara Millán (2013), Ana Esther Ceceña (2013), Boaventura de Sousa Santos (2006; 2009; 2010a; 2011), Enrique Dussel (2011), Edgardo Lander (2010), Armando Bartra (2013), Bolívar Echeverría (1995; 1998), José Guadalupe Gandarilla (2016), denominan como una *crisis del proyecto de la modernidad*. Esto es, una crisis del *ethos* que dio lugar al capitalismo, colonialismo y patriarcado como forma de organización social general, expresado en la reproducción material y civilizatoria de la vida. Por ello, el desafío contemporáneo excede las dinámicas de la economía y política (Ceceña, 2013), haciendo especial énfasis en los valores, creencias, supuestos,

vocabularios, comportamientos y actividades que conforman lo que Kuhn (2006) denomina como *paradigma*. En agregado, el conjunto de motivaciones, conductas y visiones del mundo que caracterizan la relación del ser humano con su entorno natural a partir de formas de integración económico-sociales institucionalizadas que derivan, a lo largo del tiempo, en tendencias de unidad y estabilidad (Polanyi, 2014).

De los anteriores planteamientos se deduce que proyectar horizontes civilizatorios alternativos⁴ y emergentes⁵ al paradigma moderno que pone en jaque la *reproducción ampliada de la vida* (Coraggio, 2004), representa una tarea colectiva urgente. Sin embargo, vivimos una trama histórica paradójica: entre más apremiante es la necesidad de delinear escenarios civilizatorios ajenos a la lógica de la modernidad imperante, resulta difuso esbozar trazos post-capitalistas, post-coloniales y post-patriarcales. Sin duda, este es uno de los legados del supuesto triunfo del capital que impactó en el imaginario colectivo en la década de los noventa del siglo XX, que legitimó un supuesto “descrédito” del marxismo como paradigma político y epistemológico de transformación social posterior a la caída del muro de Berlín y del “socialismo realmente existente” soviético. De ello, destacaron las apuestas que legitimaban el “fin de la historia” como expresión profusa que imposibilitaba la generación de marcos potenciales de concreción social.

No obstante, la emergencia de movimientos sociales a partir del año de 1968 significó un quiebre y potencialidad paradigmática que ha reinventado los cánones políticos, epistemológicos y ontológicos que abogan por la bifurcación social. Las comunidades eclesíásticas de base, la insurgencia indígena y el foco guevarista especialmente en América

⁴ En términos dialécticos, cualquier proceso alternativo reproduce, implícitamente, un contexto de normalidad (Santos, 2009); esto alude a la formulación de una norma social pactada bajo el dinamismo de las relaciones de poder centradas en las estructuras de clase, raza y género. Por lo tanto, los procesos alternativos demarcan un papel subalternizado, pero no por ello integrado y subsumido en absoluto a la estructura de poder. Existen grados de apertura que muestran formas de vida y de trabajo que aspiran a la trascendencia del patrón vigente de poder, dentro de la totalidad analítica del mismo. La formulación de este proceso, nos recuerda José Gandarilla (2016), ha sido designado bajo diversos anclajes, según la propuesta teórica y metodológica en turno, a saber: margen, exterioridad, herencia colonial, crítica cromática, zona del no ser, humanismos otros, canibalismos, cimarroneidades, huidas carnavalescas, mimesis festivas, diásporas, líneas abismales. De aquí la pertinencia de la presente investigación por recurrir a una estrategia metodológica que analice las prácticas económicas ausentes y emergentes.

⁵ La categoría *emergencia* será retomada en el tercer capítulo, siguiendo las aportaciones de Hugo Zemelman (2002; 2011; 2012) y Edgar Morin (2010).

Latina (Zibechi, 2007), sumado a la irrupción de los movimientos feministas y afrodescendientes, han desafiado los constructos teóricos críticos latinoamericanos y del Sur Global ampliando el horizonte de inteligibilidades que exhiben que el mundo es epistemológicamente diverso, trascendiendo la comprensión occidental del mismo (Santos, 2006, 2009, 2011). El *comportamiento asintótico*⁶ de estos movimientos sociales han deparado en el cuestionamiento radical de la *epistemología de la ceguera* (Santos, 2000) fundada por los principios de la ciencia positivista que promulga la reproducción de representaciones simplificadas de la realidad que exaltan una razón tecnocrática.

De esta manera, la diversidad del mundo ha sido reducida en nombre de una teoría general, que depara, en términos de Santos (2009; 2011), en el desperdicio de experiencias sociales que construyen y apuestan por escenarios que, potencialmente, posibilitan la trascendencia gradual de las estructuras de la modernidad capitalista-colonial-patriarcal. De esta forma, el reto que emerge desde la academia pasa por discutir y reformular estrategias metodológicas que proyecten un *reacomodo del ángulo de abordaje de la realidad* con la intencionalidad de transgredir nuestras interpretaciones eurocéntricas del mundo. Ello permitirá visibilizar aquellas prácticas, saberes y conocimientos que han sido declarados como “no existentes” en términos de la ciencia en general y de los estudios de la economía en particular.

Así, en un contexto de transición paradigmática, la presente investigación propone ampliar el horizonte de inteligibilidades económicas que actualmente se limitan a la forma individualista, antropocéntrica, homogeneizadora, jerárquica, competitiva, desintegrada de la vida, orientada al consumo y al capital (Mamani, 2010); dando pauta a la visibilización y posibilidad de ejercicios históricos que niegan la estructura y función de las *economías de mercado* (Polanyi, 2014) a través del estudio de las formas de integración institucionalizadas que buscan la satisfacción de necesidades sociales como objetivo primario.

Bajo este orden de ideas, la presente investigación propone abonar a la discusión teórico-metodológica sobre las economías no-capitalistas, formulando un marco de interpretación y legitimación en un contexto de crisis de las estructuras del poder. Tomando como base la

⁶ Desde el estudio matemático de los algoritmos, el análisis asintótico describe un método que estudia el comportamiento de las variables colocadas en el límite como relaciones de equivalencia.

Epistemología del Sur trabajada por Boaventura de Sousa Santos (2009; 2011), se plantea una aproximación al estudio a través de la traspolación de sus principios metodológicos: la *Economía de las Ausencias* como herramienta que expande el presente para visibilizar lo que históricamente ha prevalecido en paralelo a las estructuras productivas y sociales hegemónicas; y la *Economía de las Emergencias* como mecanismo que reduce el futuro, planteando la posibilidad de concretar aquellas experiencias que presentan las condicionalidades de existir.

Para cumplir con el objetivo señalado se plantean tres momentos. En primer lugar se elabora un recorrido por las tendencias explicativas sobre la crisis económico-financiera. En este sentido, el capítulo uno centra su discusión en la relevancia del trabajo, y por ende la creación del valor, en un mundo económico que se apoya de la financiarización como mecanismo para consolidar las ganancias globales. En este contexto, cobra relevancia la *superexplotación del trabajo* (Marini, 1973) como tendencia que estimula la financiarización, visible con los ajustes estructurales de las economías latinoamericanas, asiáticas y de la periferia europea en los últimos treinta años.

Sin embargo, el apremiante contexto contemporáneo nos obliga a aperturar el canon de estudio de la disciplina económica, recogiendo reflexiones de carácter multi e interdisciplinario. Por ello se coloca al paradigma de la modernidad bajo el crisol en un segundo momento, con la idea de vislumbrar las articulaciones filosóficas e histórico-estructurales. Por ello, el capítulo segundo recurre a una mirada desde el largo siglo XVI en términos de Fernand Braudel (s.f.e.; citado en Grosfoguel, 2013), proponiendo el estudio de la modernidad como proceso histórico articulado bajo tres estructuras de poder: el patriarcado como dinámica precedente, acompañado del capitalismo y colonialismo como sistemas de dominación y explotación. A esto se discuten la multiplicidad de imaginarios civilizatorios emergentes ante la crisis de la “modernidad realmente existente”.

Por último, el tercer capítulo da paso a la propuesta de la investigación planteando una reflexión de índole metodológica que reconozca la existencia histórica y la posibilidad concreta de prácticas económicas no capitalistas. Para ello, empero, se retoma la formulación de Santos (2009; 2011), mutando su estudio hacia una meta-economía como propuesta exploratoria: la *Economía de las Ausencias* y la *Economía de las Emergencias*, partiendo de la existencia de líneas abismales en el campo teórico de la economía. Como reflexiones finales, se señala la

potencial articulación de espacios que reinventan las prácticas económicas cotidianas, ampliando los cánones del conocimiento integral que reivindican la dignidad humana.

I. LA SUPEREXPLOTACIÓN DEL TRABAJO COMO CONTRATENDENCIA DE LA FINANCIARIZACIÓN DE LA ECONOMÍA GLOBAL EN CRISIS

La actual disrupción económico-financiera que tambalea al sistema mundial, obliga a una formulación interpretativa que vincule estudios de carácter coyuntural con una perspectiva histórico-estructural del modo de producción capitalista como referente metodológico, apostando por una multiplicidad y yuxtaposición de tiempos económicos y sociales como procedimiento para contrarrestar las visiones parcelarias y fragmentadas de lo concreto. Para ello, resulta crucial la recuperación teórico-metodológica de la Escuela Francesa de los Annales, en particular las aportaciones de Fernand Braudel (1966) quien planteó, en términos historiográficos, la reproducción de tres grandes tendencias que presentan una lógica de reproducción propia, concertadas en un mismo periodo histórico: la perspectiva de la corta, mediana y larga duración.⁷

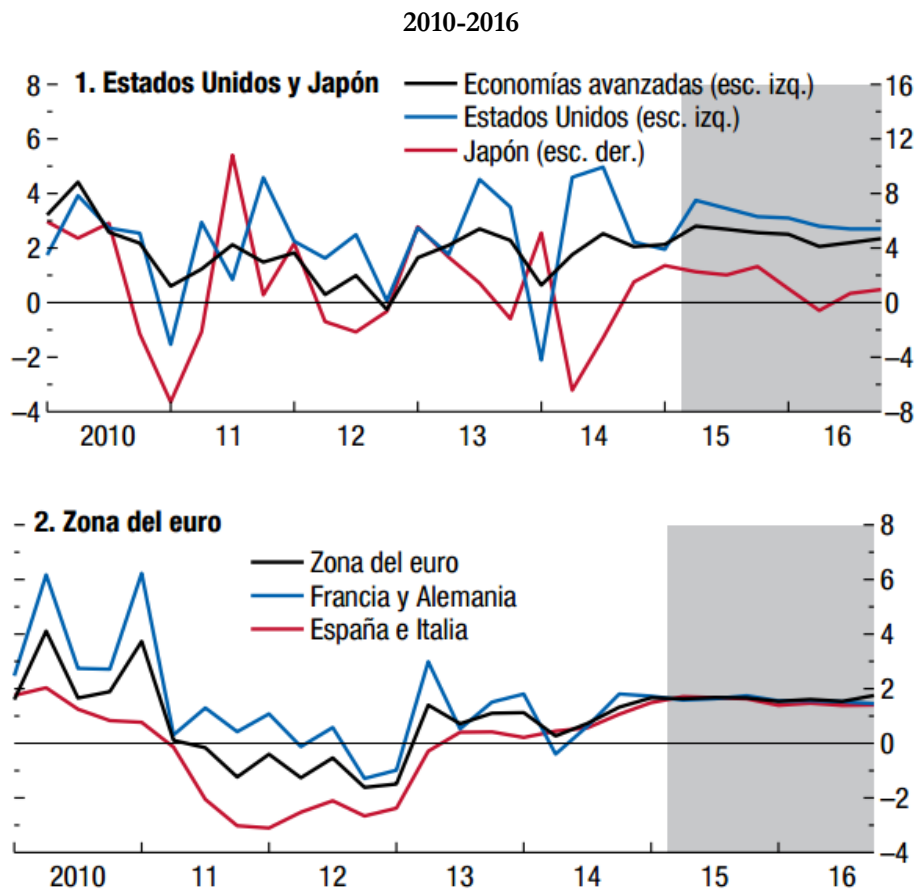
De entrada, el panorama económico-financiero de la primera década del siglo XXI presentó como tendencia particular un contundente cuestionamiento a las estructuras históricas del modo de producción capitalista. Los países de industrialización madura (Estados Unidos, Gran Bretaña, los países de la zona Europea y Japón) experimentaron agudas distorsiones en sus actividades comerciales, productivas, fiscales y de deuda; en contraste, las economías emergentes (China, Brasil, Indonesia, Corea del Sur, Rusia, India y Turquía) tendieron hacia parámetros de estabilidad y bonanza económica sustentado bajo tres mecanismos en específico: a) el auge en los precios de las materias primas (que estimuló el nivel creciente de las exportaciones); b) los diferenciales en las tasas de interés y, c) la capitalización ascendente de

⁷ Inicialmente, el tiempo de corto plazo –el tiempo del *l'histoire événementielle*– se traduce como una historia de los acontecimientos, una historia episódica visible con el acontecer efímero; el tiempo de mediano plazo –el tiempo del *l'histoire conjoncturelle*– se vincula con una historia cíclica que responde a las expansiones y contracciones de la economía así como a la alternancia de los fenómenos políticos y culturales que suceden con cierta regularidad. El comportamiento de la mediana duración presenta su real magnitud dentro del siguiente tiempo, el tiempo de larga duración, la *longue durée* –el tiempo del *l'histoire structurelle*– que remite a la historia estructural; en esta, las tendencias de corte económico y social son las que condicionan el comportamiento de las sociedades, verificable con los patrones civilizatorios y los modos de producción (Braudel, 1968; citado en Wallerstein, 2003). En este sentido, la presente investigación enfatiza en el análisis de la crisis del sistema capitalista de producción como proceso que prioriza la última estructura de estudio, sin dejar a un lado las visiones de carácter coyuntural.

las bolsas de valores emergentes que, en suma, impactaron de manera positiva en los términos de intercambio a nivel comercial y financiero (Ugarteche, 2015).

De esta forma, el mundo económico-financiero internacional avaló un desempeño global de dos velocidades, que dio paso en los primeros años de la década del 2010 a un triple recorrido que exhibe el mínimo crecimiento de los países de la zona europea, la fluctuación de la economía estadounidense no mayor a 2% anual y el auge del mundo emergente, en particular la economía china, con tasas superiores al 4% por año (Ugarteche, 2015).

GRÁFICA 1. CRECIMIENTO GLOBAL DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO (PIB):

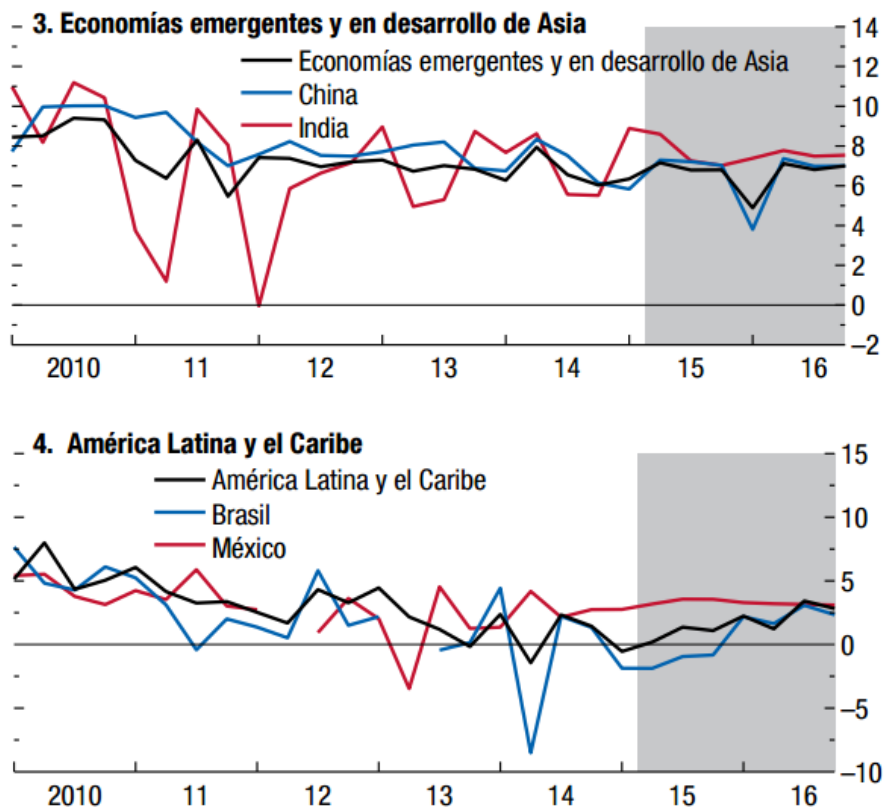


Fondo Monetario Internacional (FMI), 2015

Más aun, las expectativas presentadas por el *World Economic Outlook* del Fondo Monetario Internacional (FMI) en julio de 2016 develan una profunda correspondencia con las tendencias

de principios de siglo. Las proyecciones mantienen el desempeño tope de 2.5% para la economía estadounidense, relacionado con la contracción de la zona europea en 1.4% para 2017 explicado, en buena medida, por el referéndum que aprobó la salida británica de la eurozona en junio de 2016. En sintonía, los mercados emergentes presentarán un dinamismo de 4.1 y 4.6% en 2016/2017 respectivamente, marcado por una leve desaceleración de la economía china, que se mantiene como el motor de la economía mundial (6.6 y 6.2% 2016/2017). América Latina presenta como expectativa un mínimo crecimiento en 2017 (1.6%) que contrarrestará la potencial caída del producto en 2016 (-0.4%). Así, a excepción de la región latinoamericana que mostró un dinamismo económico paralelo al desempeño del mercado de los *commodities* en la primera década del siglo XXI, estamos en condiciones de asentar que, de manera generalizada, el devenir económico posterior a 2008 mantiene su ritmo a nivel mundial (FMI, 2016).

GRÁFICA 1 CONTINUACIÓN. CRECIMIENTO GLOBAL DEL PIB: 2010-2016



Sin embargo, desde una lectura de la *longue durée*, los años finales de la década de 1960 exhibieron una serie de redefiniciones de carácter multifacético que muestran el límite de un modo de producción y consumo que está obligado a recurrir a determinadas causas contrarrestantes, como la remuneración del trabajo por debajo de su valor, para aplazar sus tendencias y contradicciones no resueltas. Ante este contexto, el presente capítulo pretende discutir la relevancia del trabajo remunerado, y por ende la creación de valor, dentro de un patrón de reproducción de especialización productiva velado en nombre de la acumulación del capital centrado en las finanzas.

En particular, se plantea que la *superexplotación del trabajo*, en términos del economista y sociólogo brasileño Ruy Mauro Marini (1973), representa una de las contratendencias⁸ del actual patrón de acumulación financiarizado, patente con la dinámica histórica de las economías latinoamericanas en los años ochenta, las economías asiáticas en la década de 1990 y la periferia europea en la actualidad. Esto es, lejos de las perspectivas que defienden el fin de la era del trabajo manual, la consecución de la plusvalía ha recrudecido sus mecanismos de extracción, particularmente en las áreas de la periferia mundial. Por lo tanto, los procesos de precarización y flexibilización del trabajo, siguiendo el referente teórico de Marini (1973), representan uno de los sustentos primordiales que dan cabida a la actual economía financiarizada.

Para mostrar lo anterior, el primer apartado describe las reestructuraciones de la economía global en la década de 1970 en nombre del patrón de reproducción de especialización productiva, que fomentó una ofensiva contundente contra los derechos y condiciones laborales internacionales. Como segundo acápite se retoma el contexto de la crisis estadounidense-global de 2008-2009, destacando las diferentes interpretaciones teóricas del

⁸ Para fines del presente trabajo, la noción *contratendencia* hace referencia a aquellos procesos multifactoriales que plantean una doble dimensionalidad de la realidad económica y política-social. De esta forma, al analizar las relaciones del mercado mundial, permanece una lógica de acumulación financiarizada que vela los procesos que recrudecen la extracción de plusvalía en los territorios en expansión del Sur Global, en nombre del patrón de especialización productiva. La apuesta defendida en esta investigación sugiere que la “desconexión” del sector financiero con respecto a la economía real, es factible en tanto se potencialicen las dinámicas que precarizan las condiciones laborales internacionales. Este término guarda una relación con la categoría *líneas abismales* trabajada por Boaventura de Sousa Santos (2009; 2010a; 2014); temática desarrollada en el capítulo tercero de la presente investigación.

mismo. El tercer punto hace evidente el papel de la financiarización como proceso crucial en la reproducción del capital, traspasando la plusvalía a las esferas financieras, bancarias y comerciales. Finalmente, se plantea que el proceso de superexplotación del trabajo tiende hacia una dimensión mundial, explícita con la redefinición de la economía latinoamericana y los ajustes estructurales de las economías periféricas en los últimos treinta años. Como conclusión se señala que la crisis del trabajo traspasa el eje económico, afianzándose en la crisis del sujeto masculino que tiende a legitimar prácticas violentas que retumban en lo que Sayak Valencia (2016) ha catalogado como *capitalismo gore*.

1.1. ACERCAMIENTO A LA CRISIS ECONÓMICA-FINANCIERA GLOBAL: UNA PERSPECTIVA DESDE LA LARGA DURACIÓN

Los años finales de la década de 1960 se caracterizaron por el agotamiento de la época más lúcida del capitalismo como sistema productivo: los *Trente Glorieuses* donde el producto per cápita mundial creció por encima del aumento poblacional. Para ello resultó fundamental la disputa geopolítica por la hegemonía entre el campo capitalista estadounidense y el proyecto socialista soviético posterior a la segunda Guerra Mundial; para el caso estadounidense, la apuesta por controlar las relaciones económicas, políticas y sociales se formalizó con la conferencia de *Bretton Woods* en julio de 1944, que deparó en la conformación de la arquitectura financiera internacional vigente hasta nuestros días, a través de instituciones como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, hoy Banco Mundial, el FMI, así como las entidades supranacionales: Organización de las Naciones Unidas (ONU); Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO); y las comisiones regionales de fomento al desarrollo económico como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

Sin duda, en el campo económico, la participación activa del Gobierno como agente interventor estimuló el *nivel de ingresos* y el *volumen de ocupación* como mecanismos heterodoxos para estimular el comportamiento de la inversión vía la *demanda agregada*⁹ (Novelo, 2011). Esto

⁹ El profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Federico Novelo (2011), define el método del sistema económico keynesiano a partir de tres variables independientes, la *propensión marginal a consumir*, la

consolidó la figura del *Welfare State* como la institucionalidad por excelencia que garantizaba prestaciones sociales a la clase trabajadora, visible en el campo de la educación, vivienda y salud, a través del empleo expansivo de la política fiscal, la política monetaria y la política crediticia con el objetivo de fomentar la inversión, la tasa de empleo y el flujo del comercio internacional como estímulo contra-cíclico.

No obstante, el desplome de las economías industrializadas en la década de 1960, avalado por la caída de la tasa media de ganancia de países como Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña y Francia (Dúmenil & Levy, 2002), generó una serie de modificaciones en el patrón de reproducción del capital, que reconfiguró las contradicciones estructurales entre las economías centrales y naciones dependientes de la época. La ruptura de la convertibilidad del dólar con respecto al oro en 1971 (anclado en 35.70 dólares por onza de oro), implicó el fin del patrón oro-dólar y del régimen cambiario fijo.

Así, el abandono de los acuerdos de Bretton Woods impactó en una serie de reestructuraciones en la economía de los Estados Unidos y demás naciones integrantes de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), las cuales describieron un proyecto más amplio experimentado inicialmente en Chile, país laboratorio que recibió la *doctrina del shock* (Klein, 2010) tras el golpe militar que derrocó al gobierno del presidente democráticamente electo Salvador Allende y las posteriores dictaduras militares en el Cono Sur que, de manera conjunta, representaron políticas de contrainsurgencia en América Latina (Osorio, 2015a); esto en un contexto económico latinoamericano de desequilibrio en la balanza de pagos.

Por las consideraciones anteriores, el decenio de 1970 resultó una etapa crucial en la reconfiguración del patrón mundial de acumulación en el entendido que las crisis son momentos esenciales para la reproducción del capitalismo. Las crisis representan lapsos inequívocos de transformación donde el capital suele reinventarse aplazando, no resolviendo cabe subrayar, las contradicciones sistémicas subyacentes para un momento posterior. Esto

eficacia marginal del capital y la *tasa de interés*, que, en paralelo, determinan dos variables dependientes, el *nivel de ingresos* y el *volumen de ocupación*; sin duda, para el correcto funcionamiento de lo anterior juega un papel primordial el incremento de la *demanda agregada* o *efectiva* (demanda de bienes de consumo, bienes intermedios y bienes de inversión) que presenta una correspondencia con el ritmo de la inversión como la verdadera determinación del ciclo económico.

quiere decir que en un determinado patrón de acumulación, las contradicciones y tensiones no desaparecen sino que son contenidas en tanto se compatibilice la acumulación del capital a escala ampliada con las estructuras productivas y el nivel de consumo global a partir de la reestructuración de los sistemas productivos locales (Mendoza, 2012).

Estas transformaciones derivaron en una crisis del *patrón de reproducción* definido como la ruta específica que sigue el capital en determinado periodo histórico y geo-económico de valorización, en función de ciertos valores de uso. Es decir, la noción patrón de reproducción remite a las situaciones de mayor concreción que recorre el capital en su proceso de valorización. Así, se destaca la reproducción de un sistema mundial heterogéneo, con regiones y economías que presentan diferentes formas de desarrollo capitalista (Osorio, 2014a). De ello, el patrón industrial en América Latina atizado en las primeras décadas del siglo XX presentaba signos de agotamiento.

Estas formulaciones dieron vida al régimen de libre mercado hayekiano, centrado en la apertura comercial, la desregulación financiera, la privatización de las empresas paraestatales, el financiamiento vía la Inversión Extranjera Directa (IED) y la estabilidad macroeconómica (inflación de un dígito, equilibrio fiscal y comercial) avalado por el Consenso de Washington en 1989 (Williamson, 1990). Sin duda, esta serie de procesos económicos y político-sociales se articularon en función del nuevo *paradigma tecno-económico*, cimentado en la informática y la microelectrónica, que desplazó la organización laboral fordista por el patrón toyotista¹⁰ (Pérez, 2004). En este contexto, la oligarquía financiera dominó no sólo el rumbo de la actividad bancaria y financiera sino la dirección de la economía a través del control de la esfera productiva (Guillén, 2015).

¹⁰ El impulso fundamental que mantiene con dinamismo a una economía, afirma el economista austriaco Joseph Schumpeter (1983) en la primera mitad del siglo XX, es la fuerza con la que irrumpen nuevos bienes de consumo que suministran una rearticulación de los métodos de producción, organización y transporte, acompañado por la apertura de mercados emergentes, que fomentan una redefinición cualitativa de la economía monopolista a través de la innovación. Bajo este entendido, las revoluciones de las estructuras económicas destruyen de manera ininterrumpida lo precedente a través de un proceso definido como *destrucción creadora* o *destrucción creativa*. En este sentido, el patrón fordista basado en la producción industrial mecanizada en serie, impulsora del consumo de las clases trabajadoras, fue sustituido por el modelo toyotista japonés que combina el uso de tecnologías integradoras con una gestión del trabajo innovadora pero flexible que genera una diversidad productiva. Naturalmente, lo anterior modificó de manera sustancial las relaciones político-institucionales en curso, por ejemplo, el papel del Estado y mercado en la economía, el vínculo capital-trabajo, las condiciones laborales internacionales, etc.

Dada las condiciones, los ajustes neoliberales en la región latinoamericana representaron la continuación de las políticas de contrainsurgencia que debilitaron a la población trabajadora como frente común, a través de mecanismos como el individualismo y la competencia ante la disminución relativa (e incluso en términos absolutos) de las fuentes de empleo (Osorio, 2015a). Esto constituyó una derrota histórica para las organizaciones laborales. La tecnificación de la esfera de la producción y el aumento de la *población económicamente activa* a través de procedimientos como la inserción de mujeres y niños a la esfera laboral con salarios remunerados por debajo de la media¹¹, la integración de China a la economía de mercado, el desmoronamiento de la Unión Soviética, así como la migración masiva de las periferias al mundo central, impactaron de manera contundente en la *composición orgánica de capital* (Marx, 2005), relegando a la clase trabajadora hacia un *desempleo estructural* que resalta la preferencia por el trabajo socialmente acumulado en detrimento del trabajo vivo (Quijano, 2010). Esto impactó en la caída del salario real global en las últimas décadas del siglo XX, así como en la reducción y expropiación de las prestaciones sociales laborales, la prolongación e intensificación de la jornada laboral, la subcontratación y/o contratación vía *outsourcing*, el aumento de los niveles de empleo en la economía informal y criminal, etc., que fomentan escenarios conjuntos de precarización y flexibilización del trabajo. Esto, mientras las empresas de carácter transnacional imponen procesos productivos segmentados y deslocalizados alrededor del mundo.

Consecuentemente, las economías y regiones dependientes conformaron la parte más baja de la subcontratación, la cual se compensa con formas laborales más precarias y violentas ya que la lógica de actuación del sistema mundial capitalista encuentra formas específicas según la región del mundo en donde opere (Osorio, 2015a). Así, pese a la multi-dirección de los capitales en términos geopolíticos, la división internacional del trabajo garantiza la centralidad de los conocimientos y la tecnología para las naciones hegemónicas, concentrando las

¹¹ Se plantea que la inserción de los niños, niñas y mujeres resultó un proceso superficial y mediático ya que históricamente el capital ha requerido de este tipo de trabajo para su consolidación como sistema productivo y civilizatorio. En el capítulo tercero se planteará la discusión de las líneas abismales; como adelanto, el trabajo de mujeres y niños forma parte estructurante de la zona “no visible” de las relaciones económicas y sociales caracterizado por la relación apropiación-violencia. Sin embargo este tema se volvió motivo de debate al colocarse en la parte visible de la relación abismal donde operan criterios según los principios de la modernidad, por ejemplo el derecho.

ganancias; claro está, sin que esto niegue la reproducción de zonas de suma riqueza en la periferia y áreas de pobreza generalizada en el centro mundial.

En resumen, el debilitamiento del patrón de reproducción industrial, que en América Latina se impulsó mediante la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), fue sucedido por el *patrón de reproducción de especialización productiva* que presenta correspondencia con el patrón agro-minero exportador de finales del siglo XIX y principios del XX; para muestra, el énfasis de integración al ciclo de las economías foráneas mediante los valores de uso “alimentos” y “materias primas” (sin desestimar los segmentos industriales y maquiladoras en economías como la brasileña y mexicana) a partir de la desintegración del mercado interno, que desestimula el consumo de las clases trabajadoras nacionales. Esto significó que el aparato productivo latinoamericano armado como elemento fundamental de la estrategia de desarrollo *hacia adentro* fuera desarticulado, asistiendo de nueva cuenta a un modelo de crecimiento pautado por las exportaciones de bienes primarios (Meireles & Martínez-Ávila, 2011).¹²

De esta manera, América Latina ocupa un papel de suma importancia según las necesidades contemporáneas del capital. En términos geopolíticos, Latinoamérica reproduce la condición de reserva mundial en la valorización ya que combina formas de extracción más aversivas como la plusvalía absoluta y la remuneración del trabajo por debajo de su valor, contrario a las realidades centrales que transitan hacia escenarios de plusvalía relativa (Osorio, 2015a). Empero, estas transformaciones se han acompañado de un elemento central: la emergencia del capital financiero como palanca de acumulación posterior a la ruptura de la institucionalidad de Bretton Woods, que representa la nueva cara del lazo subordinado de dependencia en la región latinoamericana (Meireles & Martínez-Ávila, 2011).

Esto significa que, si por una parte, el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) financiero global poco ha influido sobre el crecimiento económico de los Estados-Nación, la creación de empleos y la mejora en la distribución del ingreso global, ha llevado, en cambio, a la

¹² La deconstrucción del modelo pautado en el fortalecimiento del mercado interno trascurrió en dos etapas. Primeramente, por la mano de gobiernos de corte autoritario, seguido por gobiernos que conformaron el restablecimiento de las “democracias formales”. Tal transición se dio a partir de una serie ajustes estructurales de orientación ortodoxa (en consonancia con la oleada del neoliberalismo en el mundo estipulado por el gobierno de Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales), las cuales agudizaron la relación de dependencia en la región (Meireles & Martínez-Ávila, 2011).

instauración de una economía ficticia, diez veces mayor que el PIB estadounidense y británico (Ugarteche & Martínez-Ávila, 2013).

Sin duda, esto ha arrojado procesos con mayor volatilidad e inestabilidad en los mercados cambiarios, de valores y de materias primas con efecto en las economías interdependientes del contexto internacional, tales como Japón (desde 1990 hasta la fecha), México (1994), Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán (1997), Rusia (1998), Brasil (1998-1999), Argentina (2001), Estados Unidos (2001 y de 2008 a la fecha) y la periferia de Europa (a partir de 2010) que han consolidado cuantiosas ganancias en nombre del *régimen de acumulación con predominio financiero* (Chesnais, 2003; Girón & Chapoy, 2009; Guillén, 2015).

Ante ello, la también llamada *financiarización* obedece al proceso que centra su racionalidad en la rentabilidad del capital financiero, excediendo las operaciones del sistema monetario, el comercio y la producción mundial, visible con la compra y venta de activos y/o títulos financieros que generan una nueva articulación de los grandes conglomerados que realizan operaciones fuera de balance en el mercado de capitales (Girón & Chapoy, 2009). Como resultado, el actual caos que experimenta la economía global es ejemplo contundente de las derivas del régimen financiarizado. Para ello habrá que discutir sus diferentes formulaciones teórico-conceptuales con la intención de comprender las causas, orígenes y posibles salidas de la disrupción en curso.

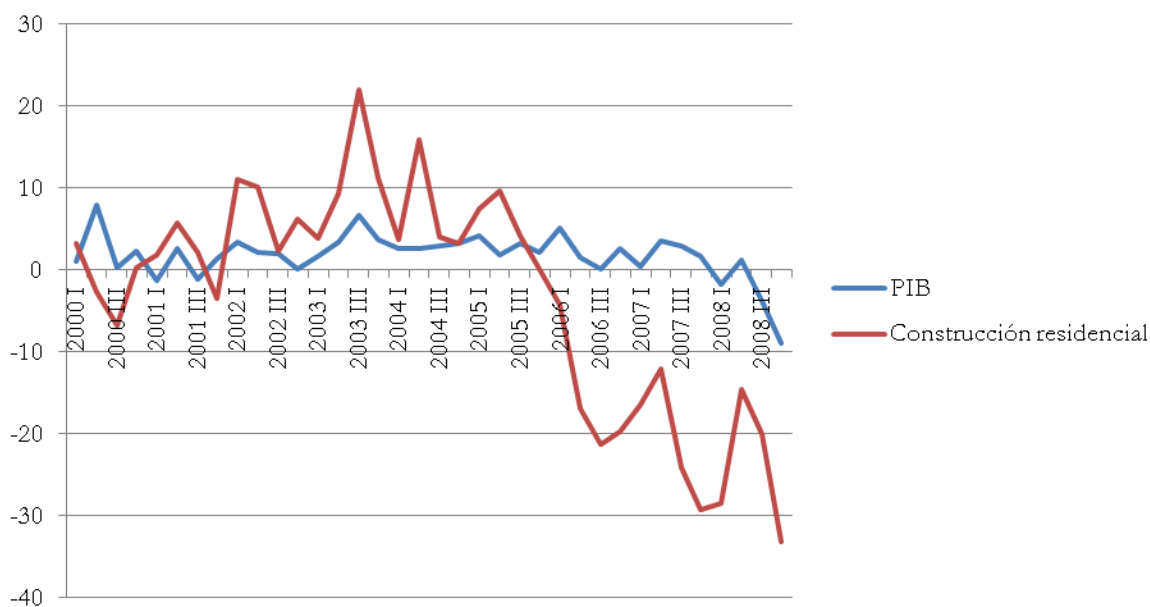
1.2. APROXIMACIONES TEÓRICAS A LA CRISIS ECONÓMICA-FINANCIERA CONTEMPORÁNEA

El panorama monetario estadounidense con tasas de interés cercanas a cero por ciento en los primeros años de la década del 2000¹³ incidió de manera decisiva en el mercado inmobiliario que otorgaba créditos hipotecarios con tasa variable a las capas más vulnerables de la clase trabajadora estadounidense, los cuales aumentaron en 4.3 billones de dólares de 2004 a 2006, equivalente al 47.6% del total de créditos emitidos (Lapavitsas, 2011).

¹³ En 2004 la tasa de interés mostró un ligero comportamiento positivo. Esto, no obstante, no modificó la tendencia del aumento crediticio.

Esto fue expresión de un mercado que no encontraba compradores ante el ritmo ascendente de producción. Sin embargo, el estímulo de la tasa de interés provocó que las empresas de bienes raíces adquirieran un mayor volumen de préstamos destinados a la construcción. Lo anterior estalló naturalmente en una crisis de sobre-producción, seguida de una desaceleración de la inversión en el sector (Véase gráfica 2), que impactó en la caída de los precios de las viviendas. En específico, se apreciaron caídas en el orden del 10% entre los meses de agosto del 2007-2008. El índice de precios de *Standard & Poor's* (2000 = 100) se redujo de 136.4 a 124.3, llegando a 82.5 en marzo del 2012. En agosto de 2007 se hizo público que había problemas con los precios de las viviendas y el valor de los préstamos hipotecarios, lo que desembocó en el problema de la banca de inversión, gran negociante en estos instrumentos: *Bear Stearns* quebró en marzo del 2008 y *Lehman Brothers* en septiembre del mismo año (Ugarteche & Martínez-Ávila, 2013).

GRÁFICA 2. CRECIMIENTO DEL PIB DE ESTADOS UNIDOS TRIMESTRAL TOTAL Y RESIDENCIAL, 2000-2008. TASAS ANUALES ESTACIONALIZADAS



Ugarteche & Martínez-Ávila, 2013

En este tenor, el economista peruano Óscar Ugarteche (2014) señala como hecho fundamental las sucesivas legislaciones que avalaron la desregulación bancaria desde inicios de la década de 1980, por ejemplo la Ley de Desregulación de Instituciones Depositarias y de Control

Monetario (DIDMCA, por sus siglas en inglés), la Ley de Instituciones de Depósitos (DIA, por sus siglas en inglés) y la Ley de Reforma, Recuperación y Aplicación de Instituciones Financieras (FIRREA, por sus siglas en inglés). Esto convirtió a Estados Unidos en el principal receptor de inversión extranjera de corto plazo en el mundo, pero a la vez, en el mayor deudor internacional. Asimismo, la Ley Gramm-Leach-Bliley de 1999 modificó la idea sobre las finanzas que tendieron hacia la cobertura de riesgos, en detrimento de su antiguo carácter de reserva bancaria.

Así, ante el opaco crecimiento de la economía real, la explosión financiera resultó la vía prioritaria para estimular los beneficios mediante el apalancamiento del capital, en particular el incremento del endeudamiento y la obtención de ganancias especulativas. Esto fue visible con el papel del sector financiero estadounidense que ha sido el agente económico que ha aumentado en mayor proporción su deuda con respecto al PIB, pasando de 0.1 a 16 billones de dólares de 1960 a 2007 (Foster & Magdoff, 2009).

De lo anterior se desprende que los bancos comerciales y de inversión estadounidenses estimularon la emisión crediticia inmobiliaria, modificando la tasa de interés en años posteriores a la firma del contrato. Sin embargo, las hipotecas como activos financieros comercializables en los mercados correspondientes fueron vendidas a otros bancos de inversión norteamericanos¹⁴ posibilitado por el respaldo y evaluación crediticia positiva de las agencias de calificación internacional *Standard & Poors*, *Moody's* y *Fitch & Ratings*.

Por consiguiente, la emisión de hipotecas y créditos por parte del sector bancario estadounidense fue garantizada en función de la siguiente secuencia: un banquero minorista emitía créditos hipotecarios a personas sin capacidad de pago a cambio de cuantiosas comisiones. Esto creó un mercado secundario financierizado donde los banqueros minoristas vendían las hipotecas con altas comisiones a la banca de inversión. Lo lucrativo del proceso radicaba en emitir y vender hipotecas más allá de la calidad del préstamo. Más aun, los bancos de inversión crearon nuevos instrumentos y mercados como los *vehículos de inversión estructurados* (SIV, por sus siglas en inglés), los instrumentos de *obligación garantizada por deuda* (CDO, por sus

¹⁴ Este proceso es lo que comúnmente se conoce como *burbuja financiera* que John Kennet Galbraith (2011) define como aquel bien -sea inmueble o acciones- que se compra a precios cada vez más elevados con el convencimiento de que siempre presentará una tendencia ascendente, aunque no guarde ninguna relación con su valor razonable.

siglas en inglés) y los *swaps de default crediticio* (CDS, por sus siglas en inglés) por citar los más relevantes, que no sólo funcionaron como vehículos de cobertura para diversificar los riesgos, sino como instrumentos que conformaron una reingeniería financiera con el objetivo de consolidar ganancias, más allá de los costos y los riesgos de la inversión productiva (Huerta, 2013).

La venta de las deudas pasó de una a otra banca de inversión, hasta que dichos créditos llegaron a instituciones como la *American International Group* (AIG) que, ante el tamaño de la institución, fue rescatada por el Gobierno de George W. Bush (al igual que las hipotecarias financieras FannieMae y Freddie Mac) mediante la adquisición de deudas tóxicas, es decir, deudas sin contrapartida por un monto de 700 mil millones de dólares¹⁵, que formaron parte del plan de rescate del secretario del Tesoro estadounidense en turno, Henry Paulson (ex presidente del banco de inversión *Goldman Sachs*). Esto generó que la deuda de los banqueros se traspasara a los contribuyentes norteamericanos. En este caso, la intervención del Gobierno estadounidense fue justificada como el mecanismo generador de certidumbre en los mercados financieros, en detrimento del ciudadano común. En paralelo, la Reserva Federal (FED, por sus siglas en inglés), dirigida en ese momento por Ben Bernanke, inyectó liquidez a los mercados internacionales a través de los programas monetarios *Quick Easing I, II y III* que sumaron de manera conjunta 4.5 billones de dólares, equivalente al 27% del PIB de Estados Unidos (Ugarteche, 2015).¹⁶

Tras el colapso de *Lehman Brothers* en septiembre de 2008, la crisis económico-financiera dio paso a una siguiente etapa caracterizada por la contracción de las transacciones comerciales internacionales, en un contexto de cierre crediticio de los mercados bancarios, dejando como

¹⁵ Foster y Magdoff (2009) refieren que el desembolso total fue de 5.1 billones de dólares siguiendo la información publicada por *The New York Times* en octubre de 2008.

¹⁶ Cabe resaltar que el colapso de dichos bancos de inversión dejó en claro que el sistema financiero estadounidense -entendido como la suma de bancos, fondos de inversión, bolsas de valores, mercados de commodities, mercados cambiarios, etc., que coadyuvan al traslado de recursos de sectores con excedente a los sectores deficitarios para impulsar la inversión- ha mutado a un *complejo bancario* liderado por Wall Street-FMI-FED que diferencia entre instituciones financieras “muy grandes para quebrar”, (por ejemplo AIG o el Bank of America), con relación a otros bancos que pueden desaparecer sin dañar la élite bancaria y financiera presentando, en el mejor de los casos, una tendencia a la fusión, por ejemplo la compra de Washington Mutual y Bear Stearns por JP Morgan Chase; así como Merrill Lynch que absorbió a Bank of America (Ugarteche & Martínez-Ávila, 2013).

principal consecuencia la reducción de la producción internacional en 2009 (en mayor medida en los países de capitalismo avanzado). Por ejemplo, el comercio inter-europeo se desplomó 22.5% en el lapso 2008-2009, reduciendo la caída en 2010 sin recuperar los niveles del año base. En contraparte, el mercado chino mostró una caída de 15.5% en 2008-2009, recuperando y rebasando en 10% el total producido en 2010 (Ugarteche & Martínez-Ávila, 2013). Con respecto a América Latina, Claudio Katz (2010) establece que el PIB latinoamericano aumentó en 4.1% en 2008, cayendo a 1.8% en 2009 pero restableciendo la tasa de crecimiento en 2010.¹⁷

Por ende, las distorsiones productivas, comerciales y financieras descritas, impactaron de manera negativa en los balances presupuestales y fiscales de los gobiernos europeos y estadounidense a partir de 2007. Esto fue resultado preponderante de la aplicación de medidas contra-cíclicas y de rescates bancarios, generando casos límite como los países de la periferia europea donde se aplican sustanciosos recortes presupuestales en áreas del gasto público como la educación, salud, vivienda, subsidios, etc.; esto en un contexto de aumento de los impuestos al ingreso y consumo, el traspaso de la deuda privada a deuda pública, el congelamiento de los salarios, la privatización de los servicios públicos, la flexibilización de las legislaciones laborales, entre otros procesos, todo justificado en nombre de un ahorro forzoso que impulse en un segundo momento el ciclo económico avalado por la ortodoxia académica global. En resumen, los resultados presentan una tendencia contundente, la ganancias han tendido a privatizarse y las pérdidas a socializarse (Soto, 2013).

En fin, vivimos una economía que, en términos mediáticos, se ha “desconectado” del sector real de la economía, del empleo y del bienestar de 99% de la población, parafraseando al movimiento *Occupy Wall Street*. Un común denominador emitido desde la academia heterodoxa internacional ha sido el cuestionamiento al supuesto racional y eficiente de los mercados construido por el enfoque de las *expectativas racionales* que teoriza sobre una economía estática, mecanicista, con alta carga ideológica, pero factible de modelación matemática (Kaletsky, 2009). En tiempos donde el dogma económico corre libremente, se ha llegado a advertir sobre los peligros de enseñar determinados postulados teóricos, estigmatizando lo externo a la regla.

¹⁷ No obstante, el efecto de la crisis en 2009 ha sido desigual en la región: por ejemplo, México desplomó su producción en más de 6%, mientras Brasil cayó de manera moderada (0.2%) (Katz, 2010).

Como resultado, la crisis económica-financiera contemporánea presenta, en simultáneo, una crisis del paradigma teórico dominante que mantiene incuestionable la reproducción de ciertos supuestos que rigen la enseñanza económica, por ejemplo la racionalidad del *homo economicus*. De ello, son relevantes las aportaciones del sociólogo chileno Hugo Zemelman (2011) quien plantea que la realidad socio-histórica se encuentra regida por múltiples significados, que están en constante resignificación debido a que prevalece un desfase natural entre los corpus teóricos y la realidad. Se reproduce un impasse debido a que el ritmo de la realidad no corresponde en su totalidad a los tiempos de la construcción conceptual. En este sentido, han emergido distintas lecturas teóricas que apuestan por formulaciones más realistas del acontecer económico-financiero contemporáneo. De ello, el economista pakistaní de orientación marxista, Anwar Shaikh (1990; citado en Mateo & Garzón, 2012) destaca dos posiciones divergentes sobre las teorizaciones de la crisis dentro de la historia capitalista: la teoría de la posibilidad y la teoría de la necesidad.¹⁸

Dentro de la primera corriente, destacan posicionamientos de matriz ortodoxa como la escuela neoclásica y/o la escuela austriaca, cuyo argumento avala que el libre mercado tiende inherentemente hacia el equilibrio en tanto no existan interferencias exógenas que irruman la consistencia del modelo. En este contexto, la postura del *mainstream*, sea centros académicos u organismos financieros internacionales, ha mostrado como común denominador el escaso nivel de análisis sobre las causas, desarrollo y posibles salidas de la crisis económica imperante. De hecho, el economista, consultor y periodista ruso, Anatole Kaletsky (2009), cuestiona el papel de los profesionistas en economía, los cuales carecen del instrumental analítico para proyectar escenarios de estabilidad productiva, financiera y comercial; más aún, estos como responsables de las políticas económicas que impactaron en la recesión estadounidense y global.

De manera generalizada, la ortodoxia neoliberal sigue difundiendo el supuesto que “a mayor globalización, desregulación financiera, apertura comercial y privatización de empresas

¹⁸ La teoría de la posibilidad parte del supuesto que el sistema económico tiene la capacidad de reproducirse de manera independiente e indefinida; en esta medida, las crisis son resultado de tendencias conflictivas conforme ciertos factores históricamente determinados; la segunda, la teoría de la necesidad, hace énfasis en el proceso intrínseco del sistema conforme a la aparición periódica de las contradicciones del capital.

paraestatales se dinamizará el comportamiento de los mercados internacionales”; sin duda, este postulado remite teóricamente a la *Ley de Say* que especifica que toda oferta crea su demanda, siendo el equilibrio un supuesto, y no un objetivo para las economías de mercado (Guillén, 2015). Para ilustrar lo anterior destacan las declaraciones como la del ex presidente de la FED, Alan Greenspan (2007; citado en Guillén, 2015), quien minimizó en todo momento la saturación productiva de viviendas en 2007-2008, limitándolo a un problema regional de los Estados Unidos sin ninguna posibilidad de fomentar una burbuja financiera. Más aun, Greenspan justificaba las posibilidades del estallido de la burbuja debido a que satisfacían las necesidades de la población necesitada de vivienda.

De tal modo, la postura oficial pugnaba por la inviabilidad de una banca central que regulara el precio de los activos financieros e inmobiliarios. El argumento dictaba la imposibilidad de definir si los periodos de auge financiero están avalados por la solidez de la economía real o por procesos de especulación de los agentes financieros. Por lo tanto, la función de los bancos centrales se limitó a la inyección de la masa monetaria a posteriori de los colapsos financieros debido a que una acción apresurada de la institucionalidad monetaria en una fase expansiva podría estrangular la economía productiva. En suma, la función primordial de la banca central radicó en la manutención de la estabilidad macroeconómica a través del control de la inflación.

Asimismo, para los organismos financieros internacionales como el FMI (2008; citado en Guillén, 2015), la crisis de 2008 fue interpretada como una eclosión de liquidez ligada a las turbulencias crediticias del mercado de bienes raíces, agravado por la desaceleración de la economía estadounidense. En este contexto, el porvenir inmediato resultaba alentador debido a la respuesta oportuna de los bancos centrales que inyectaron dólares a los mercados internacionales. Por lo anteriormente expuesto, la postura del *establishment* mundial favoreció los intereses de la oligarquía financiera responsable de la crisis, rescatando sus deudas, por ejemplo el caso de *Bank of America*. En este contexto irrumpieron diferentes voces que argumentaron que la crisis global pudo ser minimizada con una eficaz y oportuna regulación de los mercados financieros. Así, desde posicionamientos heterodoxos, englobados bajo lo que Shaikh (1990; citado en Mateo & Garzón, 2012) denomina de la teoría de la necesidad, sobresale el enfoque neomarxista de corte subconsumista que estimula una lectura crítica y compleja del devenir económico.

En específico, John Bellamy Foster y Fred Magdoff (2010; citado en Guillén, 2015) orientan sus interpretaciones destacando una lectura global de la reproducción del capital, partiendo del estudio clásico de Baran y Sweezy publicado en 1966. La hipótesis central de este enfoque señala que las crisis del capitalismo presentan un carácter sub-consumista (esto es, la falta de realización de la tercera fase del ciclo del capital $M'-D'$), que muestra la existencia de un excedente económico por encima del producto, que sólo puede ser absorbido a través del gasto que no crea plusvalía, es decir, el gasto improductivo en términos militares, financieros, publicitarios, las transferencias de capital, etc. Bajo este supuesto, la tendencia del capital camina hacia una situación de estancamiento estructural fundamentado en una falta de consumo crónico. Este panorama se complejiza a partir de la instauración del patrón de acumulación secundario exportador, el cual ha arrojado una creciente concentración de los ingresos acompañado del congelamiento (e incluso disminución) de los salarios reales, visible con el aumento de la relación ingresos-capital con relación al PIB, así como el incremento de las remuneraciones vía intereses, comisiones financieras, dividendos y ganancias bursátiles que ganan terreno en detrimento de los ingresos industriales.

Pese a ello, una de las mayores críticas a esta perspectiva radica en la falta de elementos estadísticos que constaten la hipótesis que valide que la crisis de las hipotecas subprime, con su impacto ulterior en el comercio mundial, presenta como causa central la falta de consumo. De hecho, el consumo privado (sea por endeudamiento o por transferencias geográficas de capital) ha registrado niveles en ascenso sin precedente. Ello abre la interrogante si la crisis presenta elementos relacionados con la falta de valorización del capital, más que con niveles de sub-consumo. Bajo este debate, la respuesta teórica que abona a esta discusión emigró de los parámetros del marxismo para ubicarse en la vertiente poskeynesiana.

Acorde a lo anterior, el enfoque poskeynesiano representa una corriente de pensamiento no estructurado que recoge un abanico de interpretaciones en construcción que basan su potencial analítico y teórico en el posicionamiento de autores clásicos como John Maynard Keynes, Michal Kalecki y Piero Sraffa. Por ejemplo, el economista estadounidense de la Universidad de Yale, Thomas Palley (2009; citado en Mateo & Garzón, 2012), considera que la crisis actual es resultado del modelo de gestión económica neoliberal que da a lugar a un patrón de

distribución del ingreso que incide en una demanda insuficiente originada por el estancamiento salarial estimulado por el endeudamiento, que impacta, a su vez, en el auge financiero.

Conforme este marco referencial, una de las posturas con mayor solidez es la defendida por el economista de la Universidad de Harvard, Hyman Minsky, que parte del estudio de la esfera financiera. Como antecedente, al calor de la depresión económica-financiera de los años treinta, destacan las aportaciones del economista de la Universidad de Yale, Irving Fisher. Particularmente, el autor consideraba que los grandes auges y depresiones de las economías, siguiendo una serie de hipótesis sobre las razones de la quiebra de la Bolsa de Valores de Nueva York, fluctuaban con base en dos procesos primarios: el sobreendeudamiento y la deflación subsiguiente. Por lo tanto, variables como la sobreproducción, sub-consumo, sobrecapacidad productiva, caída de los precios, sobre-inversión, sobre-ahorro, si bien resultaban trascendentes para el acontecer económico, destacaban por su papel secundario en el devenir del ciclo económico (Guillen, 2014).

En el origen del boom, los inversionistas encuentran posibilidades crecientes en el mercado, en función de las invenciones tecnológicas, nuevos productos, mercados en expansión, con lo que alimentan expectativas de ganancia. Ante este panorama, se invierten mayores niveles monetarios a través del endeudamiento en el entendido que la tasa de ganancia esperada está por encima de la tasa de interés bancaria. Sin embargo, el exceso de optimismo tiende necesariamente al sobreendeudamiento. Así, en la parte decreciente del ciclo económico, los inversionistas se ven persuadidos a vender sus productos con tal de cumplir con sus obligaciones bancarias. Bajo este contexto, las empresas reciben bajos precios, generando una espiral deflacionaria. A pesar de los esfuerzos por reducir el monto nominal del pasivo, la caída generalizada de los precios en la economía fomenta que la deuda incremente en términos reales (Guillén, 2014).

Siguiendo este abordaje analítico, en la década de los ochenta Hyman Minsky (1985, citado en Guillén, 2014) cuestionó las transformaciones radicales que habían estructurado la economía global una década atrás, en específico, la transición de sistemas financieros sólidos a sistemas con crisis recurrentes. De esta suerte, el común denominador de la economía contemporánea se caracteriza por la inestabilidad, donde la creciente complejidad de las dinámicas capitalistas

tiende hacia el crecimiento paulatino de la inflación custodiado por depresiones económicas severas.

Así, por una parte, el auge de las economías conlleva a la dispersión del riesgo. Esto impacta de manera positiva en las instituciones financieras que gradualmente se van robusteciendo. No obstante, este fenómeno representa el cimiento para los incumplimientos posteriores. Para Minsky (1985; citado en Guillén, 2014), el desempeño de la estructura financiera global puede ser evaluado bajo tres regímenes financieros: El comportamiento prudente, el especulativo y el Ponzi. De estos regímenes, el manejo de la tasa de interés resulta prioritario en el desenvolvimiento de la economía. En un supuesto donde la tasa de interés aumenta, los prestatarios que optan por esquemas especulativos y Ponzi ingresan a un círculo vicioso donde deciden vender sus títulos financieros con la idea de generar liquidez; esto impacta necesariamente, en un segundo momento, en la baja de las cotizaciones, lo que permitiría restablecer la tasa de interés. Es decir, la economía transitó de un periodo álgido en los rendimientos a un enfriamiento soportado por la inestabilidad de las inversiones especulativas y de carácter Ponzi. Asimismo, los hogares optan por pedir prestado para cubrir sus gastos básicos con lo que aumenta de manera generalizada las deudas en la economía. La tendencia camina directo hacia una recesión y/o el estallido de la burbuja financiera, presentando como golpe final una caída generalizada de los precios (Guillén, 2014).

Por lo anterior, esta postura teórica considera que la crisis norteamericana de 2008 representó una irrupción de corte financiero tipo Ponzi que culminó con la tendencia en expansión desarrollada a partir de los años noventa. La deuda total estadounidense con relación al PIB ha crecido desde los años ochenta, en paralelo a la consolidación de la financiarización de la economía. En 2007 la deuda total llegó a 47.7 billones de dólares, es decir, pasó de 170% con respecto al PIB en 1980 a 345% en 2007. Asimismo, la deuda del sector financiero aumentó de 22% a 115% del PIB en el mismo periodo, mientras que la deuda de los consumidores privados se duplicó (51% a 100%). Derivado de lo anterior, el factor deflacionario ha estado presente en ramas como el sector inmobiliario y la bolsa de valores (Guillén, 2015).

De lo estudiado hasta este punto, resulta fundamental retomar las aportaciones expuestas con interpretaciones novedosas desde un aparato crítico, alternativo y complejo que constituyan

una comprensión latinoamericana de la realidad económica, política y social. De esta manera, sobresale una temática de vital importancia para los territorios que conforman el Sur Global: prevalece una etapa histórica donde la esfera de la producción presenta una importancia suprema ante el auge del mundo financiero. En particular, el trabajo manual en un sentido mecanizado e informal, lejos de ser superfluo, presenta una vigencia superlativa conforme las pautas contemporáneas del modo de producción capitalista. De aquí la importancia de erigir propuestas exploratorias que develen la relevancia de la superexplotación del trabajo periférico como contratendencia de la expoliación financiera.

1.3. LA RELEVANCIA DEL VALOR EN UN MUNDO FINANCIARIZADO

La saturación productiva es signo evidente de una limitante crucial en la reproducción del capital en escala ampliada. Este proceso genera una trabazón que deriva en la inutilización de una fracción del capital dinerario, que no encuentra salida en la esfera productiva. De acuerdo con lo dicho, Marx (2008) acuñó el término *plétora de capital* para plantear este fenómeno, cuyo destino se ha vinculado históricamente con las actividades especulativas, crediticias y accionarias que de manera global definen al *capital ficticio*¹⁹. Dicha tendencia se caracteriza por el traspaso de la forma general del capital industrial al capital especulativo que sustenta, en palabras de John Bellamy Foster (2013), la actual fase irracional del capital monopolista-financiero que representa un mecanismo ajeno y contrario a la valorización del capital.

Tal como se ha visto, el nuevo ordenamiento financiero global ha impactado en la consolidación de los grandes inversionistas (denominados inversionistas institucionales), en detrimento de los inversionistas individuales. Esto devela la complejización de la estructura financiera, perceptible con la diversificación e innovación de los instrumentos financieros; sirva

¹⁹ Desde una matriz marxista, se entiende por *capital ficticio* a la ruptura que emerge entre la economía real productora de plusvalor y una dimensión financiera que opera como un capital autónomo bajo leyes propias de valorización. Significa entonces que el capital ficticio representa una parte de la plusvalía futura que no necesariamente guarda relación con el capital real (Guillén, 2015). Esta desconexión opera de manera particular en el mercado de las finanzas donde las transacciones operan bajo los siguientes instrumentos: acciones, obligaciones gubernamentales y empresariales, créditos bancarios, financiamiento de la deuda pública, etc. Sin duda, esta definición se complementa con la categoría *capital portador de interés* trabajada a continuación.

de ejemplo, los fondos de cobertura (Hedge Funds), fondos de pensiones, fondos mutuales, las aseguradoras, derivados financieros y otras inversiones de esta índole, que están en función no solo del tamaño de las inversiones en el mercado de capitales, la composición de sus portafolios y/o la velocidad con la que venden/compran sus activos financieros, sino que presentan la capacidad, como punto relevante, de modificar los flujos de capital a través del uso de determinados portafolios, impactando a su vez, en las reservas y los tipos de cambio internacionales (Huerta, 2013).

Desde una perspectiva de finales del siglo XIX, el economista mexicano Arturo Guillén (2015) estudia el papel del capital monopolista-financiero como fracción hegemónica prevaleciente hasta nuestros días. A lo largo del siglo XX, asienta, han operado periodos que presentan una mayor correspondencia entre el sector productivo y la esfera financiera, en particular el periodo de los años cincuenta-setenta. No obstante, esta situación se modificó con la gran crisis del decenio de 1970 que, en términos de la escuela de la regulación francesa, representó una crisis del modo de regulación monopolista-estatal y del régimen de acumulación fordista. Así, la financiarización representó un cambio cualitativo en el régimen de acumulación, en particular de la ganancia financiera bajo condiciones del capital monopolista-financiero, al mutar de un sistema financiero avalado por el crédito bancario a uno sustentado por el mercado de obligaciones; lo anterior se posibilitó en función de dos tendencias: 1) el proceso de concentración y centralización del capital y; 2) el control de la emisión y circulación del capital financiero.²⁰

En específico, Francois Chesnais (2003), profesor emérito de la Universidad de París, define a la *financiarización* o *régimen de acumulación con predominio financiero* como la nueva configuración del capitalismo contemporáneo cuyo contenido económico y social hace referencia a una forma específica del capital establecida por Marx, que difiere de manera radical de la forma general del movimiento capitalista expresado por la fórmula $D - M - D'$. En concreto, el *capital portador de interés* expresa una relación de magnitudes donde el dinero genera por sí mismo más dinero,

²⁰ Dicho análisis se completa con el estudio de una dinámica extraeconómica: la crisis de la hegemonía mundial. En concreto, desde la segunda mitad del siglo XX Estados Unidos ha desplegado su liderazgo monetario, financiero y militar para preservar su poderío. Bajo este argumento, Fernand Braudel (1992; citado en Guillén, 2015) considera que el fenómeno de la financiarización representa una constante a lo largo de la historia del capitalismo, vinculado con la declinación de las potencias hegemónicas.

esto es, valor que se valoriza a través de la fórmula $D - D'$; lo anterior exige el proceso que media a ambos extremos, esto quiere decir, la conexión entre la producción y la esfera de la circulación. Por ende, la expresión capital portador de interés representa la forma más fetichizada del dinero ya que el interés aparece como fruto intrínseco del capital (Marx, 2008).

En esta dirección, se cuestiona la posibilidad del régimen financiarizado de estructurar un modelo de acumulación consistente con la capacidad de desarrollar instituciones y relaciones económico-financieras que ejerzan un control continuo y duradero de los conflictos y contradicciones del sistema capitalista de producción. Específicamente, el régimen de acumulación con predominio financiero carece de un motor endógeno de acumulación, contrario a la dinámica de la economía real. Es por ello que la estabilidad no es una propiedad representativa de dicho régimen, que traspasa las contradicciones sistémicas contemporáneas hacia un porvenir incierto en el que se desdibuja la correspondencia entre el régimen de acumulación y la estructura de consumo (Chesnais, 2003). Por ende, el capital financiero es el eje de la apropiación y concentración del valor, más no de la generación del mismo (Gutiérrez & Albarracín, 2008). Por esta razón, el crecimiento del PIB financiero poco ha influido sobre el crecimiento económico, la creación de empleos y la mejora en la distribución del ingreso global, llevando, empero, a la instauración de una economía ficticia, diez veces mayor que el PIB estadounidense y británico (Ugarteche & Martínez-Ávila, 2013).

Sin duda, lo anterior tiene como referente lo estudiado por Marx (2005; 2008 y 2009) en *El Capital*. Para la Crítica de la Economía Política, el proceso cíclico del capital presenta tres figuras que se reproducen de manera simultánea, generando una metamorfosis entre sí, según el acento analítico en el que se particularice: el capital productivo, el capital mercantil y el capital dinerario (Marx, 2008). De tales, el traspaso y creación de valor opera necesariamente en la esfera de la producción, donde interactúa la maquinaria y materia prima (englobada bajo el concepto de *capital constante*) con la fuerza de trabajo (*capital variable*). Así, el punto de partida teórico establece que la remuneración de la fuerza del trabajo es equivalente al valor de los bienes salario que le permiten al trabajador reproducir sus fuerzas físicas y espirituales para la

siguiente jornada de trabajo²¹. A la par, el propietario del capital y de los medios de producción se apropia del trabajo excedente (trabajo no remunerado) a través de la extracción de la plusvalía como figura esencial que propicia la acumulación del capital en escala ampliada.

En consecuencia, el papel de las finanzas resulta una fase transitoria atada a las necesidades del capital productivo, la cual, aparentemente, se constituye como una esfera autónoma según las variaciones de la tasa de interés. En palabras de Marx (s.f.e., citado en Chesnais, 2003: 44-45):

“La clase de los capitalistas financieros contrasta con el capitalista industrial como categoría particular de capitalistas, el capital financiero se erige en una especie de capital autónomo y, finalmente, el interés actúa como la forma independiente de la plusvalía que corresponde a ese capital específico. Desde un punto de vista cualitativo, el interés es la plusvalía obtenida por la simple posesión del capital (...), aunque su poseedor permanezca al margen del proceso de producción; *el interés es, por tanto, producido por el capital que ha sido sustraído de su proceso*”.²²

De igual manera, el capital dinerario, ejemplificado hacia finales del siglo XIX con el papel del crédito, los títulos públicos gubernamentales de deuda y el capital accionario, caracteriza al capital ficticio, esto es, un capital que no constituye ninguna riqueza social alguna ya que no posee inherentemente valor:

“Esos mismos títulos se transforman... en réplicas de papel, como si el reconocimiento de la deuda adquiriese un valor aparte de la propia deuda y a la vez que ella. Se convierten en representantes nominales de capitales que no existen... Pero en su condición de réplicas, negociable en sí mismas como mercancías, y que por ello circulan como valores de capital, son ficticias, y el monto de su valor puede aumentar o disminuir de forma totalmente independiente del movimiento del valor del capital real

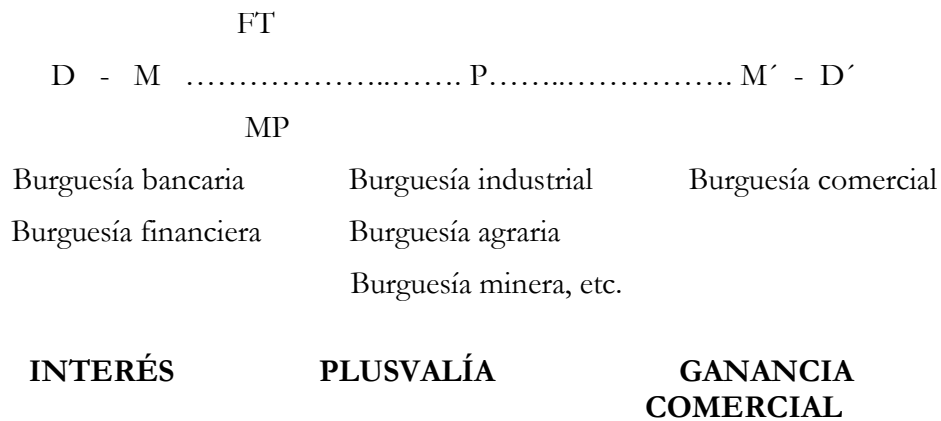
²¹ Esto no quiere decir que no existan remuneraciones que violen la ley del valor, es decir, retribuciones por debajo del valor. Este punto se abordará en el siguiente apartado siguiendo la perspectiva de Ruy Mauro Marini (1973).

²² Cursivas propias

sobre el que sus poseedores disponen de un derecho” (Marx, s.f.e.; citado en Chesnais, 2003: 46).

Bajo este argumento, Jaime Osorio (2014b) desde un posicionamiento marxista de la dependencia, apunta que el capital no es homogéneo, sino que está expresado por una heterogeneidad de intereses y ramas de producción que generan una pugna de fracciones de clase según el lugar que ocupan dentro de la reproducción del capital. Estas fracciones de la burguesía se agrupan en tres grandes sectores según la fase del ciclo (Ver Figura 1).

FIGURA 1. FRACCIONES BURGUESAS SEGÚN EL CICLO DEL CAPITAL INDUSTRIAL



Osorio, 2014b

La burguesía financiera y bancaria presenta preponderancia en la primera fase; su relevancia se centra en fomentar el proceso de producción proporcionando una suma monetaria factible de transformarse en capital. En este sentido, la palanca de acumulación de esta fracción es la tasa de interés. La segunda fase está conformada por la burguesía productiva, relacionada con aquella fracción responsable de la producción de valores de uso, cuyo interés radica en la concreción de la plusvalía. En este rubro se agrupan los inversionistas industriales, productores agrícolas, empresas mineras, etc., que llevan a cabo la lógica de actuación del modo de producción capitalista.

En último plano, la burguesía comercial completa el ciclo, al coadyuvar a la burguesía productiva a desocuparse de la rotación y venta de las mercancías. Sin embargo, la reflexión primaria coloca en cuestionamiento la capacidad autónoma del sector financiero-bancario y

comercial de producir un extra de valor, ya que sus actividades se encuentran ubicadas en la esfera de la circulación. Sin duda, la plusvalía representa la figura por excelencia en la creación de un nuevo valor, el cual se traspa a la primera y tercera fase mediante el vehículo de la tasa de interés y ganancia comercial.

Por lo tanto, resulta de vital importancia concluir que en la actual etapa financiarizada ha sido fundamental la profundización de los procesos de extracción de plusvalía a partir del aumento cualitativo y cuantitativo de la tasa de explotación del trabajador, más allá del despliegue de las fuerzas tecnológicas. Esto con la idea de transferir de manera continua y sistemática la plusvalía a las áreas financieras y comerciales.

Lo anterior cuestiona de manera contundente aquellas posturas teóricas que abogan por la supuesta relatividad y pérdida de importancia del trabajo en la sociedad capitalista²³. Es indispensable subrayar que las condiciones estructurales del patrón de reproducción de especialización productiva han impactado hacia una tendencia creciente de precarización laboral que presenta correspondencia con la forma particular de apropiación del trabajo característico de las economías dependientes: la superexplotación del trabajo (Marini, 1973).

Así pues, mientras el sector financiero y bancario acumula sumas monetarias sin precedente, el trabajo muestra tendencias globales de flexibilización y precarización, sobresaliendo estas dinámicas principalmente en las economías dependientes. Según lo dicho, la tendencia estructural global de libre mercado acentúa y propicia lo anterior en función de los ajustes de austeridad impelidos por las instituciones financieras internacionales como el FMI, Banco Mundial, Banco Central Europeo (BCE), Organización Mundial del Comercio (OMC), etc., visible desde la década de 1980 en América Latina, en las economías asiáticas a lo largo de los años noventa y actualmente en los países periféricos de Europa.

De esta suerte, se requiere apelar a una *concepción ampliada del trabajo* (Antunes, 2010; citado en Sotelo, 2012) que distinga las variedades del *trabajo concreto* como expresiones cíclicas en la

²³ Por ejemplo, el filósofo italiano Franco Berardi (2014) asevera que, contrario a la lógica del capitalismo industrial cuyo motor está anclado en la extracción de valor a partir de la fuerza de trabajo manual, vivimos una etapa caracterizada por un *capitalismo semiótico* donde la explotación está en función de cualidades intangibles como la inteligencia, la sensibilidad y la emotividad del ser humano.

acumulación del capital, contrastado con la constancia histórica del *trabajo abstracto* responsable de la producción generalizada de plusvalía. Así, el capitalismo no puede visualizarse como modo de producción coherente y sostenido sin la apropiación de este último a través de la producción de valores de uso.

Sobre la base de las consideraciones anteriores, salen a relucir las teorizaciones desde una lectura latinoamericana que plantean como hipótesis la reproducción histórica de estructuras productivas y comerciales diferenciadas a nivel geopolítico a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Según se ha citado, prevalece un *deterioro estructural en los términos de intercambio* en detrimento de las economías periféricas productoras de bienes primarios incapacitadas de retener el fruto de la productividad, presionando hacia la baja los beneficios y salarios con respecto a los rendimientos del mundo central fabricante de manufacturas (Prebisch, 1996). Más aun, el asunto traspasa las relaciones comerciales del mercado para ubicarse en la esfera del capital productivo que muestra asimetrías tecnológicas y variaciones en el método de trabajo (Dussel, 1984; citado en Cárdenas, 2016).

De lo anteriormente expuesto, la discusión teórica se ha acentuado en el contexto del modelo de especialización productiva más allá del boom de los precios de las materias primas posterior a 2003. Esto es notorio con las transferencias de valor por parte de las regiones periféricas al mundo desarrollado, sea por la continuidad del intercambio comercial desigual, el pago de intereses, la transferencia empresarial de ganancias a las casas matrices, la deuda externa, etc.²⁴ (Osorio, 2009). En definitiva, las economías nacionales han tenido un desempeño disímil ya que la mayor productividad y los adelantos tecnológicos de las economías centrales impiden a las economías subdesarrolladas imponer precios por encima de su valor, generando una tendencia hacia la apropiación de este.

²⁴ Esta división de ninguna manera refiere a un posicionamiento estático y determinista. Más bien contempla un análisis generalizado a partir de las estructuras productivas y comerciales de las economías del mundo.

1.4. LA SUPEREXPLOTACIÓN DEL TRABAJO COMO CONTRATENDENCIA DE LA ECONOMÍA FINANCIARIZADA

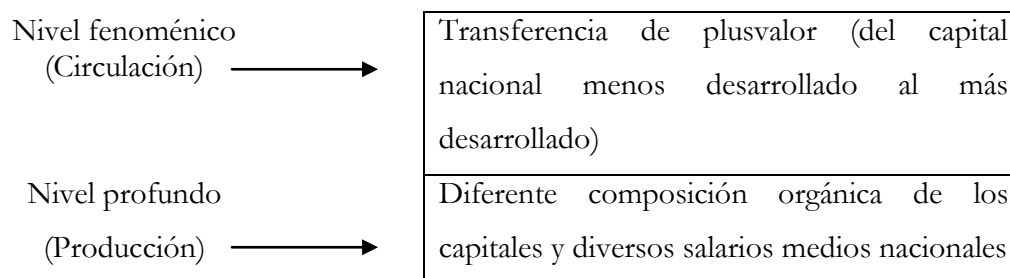
El capitalismo como *sistema mundial*²⁵ hace hincapié en un proceso diferenciado entre Estados-Nación según su posicionamiento histórico-estructural en la reproducción del capital. La expansión de la economía capitalista representó un proceso desplegado en la Europa Occidental de mitades del siglo XIX que modificó de manera radical el carácter cualitativo de la misma, avalado por la desestructuración de la economía artesanal y la expansión territorial imperialista. Prevalece, de esta forma, una tendencia de larga duración que devela un desarrollo *desigual y combinado* donde zonas de pujante “desarrollo” (ligado a la producción de bienes manufacturados) contrastaban con otras de redoblado “atraso” (relacionado con actividades de mínimo valor agregado en el producto). Por ende, la configuración histórica del capital ha incentivado estructuras con adelanto tecnológico, predominio comercial, financiero, alta inversión, fortaleza político-social; con la capacidad de imponer condiciones de explotación y extracción del excedente a regiones cuyo desarrollo se encuentra dependiente y condicionado (Dos Santos, 1978); esto en función de una alienación, una dominación explícita, que se asienta en la extracción y traslado del plusvalor periférico (Cárdenas, 2016).

Así, Ruy Mauro Marini (1973) destaca la consolidación de una *división internacional del trabajo* que arrojó estructuras económicas diferenciadas que depararon en mecanismos diversos de extracción de plusvalía. De manera puntual, las economías productoras de bienes industriales modificaron su eje de acumulación caracterizado por la plusvalía absoluta a la obtención de plusvalía relativa, es decir, del aumento de la producción a través de la extensión de la jornada laboral, al incremento de la productividad conforme la inserción de maquinaria y tecnología de punta. Esta tendencia ratificó la capacidad de las economías centrales de fijar los precios por debajo de su valor, con la idea de ganar competitividad en el mercado internacional, trasladando esta carga al proceso de trabajo de las economías periféricas.

²⁵ Osorio (2013) propone partir de los siguientes grados de análisis que van de lo abstracto a lo concreto, reclamando cada nivel un empleo particular de categorías y procesos analíticos: 1) Modo de producción; 2) Sistema Mundial; 3) Patrón de reproducción de capital; 4) Formación económica-social y 5) Coyuntura.

Esto quiere decir que la condición de dependencia en la que están sumidas las economías productoras de materias primas y de bienes de industrialización simple, no se sitúa en el nivel superficial de las relaciones de intercambio, sino en las relaciones de producción que favorecen la generación de una “ganancia extraordinaria” central, acumulando mayores niveles de capital conforme la transferencia de plusvalor periférico. Sobre la base de las consideraciones anteriores, prevalece un nivel *esencial* de la dependencia, un estrato profundo que expresa una diferente proporción tecnológica en la composición orgánica de capital, dada una competencia entre capitalistas, así como en una diferenciación de los salarios medios nacionales (Dussel, 1984; citado en Cárdenas, 2016).²⁶

FIGURA 2. ESQUEMA DE LA DEPENDENCIA SEGÚN ENRIQUE DUSSEL



Cárdenas, 2016

Dicho lo anterior, la superexplotación del trabajo representa una forma particular de apropiación del trabajo ajeno en los territorios de la periferia que se caracteriza esencialmente por la remuneración del trabajo por debajo de su valor (Marini, 1973). En términos de Marx (2005), un aumento en la fuerza productiva del trabajo puede explicarse ya sea por una modificación en los medios de trabajo, por la alteración de los métodos laborales o por ambas tendencias. Por tanto, si el aumento de la fuerza productiva se genera por una variación en los

²⁶ La perspectiva dusseliana valida el estudio de la dependencia como teoría al retomar el plan esbozado por Marx en 1857 en torno a seis libros: I) El capital; II) La propiedad del suelo; III) El trabajo asalariado; IV) El Estado; V) El comercio internacional; VI) El mercado mundial (Marx, 2005). La parte sexta supone la construcción de categorías diferenciadas de capital, esto es, colocar en un plano central las contradicciones internas del capital (capital central-desarrollado/capital periférico-subdesarrollado) que darían cabida a un hipotético tomo séptimo que destacara las nociones concretas del capital, en particular concepciones como *capital periférico* (espacialmente) *menos desarrollado* (desde la temporalidad y la tecnología) de *pasado colonial* (cuestión colonial) (Dussel, 1985; citado en Cárdenas, 2016).

métodos de trabajo para las economías de capitalismo maduro, en las economías dependientes la característica primaria se presenta en la intensidad del trabajo que repercute en un mayor grado de explotación.

En esta medida, la superexplotación del trabajo no se limita a un mecanismo que impacta en una mayor explotación en términos cuantitativos; tampoco significa que el obrero reduzca su consumo en términos absolutos, ya que puede recibir un salario mayor por horas extras de trabajo, sin que ello signifique que sea equivalente a su desgaste; representa, más bien, una forma cualitativa coherente, con racionalidad propia, que lleva al límite la vida del trabajador con respecto a los medios que le permiten reponer su energía gastada. Dicho de manera contundente, se transfiere el fondo de consumo obrero con destino al fondo de acumulación del capital²⁷ (Osorio, 2013).

Por igual, un elemento que condiciona y complementa la hipótesis expuesta es la ruptura del ciclo de capital en las economías dependientes. En las economías del capitalismo industrial, el aumento de la productividad impacta en un mayor nivel de remuneración que es defendido por las organizaciones sindicales. De esta manera, el aumento de la producción impacta en la absorción de bienes-salario por parte de la masa trabajadora. Sin embargo, una de las características esenciales de las economías dependientes es que el bajo nivel de remuneración no afecta de manera contundente la reproducción cíclica de la economía debido a que prevalece una desconexión interna. Así, en las economías de la periferia prevalece un desajuste entre la esfera de la producción y la esfera de la circulación, siendo la demanda foránea el elemento que le da dinamismo a este tipo de economías.

De lo anteriormente expuesto, el capital central presenta una mayor tasa de plusvalor relativo que estimula la consecución de un extra de ganancia en las relaciones del mercado mundial, compensando en buena medida la baja tendencial de la tasa de ganancia. Por contraparte, el capital periférico devela una composición orgánica más baja en capital constante, que genera en automático un mecanismo de emisión de plusvalía hacia el centro, al vender mercancías por

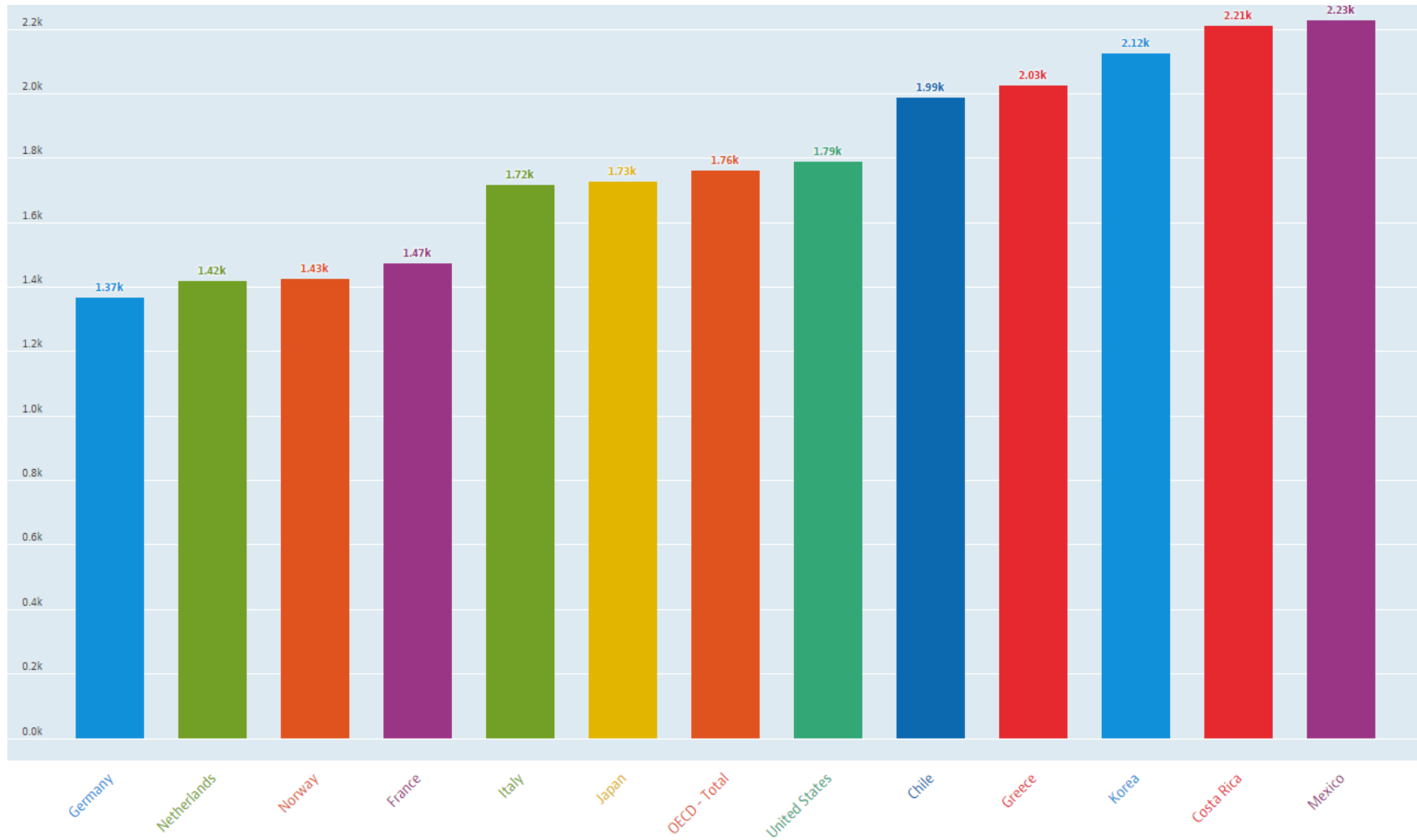
²⁷ El valor total de la fuerza de trabajo de los años productivos del obrero determina su valor diario con respecto a la media. Por ende, un salario que esté por debajo del desgaste diario del trabajador tenderá a minar su fuerza de trabajo a lo largo del tiempo, acortando sus años de vida útil (Osorio, 2013).

debajo de su valor real (Dussel, 1984; citado en Cárdenas, 2016). Esto quiere decir que las mercancías del capital más desarrollado tendrán menor valor agregado. No obstante, la competencia nivela el precio de las mercancías periféricas y centrales en un precio medio que se logra sumando los costos de producción a la ganancia media mundial. Esto significa que la mercancía del capital de menor desarrollo, si bien puede realizar una ganancia, transporta plusvalor de manera sistemática al mundo “desarrollado” ya que el precio medio es menor que el valor de la mercancía misma.

La relevancia de la discusión anterior radica en que dichos postulados teóricos parecen ganar fuerza con los procesos que experimenta el sistema mundial de la actualidad. En particular, la propensión hacia la superexplotación del trabajo se extiende más allá del mundo dependiente clásico, en el supuesto de que una economía desarrollada puede virar hacia el subdesarrollo (Osorio, 2015b). Esto ha afectado a mayores capas de la población trabajadora del mundo central principalmente en las últimas tres décadas. Basta observar la tendencia de los ajustes estructurales de austeridad en el mundo, patrocinados por las instituciones financieras internacionales. El caso paradigmático es representativo de América Latina con la crisis de la deuda en la década de los ochenta, seguido por la caída de los tigres asiáticos, Argentina y Brasil en la década de los noventa, así como los países periféricos de Europa en la actualidad. Un aprendizaje conjunto muestra que las políticas de austeridad tienden a vulnerar el empleo a través de la instauración de la superexplotación del trabajo como característica nodal en la reconfiguración dependiente de estas economías.

A efecto de este, la superexplotación del trabajo se conjuga bajo tres modalidades que, en fines concretos, operan de manera simultánea: 1) el aumento de la jornada laboral; que establece que aun cuando el capitalista remunere horas extras al trabajador, existe un límite fisiológico donde la persona no puede reponer el desgaste físico. Esto significa una apropiación de años futuros de la vida laboral del trabajador por parte del capital; esta forma se asocia, en términos marxistas, con la extracción de plusvalía absoluta; 2) la fuerza de trabajo se remunera con un salario por debajo de su valor; esto es, se paga un monto menor del mínimo necesario para reproducir las condiciones básicas. Esta tendencia opera básicamente en la esfera de la circulación; y finalmente, 3) la intensificación de la jornada de trabajo; que complementa

GRÁFICA 3. HORAS TRABAJADAS ANUALIZADAS (HORAS/TRABAJADOR): 2014



OCDE, 2016

formas de extracción de plusvalía relativa (debido a la introducción de mejoras tecnológicas) y de plusvalía absoluta.

Para encontrar la validez a la propuesta de la superexplotación del trabajo en la actualidad, se recurren a datos estadísticos elaborados por instituciones financieras internacionales con la idea de contrastar las tendencias descritas. Sin duda, lo anterior representa una considerable restricción en términos metodológicos ya que la propuesta de Marini (1973) de ninguna manera encuentra eco con las pautas con las que fueron elaborados dichos indicadores. Sin embargo, lo relevante del estudio radica en encontrar correspondencias entre las modalidades descritas con la información cuantitativa. Ello es trascendente con la idea de visibilizar la temática expuesta. No obstante, es de importancia suprema la continuación y profundización de estudios que den cabida a dicho fenómeno desde una postura global.

En consecuencia, la primera manifestación de la superexplotación del trabajo, el aumento de la jornada laboral, se puede retomar con los reportes publicados por la OCDE (2016). La gráfica tres muestra que las economías con un mayor número de horas laboradas promedio²⁸, fueron aquellas naciones relacionadas con el mundo dependiente, a saber, México, Corea del Sur, Costa Rica, Chile, y Grecia.

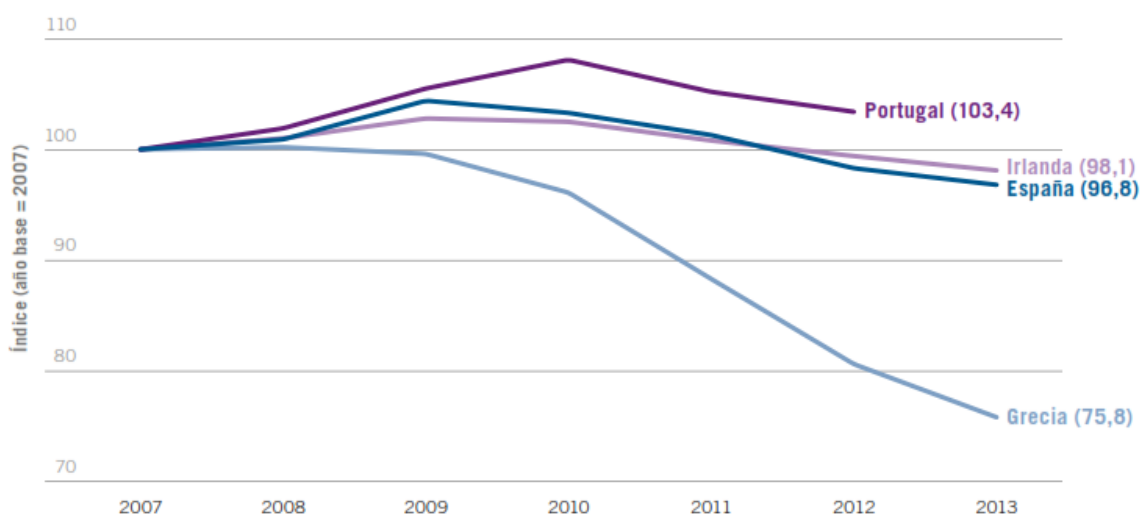
Por ejemplo, México es la economía que mayor número de horas laborales exigió en 2014. De hecho, la economía nacional ha requerido prácticamente el mismo número de horas-promedio en el periodo 1991-2014, ya que la brecha se ha reducido en un escaso 0.60%. En cambio, el promedio de los países de la OCDE disminuyó 5.87% en el mismo lapso. Como contraparte, las naciones que requirieron menores horas laboradas son las economías históricamente industrializadas como Alemania, Holanda, Dinamarca y Francia que presentan una disminución en 397, 343, 305 y 290 horas respectivamente, con respecto a la media de la OCDE en 2014; en cambio, los trabajadores coreanos, costarricenses y mexicanos laboraron 360, 446 y 465 horas por encima de la media. Esto quiere decir que Alemania presenta un

²⁸ Según los criterios de la OCDE (2016), este indicador muestra el promedio de horas anuales trabajadas que muestran el número de “horas efectivas trabajadas” por año, dividido entre el número medio de personas empleadas en el mismo plazo. En particular, horas efectivamente trabajadas se refiere a las horas regulares de tiempo completo, trabajo de tiempo parcial y horas extra.

promedio de horas-trabajador 22.5% menor, mientras que México 26% mayor. Comparando los extremos, los trabajadores alemanes requirieron del 61% de la jornada laboral mexicana para cumplir con su labor anual promedio en 2014 (Ver gráfica 3).

Por otro lado, la tendencia contemporánea de precarización de los estándares de vida de la población, remunerada por debajo del valor de su trabajo, es característica de los países periféricos de Europa, denominados peyorativamente “PIIGS” (Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España), que han soportado inexorables ajustes estructurales de austeridad, so argumento de fomentar escenarios de ahorro forzoso debido al sobregasto unilateral de la población, dejando de lado los análisis globales y estructurales donde se responsabiliza a las naciones beneficiadas por estos procesos: Alemania y en menor medida Francia.

GRÁFICA 4. ÍNDICE DEL SALARIO MEDIO REAL DE LOS PAÍSES PERIFERIA EUROPEA, 2007-2013



OIT, 2015: 7

En particular, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2015) estudió la fluctuación del salario real medio, tomando como referencia 2007 (año previo a la turbulencia financiera en Estados Unidos). A partir de este análisis, los salarios reales promedio han tendido hacia un crecimiento relativamente bajo en los países del G-20, reposicionándose en países como Alemania, Francia y Estados Unidos ante la caída de 2009. No obstante, casos severos son las economías de Italia, Irlanda, España, Gran Bretaña y Grecia que en 2013 no han recuperado el

nivel de salario mínimo de 2007. La caída más dramática es del país helénico que ha perdido alrededor del 25% del poder adquisitivo en seis años. Le sigue Gran Bretaña que ha visto caer su capacidad de compra en 8% en el periodo referido. El único país periférico europeo que ha elevado el ritmo del salario real es Portugal que se ha caracterizado por el empleo de políticas heterodoxas (Ver Gráfica 4).

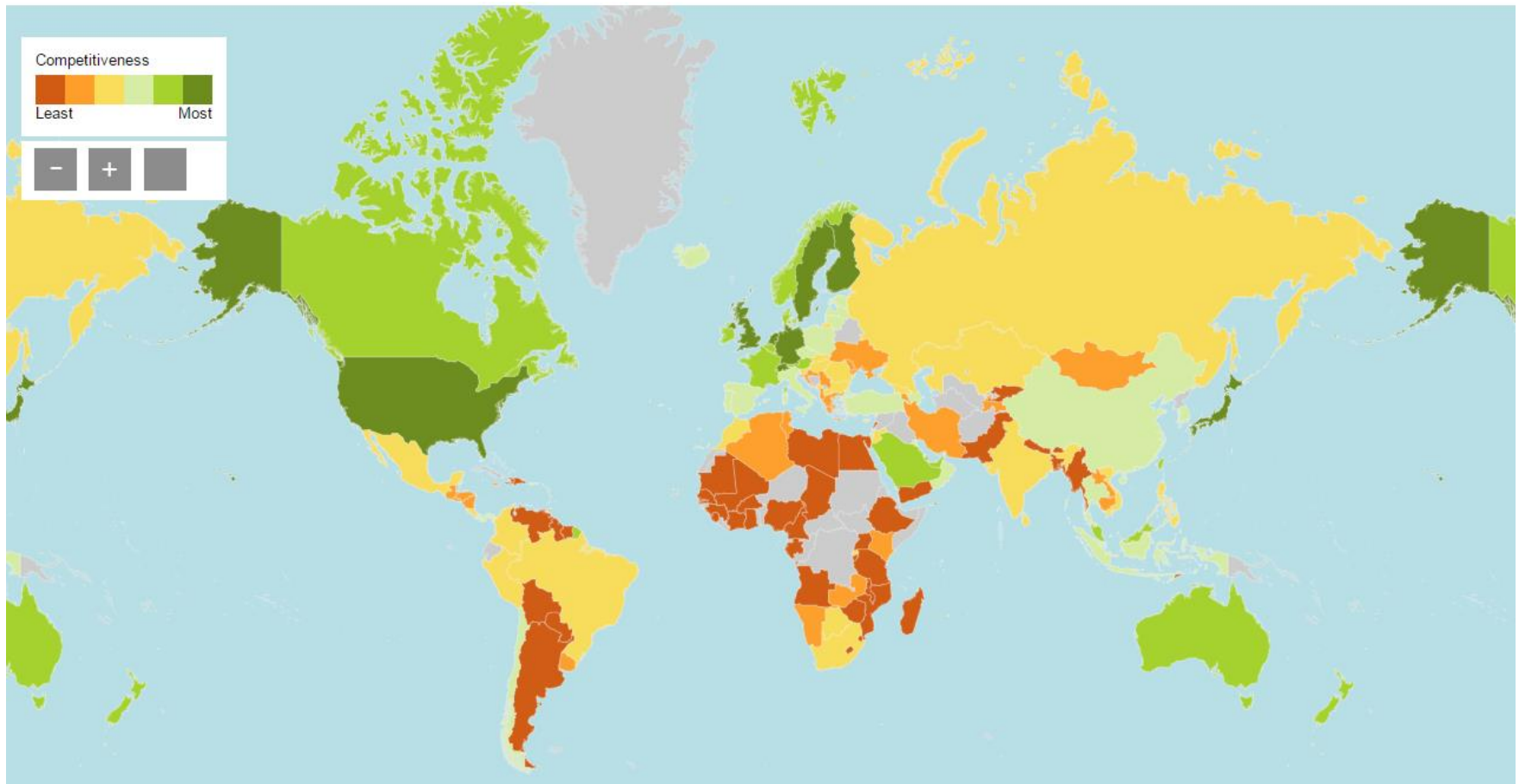
Por último, la intensificación de la jornada de trabajo se vincula con el estudio de competitividad elaborado por el Foro Económico Mundial (2015). Este organismo construye de manera anualizada el Índice Global de Competitividad²⁹ que mide el nivel de prosperidad de los ciudadanos en función del aprovechamiento productivo de los recursos de cada país. De ello, la figura 3 muestra el comportamiento para el periodo 2014-2015.

En paralelo a las gráficas anteriores, los países cubiertos de verde representan las naciones con mayores niveles de productividad y competitividad que corresponden a cuatro áreas del mundo: Norteamérica excluido México, Europa Occidental, Japón y Australia. Las economías con mayor nivel de industrialización histórico. En cambio, las economías emergentes como los BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica) ocupan posiciones por encima del lugar cincuenta del ranking, excepto China que es el número 28° del mundo.

De manera generalizada, las economías dependientes están experimentando una ofensiva contundente contra el trabajo como mecanismo para mantener a flote un sistema económico ficticio que basa su reproducción cotidiana a través de flujos especulativos que dan la apariencia que el dinero incrementado surge de la esfera de la circulación y de la titularización de la economía. De esta forma, la información estadística encuentra resonancia con la tendencia trabajada por Marini (1973). Por ejemplo, la extensión de la jornada de trabajo parece concordar con el aumento de la plusvalía absoluta en aquellas naciones que presentan los mayores rezagos dentro del conjunto de la OCDE: México, Costa Rica, Chile y Grecia.

²⁹ Este indicador define la competitividad de una economía como el conjunto de instituciones, políticas y factores que determinan el nivel de productividad de un país, entendido este último como el nivel de prosperidad de la ciudadanía vinculado de manera muy estrecha con la tasa de rentabilidad (inversiones) de una economía, la cual impacta necesariamente en un mayor crecimiento económico. El indicador se construye tomando cuenta 144 variables agrupadas en 12 dimensiones, englobados a su vez en tres grandes áreas: 1) Requerimientos básicos (PIB per cápita menor a 2,000 dólares); 2) Promoción a la eficiencia (PIB per cápita entre 3,000 y 9,000 dólares) y 3) Sofisticación e innovación (PIB per cápita superior a 17,000 dólares).

FIGURA 3. ÍNDICE GLOBAL DE COMPETITIVIDAD MUNDIAL: 2014-2015



Foro Económico Mundial, 2015

Asimismo, no es casual que las ventajas comparativas y competitivas de estas economías estén en función de la mano de obra abundante, mal remunerada y sin prestaciones sociales.

Para continuar, la reducción del salario real podría relacionarse con la caída de la remuneración por debajo de su valor, la cual ha impactado de manera violenta en la vida de la mayoría de la población de la Europa periférica en la actualidad, con antecedentes contundentes en América Latina y Asia en las dos últimas décadas del siglo XX. La carga de las finanzas como palanca de acumulación parece afectar a más trabajadores a lo largo y ancho del mundo. En este contexto, resulta crucial explorar la tendencia de las economías del Sur de Europa hacia la superexplotación del trabajo y la ruptura del ciclo del capital en correspondencia a los procesos vividos históricamente en la periferia global. En caso de dar por sentado esta interrogante, habrá que cuestionar si el proceso de superexplotación europeo presenta como trasfondo un carácter estructural o si este se limita a una tendencia cíclica, con capacidad de restablecimiento posterior al torbellino económico-financiero. El horizonte parece favorecer la primera opción dado que estamos en un contexto donde las contradicciones sistémicas parecen agudizarse sin mostrar signos de restablecimiento.

Finalmente, la intensificación de la jornada de trabajo, a partir de la combinación de plusvalía absoluta y plusvalía relativa, adquiere visibilidad con el Índice Global de Competitividad. Si economías como Suiza, Estados Unidos, Alemania y Japón ocupan las diez primeras posiciones del ranking de productividad en función del despliegue de tecnologías avanzadas, las economías del mundo dependiente latinoamericano, asiático y africano requieren combinar tecnologías obsoletas con el modo particular de extracción de plusvalía periférico, como mecanismo para incentivar la competitividad en materia económica, política, tecnológica e institucional.

No obstante, es necesario enfatizar, a manera de conclusión, que las consecuencias del proceso de superexplotación del trabajo alrededor del mundo exceden su dinámica económica. Para muestra, la crisis laboral ha desembocado en una crisis de las relaciones sociales, reexaminando para este caso, los roles y actividades históricamente concebidos en función de una estructura sexo-genérica que avala una división sexual del trabajo: los varones relacionados con actividades de la esfera pública sustentadas bajo el esquema de la manutención económica y la

protección del hogar, complementado con un papel desigual de las mujeres que recrean labores de la esfera privada doméstica y las actividades del cuidado.

Esto significa que el género representa un elemento constitutivo de las relaciones económicas y sociales que se basa en las diferencias que distinguen a los sexos; así, el género condiciona una forma primordial de relaciones significantes de poder (Scott, 2013) que alude, siguiendo a la antropóloga mexicana Marta Lamas (2013), a un orden simbólico con el que una cultura elabora una diferencia sexual; sin duda, lo anterior ha deparado en una relación dicotómica desde una lectura moderna, que reduce el ámbito plural a la limitante varón-masculino/mujer-femenino.

De lo anterior, la investigadora social del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM, Lucero Jiménez (2015), plantea la relevancia del mandato cultural de la masculinidad que se ha empatado con las transformaciones estructurales y económicas derivado de la aplicación del modelo económico neoliberal y de la globalización como proceso cultural. De manera contundente, la pérdida de empleos, las enmiendas en las agendas legislativas laborales, la flexibilización del trabajo, la pérdida de estabilidad y derechos sociales, han redimensionado las relaciones económicas, así como los vínculos entre personas, subjetividades y las relaciones de género.

En esta medida, uno de los mandatos primordiales en la construcción de la masculinidad reside en el papel del proveedor/trabajador, es decir, el varón como garante de las necesidades económicas básicas de su familia, como mecanismo que legitima su ejercicio de autoridad y dominio (Capella, 2015). Así, para los varones el trabajo ha representado uno de los pilares que impacta en su identidad, consolidando su estatus que los coloca por encima con relación a sus pares en el ámbito público (Jiménez, 2015).

Sin embargo, las reconfiguraciones laborales conforme las pautas de precarización en nombre del modelo de crecimiento *hacia afuera*, han arrojado una recategorización sobre las identidades de los sujetos sociales. Al analizar las mutaciones en los varones, la época contemporánea se caracteriza por una “crisis de la masculinidad” que asume una serie de replanteamientos/deconstrucciones sociales acerca de las funciones públicas y privadas de los sujetos hombres, alterando los papeles tradicionalmente asignados que dieron lugar a

estereotipos que petrificaron las actividades entre hombres y mujeres a nivel social (Jiménez & Tena, 2015). Esto quiere decir que los cambios sociales que impulsa la transformación del mercado y la organización del trabajo, presentan parámetros estructurales de cambio con relación a los vínculos familiares. De ello, una de las consecuencias más destacadas es la dificultad de imponer los mandatos de la masculinidad hegemónica, en específico el papel de proveedor/trabajador como un rol inmutable, que desemboca en actitudes cotidianas como la competencia, la necesidad de poder, la exclusión de los demás, la negación emocional, etc. (Capella, 2015). Por tanto, las iniciativas que trastocan las condiciones laborales para los varones, transforman los supuestos masculinos que vinculan la conexión “virilidad igual a trabajo”.

No obstante, Tena (2015) formula un escenario más amplio donde destaca el “desorden” global que impacta en la conformación y reproducción del modelo capitalista de producción y la estructuración de la familia patriarcal. Bajo este entendido, la proveeduría es sólo uno de los múltiples mandatos de la masculinidad que, al no contar con los recursos que avalen su cumplimiento, desplaza las demás disposiciones hacia preceptos como la violencia, la sexualidad u otros medios que garantizan el poder económico y político con la idea de aumentar su posición jerárquica hacia las mujeres y otros hombres.

Esto ha impactado en términos macrosociales en la reproducción de pautas estructurales que recrean una etapa del capitalismo donde la extracción de plusvalía traspasa el ámbito de la explotación, encumbrándose bajo el caparazón del despojo y la desposesión a través de prácticas extraeconómicas que develan una lógica violenta donde la destrucción del cuerpo se convierte en una mercancía subsumida bajo la legitimación del poder masculino.

En específico, *Capitalismo gore* es el término utilizado por la filósofa feminista Sayak Valencia (2016) para describir la actual etapa económica encumbrada desde realidades como la mexicana, en particular desde la fronteriza ciudad de Tijuana. Lo gore apela a un género cinematográfico que hace referencia a la violencia extrema y tajante; esto representa una configuración societal amarrada por una *episteme de la violencia* que legitima prácticas sangrientas con la potencialidad de reconfigurar las relaciones del trabajo mediante el afianzamiento de experiencias de destrucción a la otredad, es decir, prácticas de *necropoder* y *necropolítica*, que autoafirman la virilidad de subjetividades del crimen organizado y del aparato militar del

Estado en la búsqueda de una legitimación masculinista de la mano de procesos como el hiperconsumismo y la reafirmación individual.

En este contexto, se desmantela la concepción convencional del trabajo sustituido por las prácticas gore, entendidas como el ejercicio sistemático y repetitivo de la violencia más explícita en la generación de capital (Valencia, 2016). Así, el sociólogo francés Pierre Bourdieu (2000) sostiene que el capitalismo se sustenta por un sistema patriarcal que recrea prácticas culturales que cuestionan la virilidad del sujeto varón como forma de legitimación social; sin duda, lo anterior ha sido afirmado históricamente por el papel del trabajo que, ante su precarización creciente a nivel mundial, ha recaído en escenarios de violencia desmedida. Por tanto, estamos en condiciones de plantear que el neoliberalismo como modelo económico reproduce un modelo masculinizante que impacta en las relaciones sociales como fuente constitutiva de poder.

Bajo este entendido, estamos obligados a realizar estudios con mayor profundidad que permitan develar la reproducción de tendencias desde una lectura conjunta siguiendo una interpretación económica latinoamericana, con la idea de clarificar las posibilidades de un porvenir económico y social más incluyente y menos inequitativo como del que hoy somos parte. De esta manera, un punto fundamental es considerar que el diagnóstico realizado no se limita a la reproducción cíclica del capital en crisis. Prevalece una encrucijada civilizatoria que requiere del cuestionamiento de nuestros imaginarios y subjetividades socio-materiales. Para ello es necesario comprender el contexto histórico-estructural del patrón civilizatorio que rige nuestro acontecer cotidiano, es decir, analizar el proceso de la modernidad occidental partiendo del precepto de dominación con mayor arraigo societal a lo largo del devenir temporal: el patriarcado.

II. GENEALOGÍAS DE LO MODERNO. DEBATE SOBRE LOS *IMAGINARIOS CIVILIZATORIOS* EMERGENTES A LA CRISIS DE LA *MODERNIDAD REALMENTE EXISTENTE*

El término *civilización* hace referencia a la interacción/conjunción de distintas dimensiones societales que conforman un tejido en estructuras de largo alcance, que se caracteriza por una reproducción material, política e intersubjetiva en función de uno o varios ejes articuladores que enlazan una lógica y consistencia interna, con marcadas contradicciones superpuestas.

En consecuencia, la relativa permanencia y continuidad histórica de las civilizaciones representa una característica nodal, cuyo análisis se potencializa a través del reconocimiento de cuatro magnitudes que organizan, tejiendo un posicionamiento en términos dialógicos entre los estudios multidisciplinarios de la complejidad (Morin, 2010) y la recuperación historiográfica de la larga duración (Braudel, 1966), un paradigma que reconoce tendencias simultáneas de orden, desorden y organización: 1) las *condiciones materiales* que exponen la importancia del excedente económico anexo a, 2) la *construcción de mentalidades* que engloban una psicología colectiva que formula una particular concepción del mundo³⁰; en paralelo, se despliegan estructuras de mayor alcance donde emerge, 3) el ámbito geográfico que representa el *espacio* que reproduce la cultura de las civilizaciones, que contiene, 4) al conjunto de las *sociedades*.

Es evidente que el paradigma civilizatorio de la modernidad representa un proceso histórico de larga trayectoria desplegado en la sociedad europea occidental a partir del siglo XVI³¹, constituyendo un imaginario civilizatorio que planteaba la elección, para la civilización en su conjunto, de un devenir espacio-temporal que posibilitaría al ser humano transitar hacia un entorno de emancipación social caracterizado por condiciones materiales libres e igualitarias que sustituirían la escasez absoluta por la abundancia relativa. En esta medida, el proyecto de la

³⁰ Estas estructuras operan en términos de la corta y mediana duración siguiendo el análisis histórico propuesto por la Escuela de los Annales (Braudel, 1966).

³¹ En sustitución del proyecto civilizatorio del Mediterráneo como centro cultural, comercial y geográfico de los continentes africano, asiático y europeo.

modernidad proyectaba la posibilidad de transformar el mundo, desplegando el “espíritu de la utopía” (Echeverría, 1995).³²

Bajo este orden de ideas, la modernidad hace referencia al proceso histórico material, subjetivo y cultural que configura un patrón mundial de poder cuya racionalidad devela una matriz de índole eurocéntrica. Así, la hegemonía del sistema mundial moderno está en función de la yuxtaposición y conjunción de tres estructuras diferenciadas de poder que, en complemento, generan una trama imposible de deshilar en el momento de su interacción. Dicho de manera distinta, la modernidad se expresa en una triada que, en términos materiales, soporta la reproducción del **capital como modo de producción hegemónico** que centra su lógica en la concreción de la ganancia en escala ampliada, es decir, la valorización del valor. Para ello, la explotación del trabajo y la naturaleza representan los factores constitutivos de este sistema productivo que parte de la coexistencia de dos clases sociales antagónicas: La clase poseedora de los medios de producción y la clase despojada reproductora de su fuerza de trabajo (Marx, 2005; 2008).³³

No obstante, en el corazón de la economía política capitalista reposan dos sistemas de opresión que dan cabida recíproca a su existencia. Por una parte, la instauración de un patrón colonial de poder que, basado en la idea de “raza”, fundamenta una clasificación social conforme identidades particulares en términos sociales y geoculturales. De ello, el “descubrimiento” de América por la Corona ibérica de finales del siglo XV resultó un acontecimiento constitutivo de este patrón de dominación. Dicho proceso, lejos de culminar con los procesos independentistas de principios del siglo XIX, se reafirmó bajo lo que el sociólogo peruano Aníbal Quijano (2000a; 2000b; 2014c; 2014d; 2014e) denominó como

³² Aun cuando las promesas de la modernidad representan el intento más radical por conquistar la abundancia, estas reposan sobre estructuras económicas que sustentan su devenir en la escasez, la cual resulta artificial ya que la obtención de satisfactores como expresión creciente del papel de la técnica (visible con el desarrollo de las fuerzas productivas), ha sido subsumido por su vertiente capitalista.

³³ Esto no quiere decir que el sistema capitalista represente un modo de producción homogéneo. Prevalecen estructuras heterogéneas que están supeditadas a la lógica del capital. Esta discusión se abordará en el capítulo tercero, apartado “el pensamiento abismal en la disciplina económica”.

colonialidad del poder³⁴, esto es, el dominio económico, cultural, social, filosófico, ontológico, epistemológico, etc., norteamericano y europeo-occidental del mundo.

Como tercer eje, el **patriarcado** representa un sistema histórico-estructural donde las opresiones, la violencia y las discriminaciones se dirigen principalmente hacia las mujeres, las personas intersexuales, otros seres vivos (incluida la naturaleza) y hombres que se encuentran en condiciones de desigualdad en términos étnicos, raciales, de clase, edad, deseos erótico-afectivos y/o capacidades físicas (Tovar & Tena, 2015). Esto significa que el patriarcado representa un espacio histórico de poder masculino que entrelaza los siguientes procesos: el antagonismo genérico; la reproducción de pautas del género femenino que limitan su hacer a ciertos espacios y condiciones de vida; y el fenómeno cultural del machismo (Lagarde, 2011).

En este contexto, tal como se ha discutido en la introducción de la presente investigación, estamos en medio de una crisis de corte civilizatorio que devela el agotamiento del paradigma de la modernidad eurocéntrica-capitalista-colonial-patriarcal imposibilitada de fomentar escenarios sistémicos de emancipación social. Esto nos obliga a pugnar por transformaciones societales de fondo. Ante este reto, el objetivo del capítulo consiste en realizar una sucinta genealogía filosófica e histórico-estructural que revele las características generales del paradigma moderno, discutiendo las posibilidades teóricas sobre la conformación de paradigmas civilizatorios “otros” ajenos a la “modernidad realmente existente” (Echeverría, 1995). Para ello es indispensable plantear una mirada compleja que proponga la inseparabilidad del capitalismo-colonialismo-patriarcado como estructuras convexas donde no se puede trazar imaginarios civilizatorios descolonizadores sin despatriarcalizar las relaciones entre géneros y sexos (Galindo, 2013); así como la inviabilidad de estas, sin la apuesta por un horizonte postcapitalista.

El capítulo se divide en dos partes. La primera sección aproxima una discusión sobre el surgimiento y consolidación de la modernidad. Por ello, el apartado inicial retoma una perspectiva histórica de larga duración en la cual el descubrimiento de América representa un elemento clave en la constitución del sistema mundial contemporáneo; esto como signo del

³⁴ Complementado por procesos como la *colonialidad del saber, del ser* (Lander, 2000; Maldonado-Torres, 2007) y la *colonialidad del género* (Lugones, 2008).

carácter masculino-patriarcal de dominación. El siguiente apartado retoma los fundamentos filosóficos vertidos por Bolívar Echeverría (1995; 1998; 2010; 2011), describiendo los principales rasgos que dan sustento a la modernidad capitalista. Finalmente, la segunda sección ilustra dos grandes tendencias civilizatorias que discuten la incapacidad del canon moderno de promover espacios de apertura e inclusión social: por un lado las posturas celebratorias caracterizadas por la posmodernidad y la hipermodernidad; encontrado con los caminos civilizatorios emergentes que proponen la construcción de modernidades alternativas y/o bifurcaciones civilizatorias que cuestionan la modernidad imperante. El capítulo cierra planteando la relevancia del Buen Vivir como expresión de las cosmovisiones indígenas latinoamericanas.

2.1. LA MODERNIDAD CAPITALISTA-COLONIAL-PATRIARCAL DESDE UNA TRAYECTORIA HISTÓRICO-ESTRUCTURAL

Una fecha crucial en la conformación del sistema mundial contemporáneo fue 1492. El “descubrimiento”, invasión, conquista y colonización de la América Latina en el *largo siglo XVI*³⁵, representó uno de los acontecimientos sustanciales en la conformación del sistema mundial moderno-colonial-patriarcal-capitalista³⁶. En este entendido, Aníbal Quijano (1991; citado en Segato, 2014) asevera que la modernidad, el capital y América Latina nacieron el mismo día. Entiéndase esto en términos metafóricos que subrayan el encadenamiento de procesos históricos bajo un eje articulador que conformó el sistema mundial en términos eurocéntricos. En sintonía, el filósofo argentino Enrique Dussel (1994) distingue tres momentos constitutivos que dieron forma al paradigma civilizatorio de la modernidad: 1) la

³⁵ El largo siglo XVI es una expresión formulada por Fernand Braudel que hace referencia al periodo histórico 1450-1650 que representó un proceso transitorio que culminó con la emergencia del paradigma civilizatorio del sistema-mundo moderno (Grosfoguel, 2013).

³⁶ Resulta importante realizar una consideración. Pese a que es de vital importancia reconocer las particularidades de este proceso histórico abogando por la interacción y disputa de múltiples modernidades, es eficaz discutir la conformación de la modernidad en un nivel más elevado de abstracción ya que potencializa el estudio de grandes figuras estructurales que trascendieron en el largo plazo la articulación societal Mediterránea, proyectando una civilización que siglo y medio más tarde se consolidaría en términos filosóficos y ontológicos bajo la sentencia cartesiana del *ego cogito sum*.

gestación de las ciudades-Estado renacentistas italianas del siglo XIII-XV encabezadas por Venecia, Florencia y Génova³⁷; 2) el *nacimiento* de la modernidad en 1492 que encarnó la confrontación europea con otros mundos bajo la construcción del “mito moderno” en términos del “des-cubrimiento/encubrimiento” de la alteridad; y 3) la *consolidación* de la modernidad como paradigma hegemónico global estampado con la revolución técnica-industrial del siglo XIX como palanca del sistema capitalista de producción.

Esto devela la primacía de América Latina como novedad histórica en la configuración de Europa como centro del mundo; a saber, América no se incorporó a una economía mundial existente, sino que propició un sistema global de largo alcance (Quijano, 2014a; 2014b) cuya relevancia no se limitó a la extracción y exportación sistemática de metales preciosos y la conformación del mercado mundial (que en clave marxista representó uno de los fundamentos básicos para la “acumulación originaria de capital” europea). La prerrogativa de este encuentro histórico radicó esencialmente en la conformación de identidades y caracterizaciones étnicas, raciales y coloniales³⁸, previamente inexistentes, que dieron sustento a una determinada articulación en las relaciones sociales.

Sin duda, las ideas de raza y género representaron los mecanismos más contundentes y profundos de la dominación social (Quijano, 2000a; 2000b; 2014d) que impactaron en la conformación de la economía política y viceversa. Así, con base en el precepto raza, emergieron distinciones bajo el calificativo de lo “indio”, “negro”, “blanco”, “mestizo”, “criollo”, enraizadas supuestamente en términos biológicos; de igual manera brotaron invenciones geoculturales y geopolíticas como “América”, “Europa”, “España”, que de manera conjunta representaron sólidos cimientos sistémicos que avalaron una clasificación social que controlaba las relaciones de los sujetos según sus características biológicas, culturales y de demás ámbitos de su existencia, los cuales concluyeron en derivas racistas en función de un patrón de poder avalado por relaciones de explotación/dominación/conflicto.

³⁷ A esto se le sumaron los procesos político-militares de expansión geográfica de España y Portugal.

³⁸ La colonización, para Quijano (2014b; 2014c), no representa un proceso inédito. Lo particular de este tipo de colonialismo, que muta en el siglo XIX hacia la colonialidad después del triunfo político de las independencias latinoamericanas, es que se arraiga en supuestos biológicos, contrario a colonialismos previos que derivaban en aspectos socio-culturales.

A esto el sociólogo de la Universidad Central de Venezuela, Edgardo Lander (2000), agrega que el colonialismo en América representó la constitución jerarquizada de saberes, lenguajes, memorias e imaginarios. Esto impactó en la constitución de una división internacional del trabajo, así como en una negación y hostigamiento sobre los modos de vida de las culturas indígenas que erigieron una serie de relaciones intersubjetivas condicionadas según el emergente patrón de la *colonialidad del poder*.

En efecto, el eurocentrismo representó el grabado por excelencia en la producción de sentido, conocimiento y significado global que abarca a todos aquellos sujetos cuya estructuración mental legitima las pautas hegemónicas de clase, etnia, raza, sexualidad, territorio, epistemología, cultura, ideología, ontología, relaciones de poder, entre otras dimensiones, en función del sistema mundial Occidental, sin importar su posición geográfica dentro del mismo. Por lo tanto, Europa dejó de representar una provincia más en el mundo, a auto-constituirse como el centro internacional sobre el que reposa el conocimiento, la legalidad y la razón, potencializando su capacidad de irrumpir sobre otras cosmovisiones que chocan con sus supuestos básicos de vida a partir de la concepción del sujeto cognoscente individualizado, avalado por su autoridad racional de emitir juicios ajenos a las perturbaciones de la filosofía, la escolástica y el conocimiento popular. No obstante, mientras más se profundizaba el proyecto moderno europeo, más provinciano resultaba, sin dejar de ser universalmente hegemónico (Quijano, 2014b; 2014c).

Sin duda, lo anterior se hizo latente en el contexto de la Ilustración europea como proceso que sustentó el ascenso de la burguesía a nivel económico y la consolidación del Estado-nación en términos políticos. Sin embargo, lejos del supuesto teleológico del sujeto moderno-civilizado guiado por la razón, el ego moderno/colonial se ha constituido históricamente por estructuras de conquista y exterminio veladas en términos mediáticos. Según se ha visto, opera de manera encubierta un ser que subsume su carácter racional a un ego violento que destruye la alteridad ontológica: un yo conquistador cuya lógica de actuación reside en la erradicación de las supuestas dimensiones primitivas contrapuestas por el hombre europeo, blanco, capitalista, heterosexual, masculino, como canon de la civilidad y progreso humano (Grosfoguel, 2013).

Significa entonces que la capacidad del sujeto conquistador de declarar al otro como “descubierto” representa un antecedente fundamental en la constitución del sujeto moderno, verificable con la relación *apropiación-violencia* en las zonas coloniales del mundo (Santos, 2014). En estos términos, destaca la reproducción de un *ethos* masculinizado que proyecta a todo descubrimiento un código de control, sometimiento y sumisión. Por ejemplo, la constitución ontológica del “salvaje” como figura prototípica del “Nuevo Mundo” deparó en una relación societal excepcional. Si Oriente representó históricamente la alteridad civilizatoria que chocaba y amenazaba con los supuestos occidentales de vida, el “salvaje” era expresión de lo irracional debido a que el encuentro europeo con la otredad deparó en el tosco cuestionamiento sobre la humanidad de los nativos de América (Santos, 2009).³⁹

Hechas las consideraciones anteriores, la esclavitud, el genocidio, la apropiación, el ultraje, la asimilación y la conversión resultaron los *modus operandi* de la dominación masculina ibérica en América Latina, que relegaron el papel de la naturaleza en el mismo sentido. De hecho, la naturaleza experimentó un proceso de cosificación total, en un momento histórico donde la emergencia del capital limitó la potencialidad de la biodiversidad a un mero factor de la producción disponible para la acumulación capitalista. Asimismo, la dualidad ontológica cartesiana cuerpo-mente promovió un rol jerárquico y deteriorado hacia las mujeres y lo femenino vinculado con la primera dimensión. Vale destacar, si el papel de las mujeres presentaba correspondencia con la naturaleza, esto era signo de un sexo y género naturalmente inferiorizado, limitado de racionalidad, presentando mayores niveles de degradación al cruzar características en términos de raza, clase y preferencia sexual. En conjunto, la naturaleza, el salvaje y las mujeres reprodujeron una relación simbiótica donde uno era condición y sustento del otro.

Bajo esta discusión, irrumpen las aportaciones de Enrique Dussel (1994) quien categoriza al sujeto conquistador a través de la figura del *ego conquiro* quien reproduce una praxis de la dominación que estimula un encuentro dominante y vertical que exhibe la intencionalidad del “descubridor” de estructurarse bajo el amparo del ego violento en términos políticos,

³⁹ De ello destaca la postura de Ginés de Sepúlveda como expositor del sujeto moderno imperial, debatido y refutado en la Controversia de Valladolid de 1551 por el fraile franciscano Fray Bartolomé de las Casas, que en la práctica no significó una lógica distinta sobre la humanidad y dignidad del indio.

pedagógicos, culturales, militares, económicos y eróticos con el fin de someter al otro, a la otra. En este contexto, el biólogo chileno Humberto Maturana (1990), constructor del concepto de *autopoiesis*, considera que la lógica de la cultura patriarcal de Occidente se basa en la valoración de la guerra y lucha, así como en la justificación racional del control del otro a través de la apropiación de la “verdad”. Consecuentemente, destaca el papel sustantivo de la estructura sexo-genérica en la constitución de la modernidad, omitido en la mayoría de los análisis que reivindican teorías y prácticas de transformación. Se observa claramente que las asimetrías entre los cuerpos sexuados, y los roles de género que los rodean, conforman una determinada interacción social que depara en jerarquías y exclusiones en función del patriarcado como uno de los modos de dominación con mayor arraigo en la historia de la humanidad.

De todo esto se desprende que el papel del patriarcado constituye una piedra angular en el origen y sistematización de las relaciones sociales avaladas por el sujeto imperial y el sujeto pensante, representado por un varón-heterosexual-burgués-caucásico-europeo como figura de poder, que violenta las estructuras de lo “femenino”, las “mujeres”⁴⁰ y los deseos eróticos “no heterosexuales” que, en términos de la filósofa feminista María Lugones (2008), reproduce una *colonialidad del género* y/o un *sistema moderno-colonial de género* que impacta en la aceptación del diformismo biológico, la dicotomía hombre/mujer y el heterosexualismo.

Así, desde una postura histórico-analítica feminista, Margarita Tovar y Olivia Tena (2015) argumentan que los nodos de dominación sobre los que se articula la opresión hacia las mujeres exhiben dinámicas previas a la modernidad, las cuales se refuncionalizan constantemente en términos de la división sexual del trabajo, el control de los cuerpos, la sexualidad femenina, así como el acaparamiento de las propiedades materiales y simbólicas, que garantizan el poderío político y económico masculino que da pauta a la construcción de instituciones que soportan las actuales bases de la organización social, por ejemplo: la escuela, la familia, la iglesia, el Estado, la comunidad.

Piénsese, a manera de ilustración, en la organización social del imperio mexica. Esta cosmogonía recogía una visión del mundo que dividía en opuestos complementarios las

⁴⁰ Lugones (2008) cuestiona el carácter homogéneo de categorías como “mujer”. Para contrarrestar ello, aboga por la noción de interseccionalidad que visibiliza los cruces entre raza, clase y género.

relaciones sociales y naturales que demarcaban fuerzas espirituales femeninas y masculinas. Sin embargo, dimensiones como la fertilidad, la tierra y la agricultura fueron relegadas a un papel secundario, es decir feminizado, ante los procesos de invasión y dominación militaristas entre las culturas mesoamericanas. Esto arrojó una reorganización de las actividades entre hombres y mujeres. La visión masculina de la vida preparó a los hombres hacia la perfección de las actividades confrontativas militares, donde lo que estaba en juego era la valentía y audacia como expresión política ante el ataque bélico de otras culturas. En esta dirección, el triunfo sobre otros guerreros y la demostración de actos heroicos daba como resultado reconocimientos y ascensos sociales que imponían una relación de dominación sobre comunidades externas. Como contrapartida, el sometimiento y derrota militar planteaba la pérdida de privilegios en términos de tributación y de distinción jerárquica que significaban, de fondo, un cuestionamiento generalizado de la masculinidad hegemónica (Tovar & Tena, 2015).⁴¹

Pese a ello, estas formas de organización social patriarcal presentaron una mutación y profundización con la interacción ibérica. Este fenómeno, enunciado por las feministas comunitarias Julieta Paredes y Adriana Guzmán (2014) como *entronque patriarcal*, encontró un renovado sistema masculino que tejió combinaciones, alianzas y complicidades entre los hombres de diferentes estratos. De hecho, Rita Laura Segato (2014) argumenta que las relaciones de género de la modernidad sujetan formas del patriarcado precedente, generando un patriarcado más letal a través de la consolidación, complementa Rosa Cobo (2011; citado en Tovar & Tena, 2015), de pactos patriarcales que definen los privilegios masculinos en términos interculturales, interraciales e interclasistas según los diversos factores culturales e históricos.

En particular, una de las dimensiones primordiales del entronque patriarcal estuvo en función de la evangelización, llevada a cabo en un primer momento por los frailes franciscanos hacia la nobleza indígena. Este amarre consolidó la religión católica en los *macehuallin*, dejando intactos, en muchos de los casos, los intereses de la nobleza indígena. De igual forma, la relevancia de las deidades en la vida cotidiana resultó un aspecto fundamental que emparentó la lógica de ambas culturas. Esto es, pese al carácter politeísta de las cosmovisiones indígenas, estas

⁴¹ Esto sin dejar de plantear las asimetrías entre el grupo de los hombres de la nobleza indígena (*pipiltin*) y los *macehuallin* como la gente del pueblo (Tovar & Tena, 2015).

presentaban una jerarquización donde las deidades mexicas femeninas exhibían el mismo papel subordinado de la fe cristiana. Tal es el caso de la deidad Cihuacóatl quien concibió a Quetzalcóatl sin contraparte masculina⁴² (Tovar & Tena, 2015). Otro aspecto relevante es la castellanización de los indios, que impactó en la reducción de la tradición oral y pictográfica como forma generacional de compartir conocimientos ante el carácter impositivo de la escritura. Esto fortaleció el poderío político y económico de las altas clases de la cultura mexica, visible con la continuación de sus estatus jerárquicos y la recaudación tributaria.

A esto se le puede sumar el planteamiento del sociólogo puertorriqueño de la Universidad de Berkeley, Ramón Grosfoguel (2013), quien asevera que en medio de las concepciones del *ego conquiro* (como tendencia del hombre europeo arrogante que asumía la reproducción de cualidades divinas en función de la conquista continua desde 1492) y del *ego cogito* (como el sujeto cognoscente capaz de producir conocimiento a través del solipsismo), se conformó un sujeto racista y sexista que basa su horizonte de vida a través de una expresión bélica llevada al límite: un ser exterminador, un *ego extermino*, cuya una pulsión a la destrucción apuntó hacia la desaparición física del varón conquistado y de sus praxis material, espiritual y simbólica, así como el ultraje erótico-sexual cometido hacia las mujeres, como forma figurada y real de imposición de la cultura occidental en las naciones originarias.

Esta tendencia ha sido verificable por cuatro genocidios/epistemicidios que le dieron una forma más acabada al paradigma moderno: 1) el exterminio contra la población indígena americana posterior a la llegada de Colón; 2) la aniquilación de los musulmanes y judíos en la conquista del Al-Andalus bajo el argumento de la “pureza de sangre”; 3) el comercio y la esclavitud africana hacia el continente americano; y 4) la cacería contra las mujeres europeas que practican y difundían conocimientos ancestrales (Grosfoguel, 2013). En consecuencia, la declarada civilidad del paradigma moderno se constituye, en términos dialécticos, con una lógica de barbarie y destrucción que es soportada y avalada globalmente bajo el enmascaramiento histórico de la alteridad en términos de lo “pagano”, “infel” (bajo un contexto cristiano), “salvaje”, “indígena” y “subdesarrollado” (Illich, 2006).

⁴² Así, la figura de la Virgen de Guadalupe representa la consumación religiosa-espiritual del entronque patriarcal (Tovar & Tena, 2015).

En definitiva, las relaciones intersubjetivas modernas correspondieron con la expansión del sistema capitalista de producción y con el proceso de colonialidad, que se entroncaron con el patriarcado a partir del largo siglo XVI. Así, la colonialidad del poder representa una malla de relaciones de explotación/dominación/conflicto estructuradas en torno a cinco dimensiones de la vida social: el trabajo, la naturaleza, el sexo, la subjetividad y la autoridad, que presentan una serie de características heterogéneas y discontinuas que se articulan bajo un común denominador: la modernidad eurocentrada (Quijano, 2000a; 2000b)

Sin embargo, una forma de enriquecer la proyección histórico-estructural moderna es tejiendo puntos de encuentro con la disrupción filosófica de este sistema civilizatorio. De este argumento, se propone un diálogo con uno de los mayores exponentes del marxismo latinoamericano, Bolívar Echeverría (1995; 1998; 2010; 2011), quien analiza la modernidad desde sus elementos constituyentes que dan coherencia interna a su desenvolvimiento práctico.

2.2. UNA APROXIMACIÓN FILOSÓFICA A LOS RASGOS DE LA MODERNIDAD CAPITALISTA: APUNTES DESDE BOLÍVAR ECHEVERRÍA

Desde una perspectiva marxista, Bolívar Echeverría (1995) aboga por un estudio que destaca las estructuras y dimensiones que constituyen la construcción filosófica y ontológica de la modernidad capitalista. Para ello es fundamental distinguir inicialmente dos niveles de abstracción: un nivel *actual* o *efectivo* vinculado con la descripción y estudio de la “modernidad realmente existente”, es decir, una configuración histórica compuesta de proyectos e intentos de actualización que pugnan por el predominio de formas particulares; y una dimensión *potencial* o *posible* que articula la factibilidad de una modernidad ideal de totalización de la vida humana, cuya *esencia* se presenta como una realidad de concreción en suspenso, no obstante, factible de transformación.

Precisando, del potencial cultural y civilizatorio del conjunto de modernidades efectivas que se han desplegado a lo largo de la historia, la *figura* de la modernidad en su fase del capitalismo

industrial maquinizado ha sido la que ha ganado hegemonía⁴³. De este contexto, el papel de la técnica como herramienta en la producción de satisfactores transformó de manera sustancial el vínculo ser humano-naturaleza⁴⁴ al transitar de un contexto donde las fuerzas externas acosaban y limitaban la reproducción de la vida humana a una etapa en la que el sujeto se instaló jerárquicamente como el “amo y señor de la Tierra”, dejando atrás la escasez como maldición *sine qua non* de la realidad humana (Echeverría, 1995).

Consecuentemente, este proceso potencializó el despliegue de una forma de totalización civilizatoria la cual, no obstante, ha presentado una tensión no definida con respecto a la articulación material: por un lado la vida económica como formación de riqueza vinculado con una lógica de consumo y disfrute, contrastado con la extracción de plusvalía y la acumulación ampliada de capital (Echeverría, 1995).

Esta subsunción de la forma natural, es decir del valor de uso por las características abstractas del valor, ha deparado en la construcción de una serie de *rasgos distintivos de la vida moderna* que le han dado sustento al paradigma de la modernidad capitalista, los cuales se corresponden mutuamente, fortaleciendo una dimensión cultural-instrumental donde la transformación de la naturaleza modifica en simultáneo al sujeto y viceversa (Echeverría, 2010): Así, el carácter *antropocéntrico* de la modernidad capitalista instituyó un mundo material y simbólico varado en un ideal de autosuficiencia humana con respecto a su exterioridad, que significó la supeditación de la otredad; en este sentido, existe una zona de contacto con lo teorizado por autores como Quijano (2000a; 2000b; 2014a; 2014b; 2014c; 2014d), Dussel (1994) y Santos (2009; 2014). De ello, esta postura ha marcado el carácter dependiente y objetual de la naturaleza con relación a la vida “civilizada” que sobresale por su postura técnico-racional. Esto tiende inherentemente

⁴³ Esta aseveración representa uno de los mayores puntos de controversia con los autores defensores de la *colonialidad del poder*. Mientras que para Echeverría (1995) la modernidad ha sido subsumida a su vertiente capitalista posibilitando el tránsito postcapitalista hacia modernidades alternativas, para Quijano (1991; citado en Segato, 2014) la modernidad no puede ser explicada sin su contraparte capitalista. Como se ha afirmado en párrafos precedentes, la presente investigación defiende la hipótesis que declara que la modernidad y el capitalismo surgieron de la misma matriz histórico-concreta.

⁴⁴ Este proceso fue caracterizado por Lewis Mumford (1979, citado en Echeverría, 1998) como la “fase eotécnica” a partir del siglo X, donde resalta el papel central de la productividad del trabajo a partir de la introducción de estructuras que fomentaron la creación y empleo de nuevos medios de producción.

hacia una construcción mental que reduce la facultad de lo humano al mero desarrollo del *raciocinio* moderno, que ha fomentado una visión utilitarista del mundo.

Por otro lado, se reconocen dos procesos históricos paralelos que señalan tendencias particulares: el proceso de in-novación en la que lo nuevo se impone a las estructuras previas; y el proceso de re-novación que presenta lo antecedente, lo pasado, como un asunto novedoso. En este sentido, el *progresismo*, como segundo rasgo, representa una temporalidad que legitima la primera vertiente: una construcción del tiempo continuo, lineal y ascendente, es decir teleológico, que certifica una posición “de lo atrasado a lo adelantado”, “de lo defectuoso a lo superable” que se encuentra, *de facto*, rebasado y vaciado de su contenido en nombre de un flujo indetenible del tiempo, constituido como un momento “efímero”, “instantáneo” y “evanescente”.

Como tercer elemento, el *urbanismo* encarna el espacio por excelencia en el que adquiere concreción la forma antropocéntrica y progresista, ahora instaurado bajo la figura de la “ciudad” como recinto inherentemente humano y civilizado. Esta transición rompe una dialéctica sustancial en la relación humana asentada por el vínculo campo/ciudad. En consecuencia, este proceso agrupa cuatro tendencias fundamentales en la actividad social: 1) la consolidación citadina de la industrialización como proceso productivo; 2) el despliegue de las actividades comerciales y financieras; 3) la subsunción y refuncionalización de las culturas arcaicas en nombre del progreso y la modernidad; y 4) la nacionalización estatista de la actividad política.

La cuarta dimensión destaca el carácter *individualista* de socialización que privilegia la condición abstracta del valor como la identidad humana defendida por los propietarios privados de mercancías, sean productores o consumidores, integrados exteriormente por la fetichización del mercado. Finalmente, el *economicismo* resulta una pieza clave de la lógica moderna al supeditar las decisiones políticas a la dimensión de la política económica. Paradójicamente, el economicismo plantea la posibilidad de alcanzar la igualdad, pasando por alto las diferencias cualitativas inherentes a una escala jerárquica de poder. Esto es, se propone la libertad e igualdad como horizonte político a través de la figura de la ciudadanía, en un entorno que muestra a una sociedad escindida en clases sociales antagónicas. Por lo tanto, la separación de

la economía y la política resulta un mecanismo relevante que permite reproducir sistemáticamente la desigualdad.

En resumen, el antropocentrismo, progresismo, urbanismo, individualismo y economismo representan los rasgos característicos de la vida moderna capitalista, los cuales presentan una ambivalencia que limita el despliegue del potencial emancipatorio de la modernidad: por un lado la modernidad como promotora del proceso concreto de disfrute de los valores de uso, en contrapeso el proceso abstracto de valorización. Bajo esta lógica, la modernidad capitalista ha caminado históricamente bajo cuatro comportamientos complementarios y contradictorios entre sí, que definen el acontecer cotidiano del valor⁴⁵. De ellos, prevalece un posición barroco que, en términos de Echeverría (1995; 1998; 2011), plantea el punto de partida en el trazado de proyectos alternativos no capitalistas siempre y cuando se coloque en un plano central la facultad humana de decidir sobre los asuntos de la vida en sociedad, es decir, apelar a un posicionamiento político. En esta medida, la temporalidad de la vida cotidiana ha impulsado simultáneamente dos procesos encontrados: una temporalidad real que se caracteriza por la secuencia rutinaria y monótona ligada a los ámbitos de la política institucionalizada; por otra, una temporalidad imaginaria que privilegia la acción extraordinaria. Puesto que, inicialmente la política representaba la prolongación del momento extraordinario que emerge de la capacidad del ser humano para decidir sobre los asuntos sociales, de alterar la lógica de la convivencia humana, esta ha tendido a manifestarse de manera inerte e institucionalizada, aunque con la capacidad de delinear momentos de ruptura que abogan por la constitución de proyectos políticos civilizatorios emergentes.

Bajo este panorama, la imposibilidad de concretar las promesas modernas a nivel global, amparadas bajo los principios ilustrados de la libertad, igualdad y paz de finales del siglo XVIII, ha arrojado una serie de interrogantes en la construcción del porvenir teórico-práctico crítico. En este propósito, el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2011: 42) sentencia, “estamos enfrentando problemas modernos para los cuales no existen soluciones modernas” que propician efectos perversos que subsumen las posibilidades concretas de transformación social.

⁴⁵ En el siguiente apartado se plantea la discusión del *ethos* realista, clásico, romántico y barroco.

En este sentido, resulta indispensable discutir y esbozar proyectos civilizatorios que cuestionen la modernidad actual. Conforme lo anterior, se esgrimen diferentes propuestas que presentan contenidos teóricos y políticos totalmente divergentes. Por un lado, sobresalen las propuestas celebratorias del Norte Global que enfatizan en los proyectos de la posmodernidad e hipermodernidad como proposiciones que destacan la relatividad de las asimetrías estructurales entre territorios centrales y periféricos. Por otro, se colocan disrupciones heterodoxas que apuestan por la reformulación de la modernidad emancipada de su vertiente capitalista así como la trascendencia total de la matriz civilizatoria expuesta. Esta discusión adopta el nombre de *imaginarios civilizatorios*.

2.3. IMAGINARIOS CIVILIZATORIOS ANTE LA MODERNIDAD EN CRISIS

Como ya fue discutido en el capítulo precedente, las transformaciones estructurales a nivel económico, político, cultural, social y simbólico de la década de 1970, conforme los procesos de la globalización y el libre mercado, desplegaron una serie de rearticulaciones que se anclaron en la vida cotidiana como fuerza motora. Lo anterior permeó en los centros académicos y universitarios mundiales que experimentaron una etapa de redefiniciones y reformulaciones en la construcción de los conocimientos científicos. Bajo esta línea, las posturas académicas anglosajonas y francesas principalmente, cuestionaron la construcción de los grandes relatos avalados por la ciencia, el marxismo, el cristianismo, etc., que respondían a un devenir teleológico de la historia cuyo punto de culminación se centraba en la emancipación del ser humano. Esto deparó en el empleo de una serie herramientas metodológicas como el análisis del discurso y la deconstrucción con la finalidad de procesar otro tipo de aproximaciones a la realidad en la que el referente tendía al estudio de relatos de pequeña escala.

Bajo este esquema, la posmodernidad (con sus representaciones diversas, caóticas y en tensión) constituyó un proyecto académico y civilizatorio del Norte Global donde los conceptos e ideas de la modernidad perdían solidez al brotar una postura que privilegia la diferencia en detrimento de la identidad homogeneizadora. Es por ello que la posmodernidad ha avalado ciertos estados discontinuos en el intento de construir una dimensión no definida, en tanto florece una búsqueda diversa de ámbitos físicos, intelectuales y morales en la que no existe una

idea de “verdad única”, sino distintas argumentaciones según el individuo, el momento y el contexto. Bajo esta perspectiva, la idea de comunidad, por citar un ejemplo, resulta en cierto sentido una categorización imaginaria debido a que lo real-inmediato es erigido por las subjetividades individualizadas (Corral, 2007).

En particular, los estudios del filósofo francés Jean Francois Lyotard (1987) marcaron una ruptura con el desenvolvimiento teórico de las sociedades históricamente sopesadas por la modernidad ilustrada, cuyo punto de partida radicaba en un contundente cuestionamiento a los grandes discursos que conformaron dicho imaginario. Desde la esfera del conocimiento, Lyotard (1987) retomó las aportaciones del Wittgenstein tardío en el campo de la lingüística, estableciendo que la filosofía y la metafísica están sumidas en grandes procesos de crisis debido a que los dispositivos metanarrativos de legitimación no reflejan la heterogeneidad de elementos de la realidad concreta, perceptible con la multiplicidad de las construcciones lingüísticas, por ejemplo, la fonología, los problemas de la comunicación, la cibernética, la álgebra moderna, la informática, la búsqueda de compatibilidades entre lenguajes-máquinas, los problemas de la memorización, los bancos de datos, la telemática, las terminales “inteligentes”, la paradojología, etc.

Consecuentemente, la legitimación de los discursos en clave posmoderna no proviene del papel histórico de la ciencia como campo de saber sino en la creciente relevancia tecnológica como criterio operativo de validez y justicia, lo cual ha consolidado paulatinamente, desde la segunda mitad del siglo XX, sociedades postindustriales a nivel económico y posmodernas en el ámbito cultural. Lo crucial de este proyecto, con pretensiones de alcance global, es que el impacto de la tecnología ha fomentado nuevos paradigmas en la construcción del conocimiento (por ejemplo la genética como paradigma derivado de la cibernética), que han arrojado una relación mercantilizada en el ámbito lingüístico entre los “proveedores” y “usuarios” del saber que tienden a consolidar sus vínculos a través del valor de cambio (Lyotard, 1987).

Por ello las pugnas geopolíticas tenderán, según el autor, a la conquista de los espacios científicos como mecanismo de poder, apostando por patrones postindustriales; en este escenario, el Estado representa una institución con fecha de caducidad debido a que perderá su

hegemonía en tanto sobresalga una construcción societal y empresarial de las comunicaciones, que refuerza su preponderancia a través del organigrama comercial.

No obstante, las discusiones de la posmodernidad desarrolladas a lo largo de las últimas décadas han sido sustentadas por una diversidad teórica que manifiesta un constante conflicto por la apropiación, discusión y hegemonía de dicho proyecto. En este mismo orden, el también filósofo francés Gilles Lipovetsky (2006) considera que el posmodernismo representó una etapa de transición que cayó en una postura confusa que no hace más que reafirmar un nuevo tipo de modernidad. Como resultado, lejos de experimentar la muerte de la modernidad, vivimos su culminación debido a la superación de las tradiciones históricas inherentes a dicho paradigma, por citar un caso, el papel decisivo de la Iglesia, la apuesta de los partidos revolucionarios hacia una sociedad distinta, el papel cohesionante del Estado-nación, las revueltas en función de las luchas de clases, etc., ahora sustituidas por ejercicios de liberalismo universal, comercialización plena de los modos de vida, hegemonía de la razón instrumental, individualidad autónoma, entre otros procesos, que definen la reproducción de *tiempos hipermodernos*.

De manera genérica, la sociedad de mercado ha impuesto su lógica de reproducción desplegando racionalidades que apuntan hacia tres componentes paradigmáticos: el mercado, la eficacia técnica y el individuo, que engloban el andar de una segunda modernidad, una modernidad desreglamentada y globalizada que da paso a la consagración del presente (sin que ello signifique la supresión del pasado y del futuro) conforme al establecimiento de una economía de consumo que destaca lo efímero y lo inmediato. En fin, el paso de una modernidad potencial, pero limitada, a una modernidad acabada.

Bajo esta lógica, dicha etapa se caracteriza por la reproducción de una sociedad moderna a la enésima potencia que daría forma a un “hipercapitalismo”, “hiperclase”, “hipermercado”, “hiperindividualismo”, “hipertexto”, que no son más que representaciones de una sociedad con pleno desarrollo de las fuerzas democráticas, liberales e individualistas. De este contexto, el tiempo, que resulta una variable crucial para los rendimientos en la esfera económica, ha roto su barrera laboral subsumiendo todos los aspectos de la vida a los parámetros de la productividad.

Ahora bien, lejos al carácter apologetico de la hipermodernidad, Lipovetsky (2006) reconoce limitantes y contradicciones de este escenario civilizatorio. Una de ellas es el tránsito hacia una apuesta cultural cuantitativa y de mayor velocidad que, bajo la motivación de la rentabilidad, eficacia e innovación, fomenta un vacío en términos de una modernidad sin finalidad específica que tienda hacia el desorden y caos patológico del ser. Esto se acompaña con voraces reestructuraciones de la vida económica que han atizado dramáticos escenarios para grandes capas de la población a costa de la ganancia; en sus palabras:

“El espíritu de la época con predominio en lo frívolo ha sido reemplazado por un tiempo de riesgo e incertidumbre. Ha muerto cierta despreocupación por el tiempo: el presente, de manera creciente, se vive con inseguridad [...] La inseguridad de la existencia ha suplantado la indiferencia posmoderna” (Lipovetsky, 2006, 66-67).

Sobre la base de las consideraciones anteriores, se proyecta un porvenir desolador caracterizado por el miedo a la tecno-ciencia y la desintegración de las utopías políticas que engloban una crisis del futuro que muestra el desuso de la idea de progreso aperturando cualquier escenario posible; el porvenir se consolida como hipermoderno ya que está avalado por una dinámica técnica y científica que excede las posturas clásicas a nivel ideológico y político.

Sin embargo, pese a las consideraciones que muestran un sombrío panorama del acontecer humano global, la modernidad sigue presentando una significación relevante en las discusiones y reflexiones académicas. Según se ha visto, las promesas históricas emitidas por el paradigma civilizatorio de la modernidad no han respondido a las demandas históricas y aspiraciones sociales planteadas. Esta ruptura ha dejado un sinnúmero de reflexiones teóricas ante la incapacidad concreta de fomentar espacios de inclusión e igualdad social. Retomando a Bolívar Echeverría (1998), la modernidad en su versión capitalista está sustentada por una tensión entre dos lógicas de actuación divergentes. De ello, emergen diferentes lecturas que, desde variados ángulos de análisis, establecen la posibilidad de un cambio de contenido del paradigma moderno.

En esta línea destaca el filósofo mexicano Mario Magallón (2006) que considera que el contexto contemporáneo representa una ampliación de la trama moderna⁴⁶ develando antiguos problemas con nuevos lenguajes. En este propósito, el papel de América Latina se ha basado en su incorporación tardía al proceso de modernización a raíz del surgimiento y consolidación de los Estados-nación independientes en las primeras décadas del siglo XIX. Esto se realizó a través de la adopción e imitación de patrones económicos, políticos y culturales acorde a las dinámicas de las naciones de industrialización madura. Pese a ello, el problema del sujeto e identidad latinoamericana, la herencia cultural, el desempeño dependiente a nivel económico-político y en particular la noción del “otro”, han quedado en el tintero analítico e interpretativo.

Lo anterior, en agregado, ha subsumido mediáticamente las potencialidades epistémicas, prácticas e imaginativas de la región. De acuerdo con lo que se ha venido analizando, América Latina presenta la potencialidad de articular una modernidad alternativa que resignifique los postulados de la civilidad hegemónica, a través de la integración colectiva del sujeto que cuestiona de base los principios cartesianos sobre la alteridad (Arias, 2012). Es evidente pues que lo que está en juego es la disrupción del papel del sujeto individualizado y racionalista que no concibe la existencia del Otro, de un *nosotros*, que constituye una piedra angular en la construcción histórica de las cosmovisiones de los pueblos originarios latinoamericanos.

Por otro lado, desde una vertiente marxista del valor de uso, Bolívar Echeverría (1995; 1998) aboga por una redefinición de la modernidad siempre y cuando se emancipe de su limitante capitalista. Se puede citar, en específico, que los rasgos que constituyen la modernidad capitalista han caminado a través de cuatro *ethos*, que caracterizan el acontecer cotidiano del valor en los siguientes términos: El *ethos* realista, el *ethos* romántico, el *ethos* clásico y el *ethos* barroco.

En lo que se refiere al *ethos realista*, sobresale la contradicción valor de uso-valor de cambio la cual resulta ínfima e intrascendente debido a que ambas formas potencian el carácter cuantitativo y cualitativo de la vida material. Es decir, la realidad resulta incuestionable debido a

⁴⁶ El autor plantea este proyecto desde una crítica a la lectura weberiana que considera que la modernidad ilustrada fue producto de un paradigma cultural sustentado por la ciencia, la moralidad y el arte

que lo concreto presenta el mejor de los escenarios posibles. De manera genérica, el *ethos* realista corresponde a un *ethos* imperial (Millán, 2014). Por otra parte, el *ethos romántico* parte del supuesto que la profundización de las relaciones sociales de valorización potencializarán, contrario a la lógica anterior, la supremacía de las fuerzas productivas; mientras más desarrollado sea la mercantilización capitalista, se impondrá en mayor medida la lógica del valor de uso.

En lo tocante al *ethos clásico*, se reconoce la tensión entre valor y valor de uso, sin embargo se opta por una redefinición en términos de la relación capitalista/trabajador que deriven en una atmósfera menos desventajosa para el segundo. Se infiere, por lo tanto, que el *ethos* clásico se corresponde con una postura socialdemócrata en donde el Estado juega un papel vital en la distribución de los ingresos (Millán, 2014). Finalmente el *ethos barroco* es el único comportamiento que no interioriza de manera plena el mundo de la valorización; si, por una parte, se afirma de modo incondicional la forma concreta del valor de uso, dicha aseveración resuena en el sacrificio de la forma natural debido a que esta está supeditada a la acumulación de capital, es decir, la positividad del valor de uso es posible a través de la negatividad del mismo (Echeverría, 1998).

Precisando de una vez, el *ethos* barroco no omite la contradicción básica de la modernidad capitalista tal como lo elabora el *ethos* realista al negar su contradicción, la inevitabilidad de la subsunción del valor de uso del *ethos* clásico o la perspectiva del *ethos* romántico que, aun cuando visibiliza la tensión, le apuesta al valor para visibilizar el valor de uso. El *ethos* barroco niega aceptar dicha simbiosis esquizofrénica (Echeverría, 1998), siendo potencialmente el punto de partida para imaginar otro tipo de construcciones e imaginarios civilizatorios.

Por esa razón, la constitución barroca de lo latinoamericano posibilita el cuestionamiento del devenir de la modernidad capitalista trazando como horizonte la relevancia del valor de uso, que configure la posibilidad de una modernidad liberada de su atadura capitalista. Sin embargo, pugnar por el *ethos* barroco no significa sin más que este represente una dimensión revolucionaria y/o transformadora de la realidad. Su fuerza está anclada en el plano cultural de la vida moderna al exhibir las incongruencias cotidianas planteando, en un segundo momento, la posibilidad de articular una modernidad que exceda los restrictivos inherentes de la lógica civilizatoria del capital (Echeverría, 1998).

No obstante, es necesario plantear en este momento de la discusión el siguiente punto. La presente investigación ha defendido la tesis promulgada por diversos autores latinoamericanos quienes abogan la imposibilidad de diseccionar analíticamente la reproducción histórica de la modernidad, colonialismo, patriarcado y capitalismo, explícita conforme estructuras de poder en conjunción que bordan una trama civilizatoria de dominio/conflicto/explotación. Sin embargo, la afirmación anterior de ninguna manera pretende enarbolar que la transición paradigmática se limita a una posibilidad exclusiva. La apuesta está centrada en proyectar *imaginarios civilizatorios* que trazan un abanico de posibilidades y horizontes que develan una serie de posturas que niegan lo dado a través de la complejidad del magma de significaciones que las sociedades crean en su conjunto (Castoriadis, 1999); esto con la idea de arriesgarse a aquello que todavía no ha llegado a ser, pero que contiene en sí la posibilidad real de existir (Flores Olea, 2010).

Cabe agregar, una de las tareas prioritarias de los embrionarios y experimentales trayectos civilizatorios radica en trascender las estructuras del pensamiento compartido, parcelario y simplificante de la ciencia positivista. Por esto, Edgar Morin (2010) defiende una mirada que registre la “figura del conjunto” en tanto pintura civilizacional compleja cuya realidad está compuesta por tres lógicas desagregadas analíticamente: la unidad, lo múltiple y lo contradictorio, que plantean una descomposición/recomposición de lo concreto a través de tres vías latentes de proyectar el mundo: la mutación; la metamorfosis y la regresión.

En consecuencia, la ciencia social latinoamericana ha trazado el estudio de potencialidades civilizatorias que pueden agruparse en dos temáticas de estudio para fines analíticos: la ya descrita vertiente que defiende la posibilidad de desagregar los constituyentes históricos que enarbolaron el proyecto histórico de la modernidad, posibilitando la reproducción de una modernidad alternativa; así como la constitución de una bifurcación civilizatoria a la modernidad en crisis, que arroje como resultado una construcción inédita de sociedades.

En este propósito, una observación fundamental es que el horizonte de cada tendencia analítica representa una expresión puntual de la multiplicidad de miradas sobre la crisis de la modernidad-capitalista-patriarcal-colonial cuya jugada está en función de un entramado complejo autoorganizado que se vincula a través del *principio dialógico* que aborda la necesidad de unión entre entes antagónicos, un *principio de recursión* donde los productos y efectos son a la

vez productores y causadores de lo que se genera, y un *principio hologramático* donde las partes conforman el todo; no obstante, las partes presentan una racionalidad propia que no puede ser captada por la mirada compuesta (Morin, 2010).

Con base en las consideraciones anteriores, si el objetivo último es la trascendencia y reconfiguración radical de la apuesta civilizatoria moderna que cuestione las estructuras capitalistas, colonialistas y patriarcales, tal como será expresado con el paradigma ético-civilizatorio del Buen Vivir siguiendo las cosmovisiones de vida de los pueblos originarios latinoamericanos; la multiplicidad y simultaneidad de caminos nos obliga a retomar una postura metodológica múltiple siguiendo el paradigma complejo.

De tal suerte, la bifurcación⁴⁷ civilizatoria representa el gran desafío social que traza contextos donde la solución no pasa por la capacidad de refuncionalizar la modernidad ni por la reivindicación de su versión no capitalista. La propuesta está en función de una época histórica distinta, una alternativa a la modernidad que implica, de suyo, otra serie de procesos civilizatorios que cuestionen de fondo las estructuras capitalistas-colonialistas-patriarcales. En clave zapatista, la construcción de un “mundo donde quepan muchos mundos”.

Desde la filosofía de la liberación, Enrique Dussel (2014) problematiza la construcción de alternativas con relación a la modernidad. Para posibilitar lo anterior, se requiere apostar a aquello que no está subsumido por la totalidad moderna. En particular, la concepción filosófica de *exterioridad* esgrime la capacidad del sujeto de resistir a la lógica totalizante de lo homogéneo que cancela el fundamento de la alteridad. La exterioridad por ende, se torna concreta, histórica y políticamente factible a través de su carácter analéctico, que defiende la facultad del sujeto de colocarse más allá del horizonte del todo. En relación con lo anterior, la transmodernidad representa, en términos dusselianos, el nuevo proceso histórico que implica una serie de rearticulaciones civilizatorias en diferentes ámbitos, por ejemplo, la política, la cultura, la construcción de subjetividades, las concepciones y prácticas del género y la raza, la economía, etc., la cual emergerá por fuera de la matriz imperante.

⁴⁷ Se entiende por bifurcación lo planteado por el premio Nobel de Química, Ilya Prigogine (1980; 1981, citado en Santos, 2009) quien estudió el comportamiento de los sistemas abiertos...“La situación de bifurcación, es decir, el punto crítico en que la mínima fluctuación de energía puede conducir a un nuevo estado de menor entropía. De este modo la irreversibilidad en los sistemas abiertos significa que estos son producto de su historia” (Santos, 2009: 34).

De esta forma, un proyecto que presenta tendencialmente una racionalidad propia, en términos de lo que Morin (2010) denomina principio hologramático, es el paradigma ético-civilizatorio del Buen Vivir que engloba de manera genérica a aquellos ejercicios-experiencias emancipadoras que, en términos de Aníbal Quijano (2014e), representan una realización histórica efectiva que es resultado de un complejo de prácticas sociales orientadas a la construcción y reproducción de sociedades democráticas que promulgan un horizonte histórico de sentido específico, conformado por otro tipo de existencias que dan pie a la posibilidad real de desestabilizar la colonialidad global del poder.

El horizonte del Buen Vivir recupera aquellas cosmovisiones de vida que han subsistido de manera paralela y subterránea a la modernidad, reproduciendo, en la medida de lo posible, escenarios ajenos de las visiones del desarrollo y progreso de la economía convencional. Dichas cosmovisiones de vida copan los diferentes territorios de la América Latina las cuales representan el eje rector de vida de los pueblos indígenas, por ejemplo: la cultura kichwa plantea el *sumak kawsay*; el pueblo aymara reconoce el *suma qamaña*; los guaraníes el *tekó porã*, el *Kiime Mogem* mapuche (Mamami, 2010), el *Lexil kuxlejal* de la cultura maya tzeltal (López-Itzin, 2013). Todos ellos como principios asociados a una vida en plenitud, una vida digna, una vida justa, vida buena, vida en armonía, que representan cosmovisiones que miran hacia la reproducción de un patrón civilizatorio de la vida y para la vida.⁴⁸

Por ejemplo, a lo largo de la década de los noventa, el filósofo boliviano Raúl Prada (2011) destacó la necesidad de los pueblos andinos de traducir a su lengua aquellas nociones sobre las que reposa el sustrato civilizatorio de las sociedades occidentalizadas, léase particularmente *desarrollo*, *progreso* y *crecimiento*. Naturalmente, este afán lingüístico excedía el carácter meramente etimológico. Los pueblos andinos planteaban develar la incompatibilidad de su matriz civilizatoria con la concepción occidental del mundo. Así, desde un inicio se hicieron evidentes las asimetrías de categorías como *individualismo*, *recursos naturales*, *crecimiento material*, *extractivismo*,

⁴⁸ La referencia a las cosmovisiones indígenas milenarias de ninguna manera pretende promulgar una lectura acrítica, ahistórica y romantizada de estas, que pase por alto la reproducción de ciertas estructuras de poder que, en menor o mayor grado, caracterizan a determinadas comunidades y territorios latinoamericanos. La intención radica en contrastar las diferencias sustanciales de dichas cosmovisiones con las prácticas y epistemologías occidentales, develando la construcción de matrices civilizatorias que apuestan por la reproducción ampliada de la vida.

acumulación, industrialización, que no presentan equivalente en las culturas indígenas. Las nociones más cercanas a progreso, desarrollo y crecimiento resultaron las concepciones *sumaqamaña* y *sumak kawsay*; sin embargo estas concepciones divergen notablemente de la lógica del crecimiento y desarrollo económico, cimentado en una idea continua, lineal y ascendente relacionado con una modernidad material ilimitada que tiende hacia un alto consumo de materias primas y energías fósiles.

Consecuentemente, el Buen Vivir se construye por dos dimensiones que se retroalimentan y complementan mutuamente. Por un lado, el Buen vivir como un proyecto ético-civilizatorio que traza un horizonte de sociedad diversa y plural donde la vida en comunidad, en su concepción humana y natural, es el eje de la misma. Por otra parte, dicho proyecto se torna concreto en experiencias y prácticas sociales que, debido a su pluralidad cultural, social y regional, no se limitan a un concepto o línea interpretativa única. Las experiencias históricas de dicha matriz civilizatoria avalan una permanente construcción en función de los conocimientos, saberes y experiencias de la vida en colectivo.

En este propósito, captar la construcción del Buen Vivir en movimiento, en la praxis, representa un desafío cuyo reto es visibilizar la diversidad del mismo (Prada 2011). Por ejemplo, un elemento fundamental es la relación que los seres humanos entablan con la naturaleza. Lejos del carácter antropocéntrico destacado por Echeverría (1995), los pueblos de estos territorios reivindican la relación ser humano-naturaleza (Pachamama para la cultura kichwa) como una totalidad orgánica viva que reproduce nexos de interdependencia mutua, reciprocidad y solidaridad. Por lo tanto, el vínculo intrínseco del ser humano con la naturaleza modifica la relación sujeto-objeto, reconociendo la interacción de ambos como seres vivos.

En este orden, se puede citar la sabiduría milenaria del *Sumak Kawsay* que se afirma y retroalimenta de la *Chakana* (conocimiento ancestral producto de la observación macrocósmica del mundo celeste) que representa una abstracción astronómica de la constelación de la Cruz del Sur. La *Chakana*, como el gran ordenador de la vida, se constituye bajo cuatro dimensiones relacionadas y complementadas entre sí. El centro, la esencia, lo ocupa el *Sumak Kawsay*, la vida plena, la vida en comunidad que se alimenta de cuatro fuentes, las cuatro direcciones proporcionales. Para muestra, en la línea vertical, parte superior, se manifiesta el *Yachay* que entraña la sabiduría construida a través de la historia, los

conocimientos emitidos de manera colectiva, articulados en un horizonte de aprendizaje permanente. En la línea vertical, parte inferior, se manifiesta el *Ruray* que refiere al hacer, crear, experimentar. Dentro de esta dimensión destaca el *maki*: principio que describe el sistema de organización social del trabajo cuya manifestación institucional es la *Minka*. En la línea horizontal parte izquierda el *Ushay* destaca la vitalidad, la energía, el poder colectivo humano y natural, la capacidad de autogobernar. De ello sobresale la organización histórica, política y social-comunitaria. Finalmente, la línea horizontal lado derecho exhibe el *Munay* que caracteriza la voluntad, la afectividad, el querer, el compromiso, los sueños (Macas, 2011).

De la dinámica comunitaria descrita, los principios y/o valores juegan un papel preponderante como sustento del Sumak Kawsay que fomentan la coexistencia integral del sistema de vida como expresión de lo comunitario, la totalidad y la pluralidad. Estos principios apuntan a las siguientes nociones: *Ranti ranti* que se traduce como el *principio de la reciprocidad*, que se vincula con el apoyo mutuo, el *ser* y no el *tener*; la reciprocidad que posibilita la vida de todo el conjunto de la comunidad. *Pura* o *Tujuy pura* equivale al *principio de integralidad* que reconoce la complejidad de la vida destacando la comprensión de la realidad desde una postura totalizadora. Esto significa la imposibilidad de analizar la vida destacando sus elementos por separado. *Tinkuy* dicta el *principio de la complementariedad* que se manifiesta como la vinculación de los contrarios que conforman una unidad armónica. Por último, *Yananti* expresa el *principio de relacionalidad* asumida como un tejido que interrelaciona los elementos que constituyen el sistema (Macas, 2011).

Por lo tanto, el aprender-conocer-practicar cosmovisiones no subsumidas por el patrón moderno requiere de un contexto que exige descolonizar nuestros imaginarios de vida (Lander, 2000). Para ello es prioritario cuestionar nuestras estructuras ideológicas, mentales, culturales y materiales condicionadas por nuestro pensamiento occidentalizado. Así, el contenido de estas propuestas se nutre de prácticas de vida que representan una ruptura radical al eurocentrismo, antropocentrismo, etnocentrismo y androcentrismo. Bajo esta postura, la “vida plena” característica del paradigma del Buen Vivir transita del “tener” capitalista al “ser”, “estar” y “sentir” humano en dialógica con la naturaleza.

Así, el reto está en la capacidad de visibilizar y potencializar estos mundos de vida que han sido declarados como no existentes por los cánones disciplinarios de la ciencia en su versión

restringida. Para ello son fundamentales las construcciones epistemológicas y metodológicas que abogan por herramientas conceptuales que den cabida a estos contextos devaluados en nombre de la hegemonía de la modernidad capitalista-colonial-patriarcal. En específico, la visibilización y emergencia de prácticas de economías no-capitalistas requiere del estudio y construcción de posturas metodológicas que proyecten la relevancia de ejercicios experimentales que forman parte de una transición paradigmática. De aquí la pertinencia de plantear una propuesta siguiendo la *Epistemología del Sur* (Santos, 2009).

III. LA *ECONOMÍA DE LAS AUSENCIAS* Y LA *ECONOMÍA DE LAS EMERGENCIAS* COMO PROPUESTA METODOLÓGICA EN LA CONSTRUCCIÓN DE ECONOMÍAS NO-CAPITALISTAS

Del conjunto disciplinario de las ciencias sociales, la economía convencional ha sido el campo de estudio que mayormente ha regulado a las sociedades a partir de determinados supuestos paradigmáticos que han limitado sus posibilidades emancipatorias (Santos, 2009). Los fundamentos filosóficos de la ciencia económica dominante han reproducido una *epistemología de la ceguera* (Santos, 2000; 2009) en función del análisis de representaciones simplificadas de la realidad que parten de pautas empíricas de observación, medición y cuantificación en nombre de un supuesto devenir científico que deja al margen el dinamismo y la transformación social, siendo lo fáctico lo único real–posible. Así, el *raciocinio*, como uno de los cinco rasgos que tejen la reproducción contemporánea de la “modernidad realmente existente” de acuerdo con Echeverría (1995), representa un mecanismo primordial en la consolidación de las estructuras de poder al proyectar una construcción mental que reduce la facultad de lo humano a una visión instrumental, técnica y utilitarista del mundo.

Esto se ha perpetuado con la dinámica de la mayoría de las universidades e instituciones académicas alrededor del mundo que atraviesan por procesos educativos y pedagógicos afines a la globalización y libre mercado que desvinculan a la sociedad como el conjunto de sujetos constructores de su cotidianeidad. Más aun, posterior a la etapa post-Segunda Guerra Mundial, las *nuevas ciencias* en términos del sociólogo mexicano Pablo González Casanova (2004), surgieron de un vínculo estrecho entre la academia y el complejo militar-industrial auspiciado por las decisiones estratégicas del Pentágono, conforme un contexto geopolítico donde la naciente hegemonía norteamericana era amenazada por la oleada soviética. Universidades e institutos de enseñanza ligados al mundo Occidental-capitalista desarrollaron estudios patrocinados por los proyectos político-militares en turno, que arrojaron un versión limitada en el campo de la economía al reducir su multiplicidad temática al estudio del agente empresarial que aboga por la promoción e innovación de formas organizacionales y tecnológicas que coadyuvan y fortalecen la lógica del coste-beneficio y la maximización de las utilidades. Sin duda, lo anterior ha velado tópicos fundamentales como la configuración de las estructuras de mercado y las dinámicas del poder.

A nivel epistémico, las también llamadas *tecono-ciencias* abordan problemáticas políticas, económicas y militares en términos de sistemas, redes y complejos a partir de la construcción paradigmática de concepciones tecnológicas y biológicas conforme los sistemas autorregulados, adaptativos y autopoieticos, que se añadieron a la perspectiva de los sistemas dinámicos macrofísicos de las primeras décadas del siglo XX.⁴⁹

En estas circunstancias, la búsqueda de escenarios emancipatorios y de bifurcaciones sistémicas está en función de la reestructuración del pensamiento alternativo a partir de la recuperación de la memoria colectiva de los proyectos y experiencias sociales, resignificando el papel de las nuevas ciencias con el ideal de promover un poder alternativo (González Casanova, 2004). De esta manera, es necesario proyectar estrategias metodológicas que pugnen por *reacomodar nuestro ángulo de abordaje de la realidad* ampliando el horizonte de inteligibilidades, en especial de aquellas relaciones económicas que trascienden la lógica individualista, antropocéntrica, androcéntrica, desintegrada de la vida, competitiva, orientada al consumo y al capital (Mamami, 2010).

Para ello, hay que apostar por la reproducción histórica de ejercicios cuya principal característica es la primacía del valor de uso sobre la subsunción real del valor en la vida social⁵⁰. Como puede apreciarse, han prevalecido prácticas económicas con ciertos rasgos de autonomía que antecedieron al paradigma civilizatorio de la modernidad-capitalista-patriarcal-colonial, recorriendo una trayectoria subterránea dentro de la hegemonía del capital como eje articulador de las diferentes formas históricas de organización del trabajo (Quijano, 2000a; 2000b). Consecuentemente, para combatir el desperdicio de las experiencias cotidianas se requiere de un modelo que pugne por un *pensamiento alternativo de alternativas* (Santos, 2006; 2009; 2011) que subraye la potencialidad del pensamiento de mirar el límite, es decir, retomar la capacidad del sujeto colectivo como constructor de su propia historia que está-siendo desde lo cotidiano (Zemelman, 2012).

Bajo este orden de ideas, el capítulo propone abonar a la discusión teórico-metodológica sobre las economías no-capitalistas, dilucidando un marco de interpretación que otorgue legitimidad

⁴⁹ Como consecuencia, se consolidó el poderío de los países históricamente desarrollados en términos de seguridad, dominación y acumulación; así como a nivel de represión, cooptación y mediación de los movimientos contestatarios del siglo XX (González Casanova, 2004).

⁵⁰ Estos ejercicios presentan una racionalidad intrínseca que suelen ser encubiertos en nombre del modo de producción hegemónico como totalidad analítica.

a esta temática en un horizonte civilizatorio que cuestione las estructuras de poder vigentes. En esta medida, la *Epistemología del Sur* trabajada por Boaventura de Sousa Santos (2009; 2012; Santos & Meneses, 2014) presenta las potencialidades epistemológicas y prácticas para visibilizar y aperturar los ejercicios económicos no subsumidos bajo el valor de cambio.

Para ampliar el canon dialógico, se plantea traspolar la meta-sociología de Santos (2006; 2009; 2011) hacia una meta-economía como campo exploratorio que dé cabida al estudio de las economías no-capitalistas dentro de un contexto de transición paradigmática: la *Economía de las Ausencias* como herramienta que reduce el futuro y amplía el presente con el fin de evitar el desperdicio de las experiencias existentes y la *Economía de las Emergencias* como mecanismo que impulsa aquello que no prevalece en el presente pero que contiene la potencialidad de existir. Planteado esto, el primer apartado discute el papel de las transiciones paradigmáticas como expresión de la modernidad en crisis, para dar paso en un segundo momento a la propuesta teórico-metodológica cuyo punto de arranque es el *pensamiento abismal* en el campo de la disciplina económica.

3.1. LAS TRANSICIONES DEL PARADIGMA

Estamos en medio de una transición paradigmática y societal. El irremediable agotamiento del patrón civilizatorio moderno capitalista-colonial-patriarcal, fruto del incumplimiento de sus horizontes de emancipación social a favor de su vertiente regulativa, así como de la silenciada lógica de apropiación-violencia explicitada con mayor detalle líneas más adelante, arroja una etapa histórica donde dicho paradigma socio-cultural presenta un predominio en decadencia, siendo uno de los síntomas primarios la creciente proliferación de imaginarios civilizatorios que expresan una contundente desestructuración y desgajamiento de la cohesión interna del proyecto moderno.

A las transformaciones del patrón de acumulación en la década de 1970, se le sumaron a nivel académico los estudios sobre la posmodernidad, la caída de la Unión Soviética como referente del colapso del “socialismo realmente existente”, el discurso sobre el “fin de la historia” así como el relativo menoscabo del marxismo como marco de interpretación de la realidad. Estos procesos exhibieron conjuntamente el límite de una etapa histórica que manifestaba la

reproducción de una *crisis de paradigmas* que tuvo consecuencias particulares en América Latina (López-Nájera, 2006).

Así, por paradigma se retoma la aproximación clásica de Thomas Kuhn (2006) que lo define como el conjunto de validaciones científicas reconocidas por un grupo de expertos, que proporcionan modelos y soluciones a una serie de interrogantes en curso. En esta medida, los paradigmas presentan una historicidad que destaca una temporalidad naciente, de consolidación y finiquito según los acuerdos y necesidades de la comunidad científica. Adicionalmente, en el mismo momento en que el diseño de las investigaciones deja de funcionar del modo esperado, sobresale una serie de anomalías que distorsionan el patrón de normalidad del campo científico. Aquí deviene una dimensión destructiva-constructiva. La profunda inseguridad profesional exige una reformulación de los problemas y técnicas de la ciencia “normalizada”, que conlleva un desplazamiento paradigmático a gran escala que, de suyo, genera la conjunción de nuevos compromisos sobre las que se desarrolla una nueva base de práctica científica. Con todo, el descrédito de un paradigma trae consigo una serie de reformulaciones que derivan en el prototipo que ha de sucederle. De lo anterior se desprende que una vez que una postura científica ha alcanzado dicho rango, esta será puesta en tela de juicio en caso de prevalecer una serie de formulaciones que aspiren a ocupar su lugar hegemónico.

Para ilustrar esto, desde los estudios de la astrofísica, Aristóteles consideraba que la Tierra era el centro del universo; por ende el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas giraban en perfectas en órbitas circulares alrededor de ella. En estos términos, el movimiento fue interpretado como un tránsito secuencial cuya lógica se sustentaba en el imaginario de un espacio y tiempo estático y repetitivo. Esta idea fue ampliada por Claudio Ptolomeo en el siglo II de nuestra era, quien proporcionó un modelo preciso que determinaba las posiciones de las ocho esferas conocidas hasta el momento: la Luna, el Sol, las estrellas y los planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. No obstante, el siglo XVI se caracterizó por el desarrollo de una revolución en el pensamiento. Nicolás Copérnico trabajó en un modelo que establecía como hipótesis la estacionalidad del Sol en el centro del universo. Esta idea fue sustentada un siglo posterior con las leyes sobre las órbitas elípticas planetarias de Johannes Kepler y las leyes sobre la caída de los cuerpos de Galileo Galilei (Hawking, 2013).

El cuestionamiento radical al planteamiento aristotélico/ptolomeico se consolidó con la publicación en 1687 de la *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* por parte del físico y matemático egresado de la Trinity College, Isaac Newton. La contundencia de estas aportaciones radicaba en el análisis matemático sobre el movimiento de los cuerpos en el espacio y en el tiempo. De manera agregada, Newton postuló una ley de la gravitación universal que especificaba que cada cuerpo en el universo era atraído por los demás en términos de una fuerza proporcional a la masa de cada uno de ellos, siempre y cuando se encontrasen cercanos uno de otro. La gravedad, por tanto, explicaba el movimiento de los planetas en orbitas elípticas con respecto al Sol (Hawking, 2013).

Empero, contrario a la postura de Aristóteles que consideraba que el movimiento de un cuerpo estaba en función de una fuerza o impulso externo, Newton develó una serie de leyes que exhibían la no existencia de un estándar único de reposo. Derivado de los experimentos de Galileo, Newton encontró que siempre que un cuerpo se mantenga ajeno a fuerza alguna, este mantendría un movimiento en línea recta a una velocidad constante. Lo anterior, conocido como la Primera Ley de Newton, se complementa con la Segunda Ley que afirma que la aceleración y/o cambio de velocidad de un cuerpo, será a un ritmo proporcional a la fuerza emitida. En paralelo, la aceleración disminuirá cuando aumente la masa del cuerpo, y viceversa. Esto quiere decir que la falta de un estándar absoluto de reposo significa la imposibilidad de determinar si dos acontecimientos que ocurren en tiempos distintos, habrían tenido la misma posición espacial (Hawking, 2013). En consecuencia, la reproducción de un mundo en reposo conforme a la clásica aristotélica se desmoronaba en nombre de la reproducción de un espacio relativo.

Sin duda, esta aportación revolucionó las formas previas de interpretación de la realidad, incluso las del propio Newton quien se negó a dar por válido la imposibilidad de una posición absoluta que cuestionaba la existencia de un ser divino. En este contexto, la consolidación de la ciencia moderna en el siglo XVIII, extendido al siglo XIX para el campo de las ciencias sociales, remite a las revoluciones intelectuales y empíricas elaboradas por Copérnico, Kepler, Galileo y Newton, así como Descartes en el campo de la filosofía⁵¹, en un determinado

⁵¹ Bajo este argumento, las reflexiones cartesianas contenidas en su *Discours de la méthode* son de relevancia suprema ya que a partir de ellas se institucionaliza la figura del “yo” como sujeto pensante. En particular, Descartes (2014) cuestionó los postulados que históricamente la escolástica validó a través del empleo de la *duda metódica*. Esta

contexto del sistema mundial de poder centrado en la decadencia de Ámsterdam y la emergencia de la Gran Bretaña como hegemonía global.

Este tipo de ejemplificaciones develan que la emergencia de un nuevo paradigma coexiste con su antecesor conforme una *tensión esencial* que muestra el cuestionamiento de los cánones científicos consolidados siguiendo las tendencias y pistas de otro tipo de formulaciones que conllevan en su seno una serie de revoluciones que desdibuja las formas de la investigación normalizada. De hecho, una característica relevante de los periodos en crisis es la preponderancia de los análisis filosóficos como forma de desentramar las vicisitudes de su campo analítico (Kuhn, 2006).

En particular, las aportaciones teóricas del siglo XX muestran la importancia de la afirmación anterior al exhibir el agotamiento del modelo de racionalidad científica que modifica de manera irreversible las concepciones físicas y sociales del mundo contemporáneo. El cuestionamiento a las estructuras de conocimiento científico fue vacilado por el avance mismo de la física, química y biología, mutando las nociones filosóficas del tiempo-espacio y, por añadidura, de los grandes paradigmas de la ciencia. El físico teórico británico, Stephen Hawking (2013), narra que en 1929 Edwin Hubble, físico de la Universidad de Chicago, emitió una observación crucial en términos de la astronomía: independientemente del ángulo de percepción, las galaxias distantes se están alejando de la Vía Láctea. Dicho de otra manera, el universo se está expandiendo. La trascendencia de lo anterior permitió pensar en la posibilidad de un tiempo, piénsese en aproximadamente diez o veinte mil millones de años, en que toda la materia cósmica estaba condensada en el mismo lugar. Esto arrojó determinadas interpretaciones teóricas que pugnaban por la existencia de un tiempo originario surgido por una gran explosión, por un *big bang* que, pese a ser una hipótesis refutada por el mismo Hawking en años

herramienta filosófica posibilitaba distinguir lo verdadero de lo falso de la vida. Lo anterior tenía cabida en tanto se desarrollara un método que estuviese libre de las deficiencias que generaban la filosofía y la lógica. Bajo estas especificidades, el método cartesiano planteaba como primera regla aceptar como verdadero sólo aquello que resulte tan claro que sea imposible dudar de su existencia. Segundo, dividir el campo de estudio en tantas partes como sea posible para analizar por separado cada cual, prosiguiendo, como tercer punto, a la conducción ordenada de nuestros pensamientos comenzando por los objetos más simples, ascendiendo gradualmente a los conocimientos más complejos. Finalmente, el cuarto postulado planteaba que al hacer aseveraciones tan generales se adquiere la seguridad de no omitir nada del objeto de estudio (Descartes, 2014).

posteriores, resultó un cuestionamiento directo a la noción del universo como ente inmóvil, donde la temporalidad era interpretada como un elemento ajeno al universo.

Por lo anteriormente expuesto, el quiebre paradigmático de la ciencia newtoniana fue propiciado por su lógica interna al develar los pilares epistémicos que cuestionaban la teoría en su conjunto. Destaquemos dos revoluciones científicas. La primera ruptura fue construida por la teoría de la relatividad de Albert Einstein. Newton establecía que si un pulso de luz era enviado de un lugar a otro, los diferentes observadores acordarían en el tiempo de duración del recorrido (dado que el tiempo es una variable absoluta siguiendo las contribuciones de la electromagnética de Maxwell), sin embargo discreparían con respecto a la distancia recorrida por la luz (en función de que el espacio no presenta una noción absoluta). A partir de ello, la simultaneidad de acontecimientos distantes en términos astrofísicos era posible a partir de la medición de la velocidad de la luz como variable máxima con respecto a otros tipos de velocidad. Si se da validez al postulado que establece que la velocidad de la luz es igual a la distancia recorrida dividida por el tiempo transcurrido, los observadores registrarán velocidades de la luz diferente. Esto quiere decir que cada observador tendría su propia medida del tiempo. De tal modo, era evidente asentar que el tiempo no es una variable absoluta, ya que se combina y fusiona con un objeto llamado espacio-tiempo. De ello, la gravedad no es una fuerza equiparable a otras, sino que es una consecuencia de la curvatura del espacio-tiempo conforme a la distribución de materia y energía de las cuatro dimensiones existentes: anchura, longitud, profundidad y temporalidad (Hawking, 2013).⁵²

Derivado de la posibilidad de verificar acontecimientos simultáneos en diferentes sistemas de referencia, la segunda transformación de la racionalidad científica presenta las teorizaciones emitidas por la mecánica cuántica que se ocupa del estudio de los fenómenos físicos en escalas sumamente pequeñas, por ejemplo una billonésima de centímetro. En particular, los físicos premios Nobel Werner Heisenberg y Niels Borh (s.f.; citado en Santos, 2009) trabajaron la tesis que considera que no es posible observar y medir un objeto sin interferir en él. El objeto no puede ser conocido en sí sino a través de resultados aproximados y probabilísticos. Bajo esta perspectiva, el mundo natural transita de un enfoque mecanicista a un principio de

⁵² De estas circunstancias, la trayectoria de cuerpos celestes como la Tierra siguen una recorrido en línea recta en un espacio curvo conocido como geodésica (Hawking, 2013).

incertidumbre que Heisenberg postula como la imposibilidad de medir en simultáneo los errores de la velocidad y la posición de las partículas, ya que la corrección de uno modifica al otro y viceversa. Por lo tanto, la distinción contundente entre el sujeto y el objeto pierden sus contornos delimitados, sustituidos por la idea de un *continuum*.

Resultado de estas y otras disrupciones en las ciencias naturales, a partir de la segunda mitad del siglo XX ganaron fuerza tres teorías que entrecruzaron sus postulados generando una urdimbre en términos de lo que actualmente se caracteriza como el paradigma complejo: la *teoría de la información* como propuesta que apunta hacia escenarios de incertidumbre en un universo que prevalece en simultáneo el orden, desorden y la extracción de información nueva. La *cibernética* como la teoría sobre las máquinas autónomas las cuales, lejos del principio de causalidad lineal, emergen en un mecanismo de *bucle causal*, quiere decir, un dispositivo de retroacción donde A actúa sobre B y B actúa sobre A; y la *teorías de sistemas* que inscribió las bases de un pensamiento de organización que postula que “el todo es más que la suma de las partes”; esto quiere decir, el surgimiento de cualidades que brotan de la organización del todo y que retroalimentan a las partes (Morin, 2010). Sin embargo, en términos de Edgar Morin (2010), en el mismo momento la totalidad es menos que la suma de las partes ya que estas presentan cualidades que son inhibidas en la organización del conjunto.

De estas bifurcaciones, la concepción de tiempos y espacios múltiples y simultáneos impactó en una serie de propuestas y reformulaciones en las ciencias sociales que reconocían escenarios de caos e incertidumbre en los fundamentos naturales y sociales (López-Nájera, 2010). Sin embargo, esto no significó de manera alguna el cuestionamiento de la hegemonía positivista, principalmente en el campo de la economía y demás disciplinas de la ciencia social, como paradigma de conocimiento anclado en los pilares de *orden* como concepción determinista y mecanicista del mundo, de *separabilidad* como principio de disyunción entre el observador y lo observado y de *razón absoluta* como método inductivo, deductivo e identitario del conocimiento⁵³ (Morin, 2010). Lo anterior fue debatido en todo caso por la emergencia

⁵³ La realidad se teje de tres dialógicas que sustituyen el orden por un nudo de orden/desorden/organización; la fragmentación del conocimiento por un vínculo donde lo separable se inserta en lo inseparable; así como el cuestionamiento a la razón absoluta, que legitima, pero a la vez transgrede, el método inductivo, deductivo y de identidad (Morin, 2010).

posmoderna que pugnaba por el fin de los grandes metarrelatos y la relevancia del lenguaje y la semiótica en la construcción de la realidad.

Bajo este contexto, resulta crucial apelar a la conformación de nuevos marcos epistémicos que den cuenta de la diversidad epistemológica, económica y social del mundo. Para ello se requiere, en palabras de Verónica López-Nájera (2010), de un *proceso descolonizador epistemológico* que se construye de un movimiento de reconocimiento-resignificación; esto es, el escrutinio histórico de diversas formas de conocer el mundo, más allá del canon científico, completado en un segundo momento por la reformulación de los campos de la epistemología tradicional, incluyendo las epistemologías subalternizadas.

No obstante, dentro de las pautas estructurales de los territorios del Sur Global, específicamente en la región latinoamericana, la crisis del paradigma social y epistemológico de las últimas décadas del siglo XX se caracterizó por el recrudescimiento de la ofensiva neoliberal en lo económico y de la globalización a nivel político y socio-cultural que generó una pérdida radical de las reflexiones regionales inéditas a partir de la discusión de paradigmas como el desarrollo cepalino y la dependencia marxista, cuya ruptura se reforzó con la instauración de las agendas y puntos de discusión enarbolados por los centros universitarios y de investigación de los territorios centrales. Por ende, la Teoría Social Latinoamericana se desarticuló de manera decisiva para incorporarse a las lógicas, dinámicas y necesidades del Norte Global. Lo anterior contribuyó a la formación de un pensamiento único que se caracteriza por posiciones conservadoras que tienden hacia un *re-eurocentrismo de los fundamentos epistemológicos* que ha impactado en la subconsecuente pérdida de autonomía de los estudios latinoamericanos (López-Nájera, 2006).

Por lo anterior, es relevante defender que el mundo es epistemológicamente diverso al interior y fuera de la ciencia, conforme a la pluralidad de conocimientos populares y saberes cotidianos que han sido declarados como “no existentes” por las reglas metodológicas del canon hegemónico (Santos & Meneses, 2014). Así, para captar la diversidad epistémica y práctica del mundo no se puede recurrir a la misma razón restringida que instaura un patrón de poder del conocimiento que tiende hacia la regulación de las sociedades, frenando sus posibilidades de bifurcación. Se requiere partir de otro tipo de racionalidades, acompañada en términos dialógicos de las emocionalidades (Fals-Borda, 2015; López Intzín, 2013), que fomenten la

capacidad de ampliar el canon de inteligibilidades, reinventando los postulados teóricos en términos críticos, alternativos y complejos.

Dicho en otros términos, para percibir la multiplicidad de significados de la realidad, se requiere de un cuestionamiento contundente al discurso cerrado que caracteriza a las teorías generales, pugnando por un reacomodo del paradigma imperante. En este contexto, proyectar horizontes civilizatorios alternativos y emergentes al paradigma moderno que pone en jaque la *reproducción ampliada de la vida* (Coraggio, 2004), es una tarea colectiva urgente.

En este sentido, se plantea la importancia del estudio de prácticas de vida y de trabajo no-capitalistas a partir de la construcción exploratoria de un marco teórico-metodológico que recupera la tradición de la *Epistemología del Sur* como propuesta que contribuye al debate sobre las transiciones paradigmáticas. Para formular lo anterior, se parte de una visión fragmentada de la disciplina económica que avala una postura abismal que parte la realidad en dos, declarando una zona no visible dentro de la misma.

3.2. EL PENSAMIENTO ABISMAL EN LA DISCIPLINA ECONÓMICA

El sistema mundial de poder promulgado históricamente por el pensamiento Occidental/occidentalizado presenta como característica prioritaria una *postura abismal*, es decir, un andamiaje que impacta en las estructuras del imaginario colectivo cotidiano que, en términos analíticos, avala una tendencia que fragmenta la realidad en dos. Esto es, un sistema de distinciones que parten la realidad social en dos universos donde lo que es declarado *del otro lado de la línea* es excluido y producido como no relevante. Por lo tanto, el paradigma de la modernidad ha legitimado una lógica de actuación que recrea únicamente la parte visible de la línea abismal, negando la parte silenciada que representa el sustento y posibilidad de existencia de la primera. Así justificado, el pensamiento moderno se recrea de la presencia de los dos lados de la línea, legitimando en términos mediáticos *este lado de la línea* que representa el espacio por *excellence* de las sociedades centrales modernas que presenta correspondencia con el sistema mundial en términos eurocéntricos (Santos, 2009; 2010a; 2014).

Dicha matriz societal se ha caracterizado por presentar una relación contradictoria que ha guiado el acontecer de este tipo de civilización. Por un lado resalta la apertura. La posibilidad

de la emancipación social avalado por los principios ilustrados que equipara la “dignidad” del ser humano, en particular del hombre en términos androcéntricos, como un derecho supremo, inalienable e imprescriptible. Pese a ello, esta argumentación queda atrapada en el plano de la superficialidad al promover en simultáneo su cierre. La subsunción de las promesas modernas, como potencialidad de una nueva era, son limitadas por las estructuras sistémicas del capital, la raza y el género, que conforman un entretejido heterogéneo que garantiza las relaciones de explotación, dominio y conflicto.

Bajo este orden de ideas, la parte visible ha estado ligada históricamente por la pugna de dos lógicas de actuación. Por un lado el orden y control que da vida al paradigma de la *regulación* constituido por el principio del Estado, el mercado y la clasificación social; por otro lado, la posibilidad de un mundo liberado de sus condiciones patriarcales, coloniales y capitalistas que proyectan escenarios de *emancipación* social (Santos, 2009; 2010a; 2014). No obstante, los *principios de la regulación* se han impuesto históricamente sobre los *principios de la emancipación* que apuntaban hacia la igualdad e integración de las sociedades (Santos, 2009; 2010a; 2014).

Pese a todo, este tipo de discusiones prevalecen del lado visible del escenario moderno. Esto quiere decir que en paralelo se reproduce una dinámica no visible, a saber, una postura abismal que devela la existencia *del otro lado de la línea* característico de las zonas colonizadas. Esto significa que la relación fundante en el Sur Global se ha sustentado por la dialéctica *apropiación-violencia* (Santos, 2009; 2010a; 2014): la barbarie como *modus operandi* en sociedades naturalmente inferiorizadas.

Como se acaba de señalar, en estos mundos la racionalidad cotidiana se sustenta primeramente por la apropiación, que representa el despojo continuo hacia las comunidades, territorios y colectivos en términos no sólo materiales, sino simbólicos, físicos, epistemológicos y culturales, que no son más que expresiones que intentan velar aquellos horizontes de vida incompatibles con el proyecto dominante de homogenización de la vida. Para ilustrar esto, los y las zapatistas del sureste mexicano reflexionan sobre los *medios de despojo* que, a diferencia de los medios de producción teorizados por la tradición marxista, presentan como característica primaria el robo legal promovido por las cúpulas del poder y la institucionalidad del Estado (Subcomandante Insurgente Galeano, 2015).

Por lo tanto, el desenvolvimiento de los rasgos civilizatorios de Occidente ha sido factible en función de una tendencia expropiadora de los recursos periféricos transferidos metódicamente al Norte. De esta forma, América Latina ha pasado de trasladar metales como el oro y la plata en la época de la colonia, a exportar commodities como estrategia de desarrollo a lo largo del siglo XIX-principios del XX y en particular en los últimos tres decenios.

Sin embargo, este despojo, que es parte de un proceso que desembocó en la formación y consolidación de la modernidad como sistema mundial de poder, encuentra su expresión más aguda en la destrucción y aniquilamiento de la otredad mediante mecanismos como la conquista, el sojuzgamiento, el genocidio, la limpieza étnica, cultural, epistemológica, el ultraje erótico, etc. Prevalece, por ende, una construcción que ha atizado la reproducción de jerarquías y asimetrías que legitiman una colonialidad del poder, del saber, del ser y en las relaciones de género que destruyen, a partir de una *episteme de la violencia* (Valencia, 2016), las múltiples expresiones de vida establecidas alrededor del mundo. Consecuentemente, esta distinción ha avalado una forma específica de civilización que se autoproclama como la sociedad del progreso, conforme sus capacidades civilizatorias desplegadas, sobre la que se erige un modelo global totalizante que define a la otredad en términos de inferioridad a nivel económico, cultural, político, epistemológico, e incluso ontológico, que impacta en la construcción de discursos y representaciones según el contexto histórico en curso.

En suma, de estos procesos entrelazados, destaca únicamente la parte visible, soterrando la multiplicidad de mundos. Esto significa que un sinnúmero de experiencias que se reproducen día a día son desechadas y asumidas como intrascendentes. De esta manera, la invisibilidad de estos ejercicios, así como de sus sujetos constructores, forman parte de territorios que en el devenir han manifestado pautas coloniales. Es evidente entonces que las zonas coloniales son la antítesis de la modernidad occidental que significa la consolidación del “estado de naturaleza” en comparación con la “sociedad civil”, donde el primero representa el pasado irreversible, primitivo y atrasado de las sociedades “desarrolladas”, intrínsecamente anglo y eurocéntricas.

Para el caso de la economía, sin duda, la zona metropolitana presenta la consolidación productiva y societal del sistema capitalista como expresión homogénea y totalizante, perceptible con sus diferentes figuras: las ramas industriales de consumo y de bienes de capital en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX así como la efervescencia del sector servicios,

en particular el sector financiero, bursátil y bancario en los últimos decenios. En contraparte, las zonas coloniales verifican su atraso en función de actividades agrarias desplegadas bajo estructuras semi-feudales y/o de cacicazgo, con mínimos encadenamientos productivos, empleo de tecnologías obsoletas y una decadente división del trabajo que tiende hacia la baja productividad; peor aún, bajo lógicas de reproducción basadas en sistemas de parentesco donde reina lo que la antropología estructural denomina como el círculo de la reciprocidad, avalado por la relación dar-recibir-devolver. Consiguientemente, desde el ángulo de abordaje capitalista, estas y otras estructuras representan ejercicios de índole pre-capitalista, que inherentemente tenderán hacia la hegemonía del sistema de producción conforme a una visión lineal y ascendente del porvenir metropolitano.

No obstante, es fundamental ponderar la reproducción de prácticas económicas cuya principal característica se centra en la primacía del valor de uso sobre la subsunción real del valor. Estos ejercicios, experiencias y saberes presentan una racionalidad intrínseca que suele ser develada en nombre del modo de producción hegemónico como totalidad analítica. Así, tales prácticas recrean lógicas de actuación que presentan como fuerza motora la posibilidad de trascender el paradigma capitalista. Dicho de otra forma, se han desarrollado vínculos económicos con ciertos rasgos de autonomía que antecedieron al paradigma civilizatorio de la modernidad-capitalista-patriarcal-colonial. Más aun, estos recorrieron un trayecto subterráneo dentro de la hegemonía del mismo como eje articulador de las diferentes formas históricas de organización del trabajo (Quijano, 2000a; 2000b).

En específico, Karl Polanyi (2014) diferencia la constitución histórica de una *economía sustantiva* entendida como la interacción entre el entorno social y el medio natural como forma de proporcionar medios para satisfacer las necesidades materiales; en contraste, destaca una *economía formal* que devela el carácter lógico disciplinario de la relación medios-fines. En términos de la economía convencional, la elección racional de medios escasos ante necesidades individuales infinitas. Esto último ha deparado en la consolidación de un *sistema de mercado* que restringe y limita las potencialidades y pluralidades de las prácticas económicas.

En este contexto, el *intercambio* prevalece como la lógica económica central cuya principal manifestación es el mercado como espacio fetichizado de socialización. No obstante, han emergido dos lógicas de actuación, distantes una de otra, que componen formas

institucionalizadas, coherentes y con estabilidad social registradas a lo largo del devenir espacio-temporal: La *reciprocidad* como el movimiento simbólico-material entre agrupaciones simétricas, relacionadas con las unidades domésticas y los vínculos de parentesco; y la *redistribución* como la apropiación y repartición centralizada de los recursos (Polanyi, 2014).

Estas tres lógicas de actuación han interactuado de manera compleja y contradictoria en diferentes momentos, sobreponiéndose una con respecto a otra según el contexto de estudio. Por ejemplo, el intercambio presenta dos formas de reproducción analizadas por Marx (2005) en el tomo I de *El Capital*. La primera relacionada con el ciclo del capital Dinero-Mercancía-Dinero incrementado (D-M-D') que representa la palanca de acumulación del modo de producción. Por otro lado, el ciclo mercantil simple se caracteriza por una lógica de intercambio diversa, que devela la relación Mercancía-Dinero-Mercancía (M-D-M). El objetivo de este ciclo es el intercambio de valores de uso a través de la operatividad del mercado. Ante la situación planteada, Polanyi (2014) distingue entre una *economía de mercado*, asociada con el ciclo del capital y una *economía con mercado* relacionada con la organización social donde se intercambian satisfactores a través de la compra-venta de artículos. Esto ilustra que, en efecto, la economía como práctica societal colectiva presenta actividades que rebasan las relaciones de intercambio del sistema de mercado.

Por lo anteriormente expuesto, Santos (2009; 2014) sentencia la reproducción de una cartografía moderna dual que legitima pautas legales, epistemológicas, y se agregaría económico-capitalista, donde “del otro lado de la línea” prevalecen prácticas que exceden la legalidad, el conocimiento “verdadero” del método científico y la productividad en términos de la ganancia, que de fondo instauran una injusticia social global que está unida a una *injusticia cognitiva global* debido a que la modernidad patriarcal-colonial-capitalista se instituye violando los principios sobre los que está asentado el paradigma de la regulación/emancipación.

Sin embargo, como se ha mencionado con anterioridad, del conjunto de las ciencias sociales, la ciencia económica ha reivindicado el privilegio de regular científicamente a la sociedad (Santos, 2009). Esto ha arrojado la reproducción de líneas abismales que reconoce un lado visible y una dimensión oscurecida de la realidad económica. De esta forma, las aportaciones y disputas teóricas en el campo de la economía han sido innumerables desde diferentes posiciones geográficas. No obstante, desde la consolidación de la economía como ciencia a finales del

siglo XVIII, han prevalecido dos debates que en rasgos generalizados han dado forma a la parte visible del pensamiento abismal.

El primer debate fue desarrollado a lo largo del siglo XIX entre los autores clásicos de la economía que pugnaban por una perspectiva global, haciendo especial énfasis en la relevancia del valor dentro de la esfera de la producción; encontrado con la perspectiva subjetiva marginalista que centró sus estudios en las preferencias del individuo como principio metodológico, a partir de sus niveles de consumo, utilidad y asignación de precios.

En un inicio, el crecimiento económico representó la preocupación central de la nascente ciencia económica, sistematizada con la publicación en 1776 de *An inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* desarrollada por el filósofo escocés Adam Smith. En las primeras décadas del siglo XIX existía consenso sobre el papel de la acumulación del capital como motor del sistema de producción; la reinversión de la ganancia estimulaba un círculo virtuoso al generar nuevos ciclos industriales. Esto es, una alta inversión impactaba en mejores niveles de trabajo y salario. Lo anterior generaba una ampliación del tamaño del mercado a través del estímulo de la demanda, que reforzaba una división del trabajo. Finalmente el ciclo se arraigaba con el aumento de la producción nacional.

En este contexto confluyeron autores como Adam Smith, Thomas Malthus y David Ricardo⁵⁴, así como la deriva crítica de Karl Marx, quienes discutieron los postulados del valor dentro de la esfera de la producción. En esta medida, la falta de crecimiento de una economía fue interpretada de diversas formas. Para Smith el problema principal radicaba en la relevancia de los rendimientos decrecientes de la tierra y el aumento sistemático de los precios de los alimentos; a su vez, Ricardo destacaba la inflexibilidad hacia la baja del salario de subsistencia, el aumento de los salarios en la renta nacional y la caída de los beneficios; mientras, Malthus centraba la problemática en el crecimiento geométrico de la población contrastado por el crecimiento aritmético de los alimentos. Pese a las divergencias, sobresale un aspecto común: en el largo plazo la economía caería en un escenario de *estado estacionario* que es posible de confrontarlo a partir de la innovación tecnológica en la agricultura y manufactura, la

⁵⁴ La interpretación y discusión de los clásicos de la economía está recogida a partir del estudio de Gutiérrez y González (2010).

importación de productos conforme al criterio de las ventajas comparativas ricardianas y el menor crecimiento de la población, respectivamente; factores que posibilitan la reapertura del ciclo productivo y comercial ascendente (Gutiérrez & González, 2010).

La Crítica de la Economía Política, no obstante, cuestionó determinados supuestos validados por los autores clásicos. En particular, Marx entendía la economía como el estudio de las leyes sistémicas de producción, distribución, circulación y consumo de los bienes materiales que satisfacen necesidades humanas. Así, fue debatida la teoría del valor de Ricardo develando el mecanismo donde surge la ganancia del capitalista. En un supuesto teórico donde se remunera a los factores de la producción con relación a su valor⁵⁵, Marx mostró que el obrero, pese a recibir un salario que le alcanza para satisfacer sus necesidades básicas para reponer la fuerza consumida en el proceso de trabajo, no es remunerado por el número total de horas en las que vende su capacidad de trabajo. El valor de uso “fuerza de trabajo” es el único factor de la producción capaz reponer y crear nuevo valor. En este sentido, el extra de valor no pagado al trabajador representa el misterio no resuelto y encubierto por la Economía Política convencional, que es mediatizado en el mercado bajo la figura de la ganancia; por lo tanto, la explotación de la fuerza de trabajo significa el mecanismo prioritario sobre el que se avala el modo de producción capitalista.

Pese a todo, el desarrollo del sistema capitalista de producción trae consigo el despliegue de las fuerzas productivas. Esto presenta una contradicción básica para el capital. En el momento en que el trabajador es desplazado por la maquinaria (que mantiene, e incluso supera el ritmo de producción en términos cuantitativos y cualitativos), la consecución de plusvalía disminuye en términos relativos con respecto al capital constante. Esto origina una serie de tendencias, entre las que destacan el desempleo como característica sistémica que arroja un significativo *ejército industrial de reserva*; de igual forma prevalece una modificación de la *composición orgánica de capital* que conlleva periódicamente a una *caída tendencial de la tasa de ganancia* que depara en la crisis del ciclo económico a partir de: 1) la caída de la tasa de rentabilidad del capital y, 2) la

⁵⁵ Supuesto teórico discutido en el capítulo primero con respecto a la dinámica de las economías dependientes siguiendo el estudio clásico de Ruy Mauro Marini (1973).

sobreproducción de mercancías impulsado por la falta de absorción de los bienes ofertados por el mercado.⁵⁶

Sin embargo, el conjunto de postulados descritos fueron debatidos de manera radical en el último cuarto del siglo XIX por un grupo de economistas que dejaron el estudio del crecimiento económico y la creación del valor. Autores como Alfred Marshall, Vilfredo Pareto, Léon Walras, William S. Jevons y Karl Megner desde la Escuela de Viena⁵⁷, centraron su análisis en las decisiones del individuo como principio metodológico. De hecho, esta corriente destacó por el estudio de análisis cuantitativos con la idea de equiparar la disciplina económica con la rigurosidad de las ciencias exactas como la física. En particular, uno de los análisis más acabados fue autoría del economista francés León Walras, quien analizó la interacción de la oferta y la demanda de múltiples bienes, deduciendo la posibilidad de un sistema completo de precios conforme a un equilibrio general y simultáneo en todos los mercados que interactúan en la economía. Asimismo, Alfred Marshall integró la noción de *utilidades marginales decrecientes* como dispositivo que estudia el incremento o decrecimiento de la utilidad de un sujeto racional con respecto a una unidad adicional de determinado bien. Esto impactaba sobre la demanda y el costo de producción, generando una repercusión en la oferta que deparaba en equilibrios parciales (Tello & Ibarra, 2013).

Por otro lado, el segundo gran debate se desarrolló a lo largo del siglo XX. La primera mitad del siglo XX estuvo marcado por dos grandes sucesos; a nivel geopolítico el impacto de las dos guerras mundiales; en términos económicos, la abrupta caída de la bolsa de valores estadounidense en 1929, con su consecuente caída comercial en la década de los treinta. Estos sucesos minaron una de las variables básicas del ciclo económico: el consumo. La insolvencia generalizada impedía el gasto presente; incluso el gasto futuro, ya que el crédito para financiar

⁵⁶ Esta discusión y ampliación de la postura de Marx fue seguida por dos grandes posicionamientos: sus seguidores de décadas posteriores que analizaban al imperialismo como fase superior del capitalismo bajo la óptica política del materialismo histórico. Por ejemplo, V. Lenin, R. Hilferding, R. Luxemburg, K. Kautsky, N. Bujarin. Por otro lado, la corriente filosófica de mitades del siglo XX, que Perry Anderson (1987) denominó *Marxismo Occidental*, cabe señalar, la Escuela de Frankfurt.

⁵⁷ Las aportaciones de los autores marginalistas de la economía de finales del siglo XIX toma referencia del estudio de Tello e Ibarra (2013).

el consumo vigente fue limitado. Sin duda esto representó un síntoma fundamental de la profunda depresión de la época.

En este contexto, ganaron relevancia las aportaciones del economista británico John Maynard Keynes quien establecía que el sistema económico partía de un método compuesto por tres variables independientes que condicionan la reproducción de dos variables más: la *propensión marginal al consumo* (que entre mayor sea el consumo más efecto tendrá sobre la inversión, el ingreso y el empleo), la *eficacia marginal del capital* (como parámetro de la rentabilidad de las inversiones) y la *tasa de interés* (que es el precio del dinero el cual representa un premio por renunciar a la liquidez presente). Estas variables son responsables del *nivel de ingreso* y el *volumen de empleo*. No obstante, la inversión representaba el factor sustancial que marca el ritmo del ciclo económico cuya contraparte está en función de la demanda efectiva, sea bienes de consumo, bienes intermedios y/o bienes de inversión⁵⁸. De no cumplirse esta última tendencia, devienen ambientes de depresión generalizada. La prolongación de este escenario depara en una ruta peor, la deflación como el momento donde los costos superan los beneficios⁵⁹, con lo que desaparecen los inventivos a reinvertir, principalmente en la producción de alimentos y de materias primas básicas agropecuarias y mineras, así como en los bienes de consumo directo (Novelo, 2011).

En consecuencia, la participación activa del Gobierno representó el mecanismo clave que estimuló el nivel de inversiones, la demanda efectiva y pleno empleo de las clases medias a través del empleo expansivo de la política fiscal, monetaria y crediticia. De ello, el mundo económico capitalista consolidó una época dorada que mostró un vigoroso crecimiento económico mundial real; los *Trente Glorieuses* que, a partir de los acuerdos de *Bretton Woods*, dieron forma a la nueva arquitectura financiera mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, el impulso keynesiano en la economía llegó a una situación límite. La caída de las potencias industrializadas en la década de los sesenta requirió del cuestionamiento del

⁵⁸ Esta visión generaba una ruptura con las perspectivas neoclásicas que establecían que el estímulo de la inversión viene dado por una baja en la tasa de interés; este proceso deriva, desde una lectura keynesiana, en una *trampa de liquidez* que socava la producción real de la economía.

⁵⁹ El papel de la deflación fue abordado en el capítulo inicial, siguiendo al actual posicionamiento poskeynesiano.

paradigma en turno. La caída de la tasa media de ganancia de los países de capitalismo avanzado, conforme al patrón de acumulación keynesiano-fordista, propició una serie de transformaciones en la economía mundial, impulsado en gran medida por la revolución tecnológica de la informática y la microelectrónica. De ello irrumpió el régimen de libre mercado como nuevo patrón de acumulación mundial centrado en la institucionalidad del Consenso de Washington en 1989 (Williamson, 1990).⁶⁰

En estos términos, la apuesta teórica, ideológica y política del libre mercado rompió con la tradición keynesiana, entre otros aspectos, por el papel otorgado al Estado como entidad interventora en la economía. Bajo este nuevo paradigma el mercado representó el eje rector de la actividad económica conformado por un funcionamiento eficiente de individuos y empresas privadas, en términos de consumo y asignación de los factores productivos, que guían sus lógicas de operación según las preferencias de los consumidores a partir de sus curvas de indiferencia y restricciones presupuestarias.

Con referencia a lo anterior, el enfoque analítico transitó del estudio de las sociedades al papel del individuo como constructor de su porvenir en un contexto de libertad política garantizada por sus decisiones racionales en el mercado. Es decir, bajo este nuevo parteaguas teórico e ideológico, los individuos buscan satisfacer, de manera personalizada claro está, sus preferencias conforme la relación coste-beneficio y la utilidad marginal. En este sentido, no es casual que la defensa teórica del neoliberalismo presente correspondencia con el andamiaje neoclásico que centra su análisis en la utilización óptima de los recursos disponibles que, por definición, son escasos ante las necesidades ilimitadas de los agentes económicos.

Así, en términos macroeconómicos, el sistema de mercado tiende hacia pautas de eficiencia que genera una tendencia al equilibrio entre la oferta y la demanda, impactando en niveles de pleno empleo, inversión y crecimiento conforme al nivel de ahorro como variable ex-ante. Por lo tanto, el equilibrio representa una precondition y no una meta a cumplir, negando la posibilidad de una capacidad ociosa instalada. Esto genera el supuesto que los recursos privados se encuentran plenamente ocupados. Por esta razón la intervención del Estado

⁶⁰ Lo anterior ha sido retomado y discutido en el capítulo primero de la investigación.

estropea este equilibrio derivando un efecto-desplazamiento que la literatura económica reconoce como el efecto *crowding out*.⁶¹

Una vertiente de este paradigma considera que los planteamientos de Keynes no resultan incompatibles con los postulados neoclásicos si se consideraba que el primero, representa un caso particular dentro de la teoría del equilibrio general. Así, personajes como Paul Samuelson abonaron a la síntesis neoclásica-keynesiana. Esta postura tiene relación con el estudio del modelo IS-LM que integra las curvas de la economía real en términos del producto nacional y el desempeño monetario de la tasa de interés, generando un punto de equilibrio entre ambas tendencias. Este modelo, autoría del economista inglés John Hicks, se complementó con el estudio de la curva de Phillips que mide la relación inversa entre los niveles de inflación y de desempleo.

Por otra parte, la tradición monetarista, con su antecedente en la Sociedad *Mont Pelerin* de finales de los años cuarenta, se consolidó con los trabajos de Friedrich von Hayek y Milton Friedman galardonados con el premio Nobel de Economía en la década de 1970. Lo anterior fomentó un pensamiento hegemónico que parte de supuestos como la racionalidad del *homo economicus*, los mercados eficientes y las expectativas racionales que, en un sistema con precios y cantidades, los mercados tenderán intrínsecamente al equilibrio.

Consecuentemente, las discusiones que avalan la reproducción del sistema capitalista, sea en su discusión intervencionista o de crecimiento hacia afuera, legitiman una discusión que no niega en ningún momento la racionalidad sistémica sustentada por la consecución de la ganancia en escala ampliada, y por ende el modo de producción en sí mismo. El sistema capitalista representa un modo de producción hegemónico que articula relaciones productivas de diferente índole, subsumidas bajo la lógica del capital. Así, “el lado no visible de la línea” está conformado por una *heterogeneidad estructural* que engloba las diferentes formas de trabajo conocidas en la historia contemporánea: la esclavitud, el salario, la servidumbre, la pequeña

⁶¹ No obstante, el Estado, lejos de transitar a un papel irrelevante dentro de la configuración institucional de la economía, ocupa un rol distinto. Por una parte, regula su propia desregulación al retirarse de la participación activa de la economía mediante procesos de apertura comercial, desregulación del sistema financiero y privatización de las empresas propiedad del Estado. Por otra, fija las reglas del juego en términos jurídicos y normativos con tal de promover la competencia entre empresas que presentan un comportamiento equiparable al del individuo, en el entendido que la suma del bienestar individual se traduce en el óptimo del bienestar social (Tello & Ibarra, 2013).

producción mercantil y la reciprocidad, todas ellas articuladas bajo la figura del capital a través de relaciones de explotación/dominación/conflicto, que se combina de otras dimensiones en disputa que reconocen su especificidad no solamente económica, sino societal, por ejemplo las disputas de la subjetividad, la autoridad, el sexo, la naturaleza, sus derivas y productos (Quijano, 2000a; 2000b).

Por lo tanto, la posibilidad de articular una economía bajo los principios totalitarios del capital, visible en su mayoría en las zonas metropolitanas, requiere, en términos dialécticos, de escenarios donde se conjuntan diversos modos de producción bajo precepto hegemónico. En específico, las zonas coloniales garantizan la articulación de una economía cualitativamente particular, cuya actuación está en función de la reproducción de las economías “desarrolladas”. Pese a ello, la reciprocidad y solidaridad han representado lógicas de actuación que presentan la posibilidad de articular y potenciar modos de producción ajenos a las características de la modernidad imperante. Basta recordar la aseveración metodológica de Edgar Morin (2010), quien plantea que las partes analíticas presentan cualidades propias que son subsumidas por el estudio del conjunto.

Bajo este orden de ideas, la fuerza de los imaginarios civilizatorios ajenos a la dominación del capital se puede expandir con el estudio histórico, epistemológico y metodológico de economías que no son contabilizadas en los agregados macroeconómicos como el PIB, la Inversión y el Consumo ya que su razón toma como referente la satisfacción de valores de uso. De ello sobresalen la construcción y reproducción de *otras economías* que David Cattani (2004; 2009) define como aquellos procesos, instituciones, valores y manifestaciones contra-hegemónicas al sistema e ideología dominante, que mediante diversos ejercicios como la economía solidaria, la economía popular, las empresas autogestivas, el cooperativismo, los mercados de multitrueque, las monedas sociales y comunitarias, las inversiones éticas, las redes de consumo solidario, etc., aspiran a conformar mundos que (re)conecten la producción con los satisfactores de vida en un entorno solidario de convivencialidad.

Por esta razón, el estudio de las economías no-capitalistas presentan una multiplicidad de interrelaciones que van desde los vínculos con el mercado hasta las relaciones horizontales con otros emprendimientos sociales, cuya fortaleza analítica plantea una disputa en términos de una contrahegemonía civilizatoria donde este tipo de experiencias y prácticas representan el punto

de arranque de una transición social que destacan el valor de uso como sinónimo de un proyecto que defienda la reproducción ampliada de la vida.

En este sentido, aun cuando la expresión diversa de las economías alternativas da cabida a ejercicios que centran su propósito en la reinserción de emprendimientos al mercado laboral capitalista, la apuesta de la presente investigación aspira a la reflexión teórica y metodológica de prácticas económicas que proyectan experimentos de producción, circulación y consumo ajenos a la supremacía del capital. Más aun, al estudio de alternativas y proyectos de emancipación que ponderen con el mismo peso las reivindicaciones en términos de raza y género.

Dicho de otra forma, un proyecto que traza transformaciones en sus estructuras materiales y organizativas quedaría limitado y condicionado si no cuestiona los patrones de poder y dominio que generan una jerarquización y discriminación en los términos citados. Así, no se puede pensar en una alternativa post-capitalista si no se plantea la necesidad de descolonizar y despatriarcalizar, en el entendido que la trama de poder se sustenta en esta triada estructural discutida en el capítulo precedente.

Para ello se requiere de la construcción de un marco metodológico que enfatice en la apertura de economías-emancipatorias, en detrimento de la economías históricamente desarrolladas bajo el resguardo de la regulación y de la relación apropiación-violencia, como estrategia analítica que apunte hacia prácticas y conocimientos económicos cuyo horizonte trascienda el estado de ignorancia en términos capitalistas, coloniales y patriarcales sustituido por una *praxis de la solidaridad* (Santos, 2009). De aquí la pertinencia de plantear una propuesta siguiendo las teorizaciones de la Epistemología del Sur (Santos, 2009).

3.3. *ECONOMÍA DE LAS AUSENCIAS Y ECONOMÍA DE LAS EMERGENCIAS COMO PROPUESTA METODOLÓGICA*

La Epistemología del Sur representa el marco teórico-metodológico donde se construyen y visibilizan saberes y conocimientos elaborados en su mayoría por aquellos sujetos que han sufrido de manera sistemática el dominio, discriminación y explotación del capitalismo, colonialismo y patriarcado como estructuras históricas de poder (Santos, 2012; Santos &

Meneses, 2014). En este sentido, la propuesta última de la Epistemología del Sur está sustentada por la conformación de espacios de reconocimiento, inclusión y justicia social que edifiquen saberes que impacten y transformen la práctica cotidiana. Para lograr lo anterior, se apela a la construcción de una justicia cognitiva que fortalezca los cimientos de los estudios científicos que apuestan hacia la emancipación, en detrimento de la regulación de las sociedades. Más aun, se subraya la relevancia de experiencias sociales que se manifiestan en diferentes latitudes, ampliando los cánones de conocimiento global.

Pese a todo, la hegemonía del conocimiento que petrifica la realidad en movimiento ha generado consecuencias de gran trascendencia, entre ellas el carácter residual de la riqueza social mundial. Experiencias alrededor del mundo dejan de tener relevancia, debido a que la matriz científico-instrumental descalifica lo que excede de su campo analítico en términos de “superstición”, “creencia”, “saber irracional”. Por esta razón, un paso inicial dentro de las transiciones sociales paradigmáticas, requiere de la consolidación de epistemologías y metodologías que proclamen la necesidad de un modelo diferente de racionalidad-emocionalidad planteando la necesidad de *pensamiento alternativo de alternativas* (Santos, 2009; 2011; 2012).

En particular, la formación del conocimiento monopolizado por la razón cartesiana y newtoniana en el ámbito de las ciencias sociales y ciencias naturales respectivamente, ha deparado en una postura que produce como “no existente” aquellos saberes, prácticas y ejercicios que no concilian con las reglas metodológicas del conocimiento hegemónico. De esta manera, la razón moderna es una construcción cognitiva que niega la expresión de la diversidad dentro de las mismas pautas del estudio científico. Así, de las posibilidades paradigmáticas, la ciencia como institución de poder legitima la vertiente positivista y post-positivista que embona en mayor medida con el proyecto de control y orden sistémico, relegando la trascendencia teórica y política de vertientes como el construccionismo, la fenomenología y la teoría crítica.

En este sentido, habría que partir del supuesto que la generación occidental de conocimiento es tan relevante, como parcial y limitada (Santos, 2009). Cabe señalar, los conocimientos son producto de la historicidad del sujeto colectivo que subyace en su interacción con el medio físico. De ello, las diferentes aproximaciones espacio-temporales develan necesidades y

posibilidades muy específicas. Bajo esta lógica, el conocimiento científico dominante responde a las necesidades históricas de una dinámica geopolítica de expansión capitalista-colonialista que ha deparado en la consolidación de una *ego-política del conocimiento* en función de parámetros eurocéntricos de vida (Grosfoguel, 2013), que responden a un supuesto saber universal en función de su carácter imparcial y neutral en la construcción del mismo.⁶²

Así, la exclusividad y omnipresencia del saber moderno ha deparado en dos tendencias específicas. Primero, la contracción del presente debido a que el tiempo actual representa una figura instantánea y efímera comprimida por los actos pasados y futuros; segundo, la expansión inalcanzable e infinita del futuro (Santos, 2006; 2009; 2011). Con ello, la contracción del presente restringe las posibilidades dialógicas entre posturas que presentan un punto de encuentro simultáneo pero no contemporáneo (Santos, 2009; 2014). Esto quiere decir que, pese a la permanente manifestación de experiencias y saberes alrededor del globo que coexisten en la misma temporalidad, estas resultan imposibilitadas de vinculación debido a que los parámetros de los proyectos hegemónicos no concilian con aquellas formas de vida y de trabajo que exceden su racionalidad. Por otro lado, el trazo de posibles escenarios con mayor equidad y justicia social son limitados al proyectar una extensión del porvenir que considera más viable plantear el fin de la humanidad que discutir la finitud del capitalismo y el colonialismo como estructuras de poder (Santos, 2010b).

⁶² Esto, sin duda, impactó en las condiciones formales de las ciencias al desplazar la explicación divina de la realidad, por la relevancia del saber “objetivo” producido por un sujeto descorporeizado y ajeno a su contexto espacio-temporal. Lo anterior es caracterizado en términos epistemológicos por Santiago Castro-Gómez (2007) como la *hybris del punto cero* que remonta a un momento pionero en la reflexión eurocéntrica que rompe con la relación previa del mundo caracterizada por el metabolismo intrínseco entre el ser humano y la naturaleza. Dicho de otra forma, la necesidad de producir un conocimiento ajeno a las perturbaciones de la experiencia corporal y las posiciones constitutivas del sujeto, requería de un distanciamiento entre el objeto por conocer y el sujeto cognoscente. Por lo tanto, el conocimiento objetivo era resultado de un ámbito meta-empírico moldeable por el lenguaje matemático como una postura incorpórea.

En esta medida, la construcción del conocimiento parte de “un punto de observación inobservado” que reemplaza la relevancia de Dios como ente situado fuera del mundo. La ciencia occidental parte de un punto cero. Sin embargo, el mismo Castro-Gómez (2007) matiza la sustitución del “sujeto creador” por el “yo pensante” debido a que el primero presenta una definición orgánica de la vida, mientras el segundo se limita a reproducir una mirada analítica y segmentada de lo concreto. Sin duda esto representa una *hybris*, es decir, una desmesura, en la construcción de lo que se conoce. Sin embargo, lo anterior ha resultado un mecanismo eficaz en el carácter expansionista, colonialista y patriarcal de la Europa Occidental.

Recapitulando, estamos en condiciones de aseverar que la razón moderna presenta una *postura indolente*, esto es, una lógica de actuación que plantea tres superposiciones definidas que han retroalimentado la estructura de poder del paradigma científico como canon exclusivo de saber:

- 1) La formulación de conocimientos y experiencias sociales alrededor del mundo es tan variada y diversa que rebasa los principios de la tradición teológica, filosófica y científica moderno-occidental.
- 2) Esta riqueza está siendo desperdiciada, generando escenarios que proclaman la inexistencia de alternativas dentro y fuera de las estructuras sistémicas.
- 3) Para combatir la omisión de las experiencias sociales, se requiere la formulación de nuevos marcos interpretativos que den cabida a la diversidad interna del campo científico, así como a las construcciones fuera de ella.

De estas formulaciones se asienta que la economía convencional, al igual que la ciencia en general, presenta un comportamiento indolente que despliega como característica nodal un comportamiento que entreteje cuatro grandes tendencias verificables a lo largo del devenir histórico-concreto (Santos, 2006; 2009; 2011).

Como primer punto, se estudia la reproducción de una *razón impotente* que parte de una realidad externa al quehacer humano, que lo incapacita de influir en su porvenir inmediato. De ello, la viabilidad de trazar múltiples realidades según las potencialidades del sujeto de circunscribir su realidad histórica y social, resultan nulas ante la omnipresencia de un presente que arrasa con las dinámicas contextualizadas.

A manera de ilustración, los resultados posteriores a cuatro décadas de políticas económicas globales bajo el predominio del modelo secundario exportador han arrojado como consecuencias principales una volatilidad de los índices macroeconómicos adjunto a una creciente fragilidad financiera; en términos sociales, esta tendencia ha impactado en enormes costos como el significativo aumento de la pobreza, el desplazamiento sistemático del empleo hacia la economía informal y criminal así como la creciente concentración del ingreso. Sin embargo, el economista canadiense John Kennet Galbraith (2004) afirma que vivimos una *economía del fraude inocente* ya que, pese a ser notorias las distintas señales que marcan la

inviabilidad de este modelo como generador de crecimiento y bienestar económico, la intersubjetividad colectiva sigue legitimando este tipo de economía. Por esta razón, prevalece un *engaño aceptado* en tanto fuerza externa incapaz de modificar la dinámica social. Bajo esta reproducción, el sujeto se encuentra incapacitado de influir en su porvenir inmediato según sus potencialidades de circunscribir su realidad histórica y social.

Como segunda estructura se reconoce la construcción de un *razonamiento arrogante*. Su indolencia está dada por la concepción de libertad que emana de ella. Lejos de las pugnas ilustradas de finales del siglo XVIII que reivindicaban las construcciones político-ideológicas del liberalismo, conservadurismo y socialismo producto de la Revolución francesa⁶³ (Wallerstein, 1995), la libertad representaba una consecución dada. En esta medida, las pretensiones populares por la independencia y autonomía no representaban una meta u horizonte por el que habría que luchar, sino un punto de partida en la aspiración de necesidades sociales de otra índole. Bajo este argumento, la razón arrogante considera superfluo demostrar su propia libertad.

En términos académicos, resaltan las construcciones teóricas sobre el sector financiero y el libre mercado elaboradas por los economistas de la Escuela de Chicago que, partiendo de los supuestos del individualismo metodológico, reconocen la constitución de un sujeto descorporeizado y descontextualizado que garantiza su libertad política en la dimensión económica del mercado, siempre y cuando el Estado deje de generar externalidades negativas ante su intromisión activa. Por esta razón, la libertad es una postura *ex ante* dentro de la

⁶³ La Revolución Francesa originó un cisma en las concepciones culturales y políticas desplegadas en siglos posteriores; en particular, la noción *pueblo* como agente histórico de la transformación social mutó de manera radical su carácter precedente. El proceso naciente de ciudadanía de la Europa central, consolidó la figura de la propiedad privada capitalista entendida como un producto de las revoluciones burguesas que impulsó en la arena política la participación democrática del pueblo como promotor del cambio político-institucional. Esto arrojó la constitución y consolidación de diversas ideologías que encararon los proyectos políticos del siglo XIX, en particular: el *conservadurismo* con un horizonte reaccionario que planteaba desechar la modernidad ilustrada como forma de preservar los privilegios de la antigua clase feudal-monárquica; el *liberalismo* como propuesta política que enfatizaba el desarrollo de las fuerzas tecnológicas como sinónimo de progreso social; y el *socialismo* como proyecto que cuestionaba la reproducción del capital, más no la idea del progreso. No obstante, del conjunto de posturas, el liberalismo se impuso como la ideología dominante que empató con el despliegue de las fuerzas capitalistas de producción que, en primer plano, fortaleció la maquinaria del Estado como impulsora de la modernidad tecnológica, controlando a las “clases peligrosas” que pugnaban por paradigmas que cuestionaban el capitalismo (Wallerstein, 1995).

coyuntura del sujeto económico maximizador de sus utilidades, velado por la intromisión gubernamental que distorsiona el libre tránsito de mercancías y el funcionamiento eficiente de los mercados.

Asimismo, un rasgo constituyente del actual patrón civilizatorio, discutido en diferentes momentos de la investigación, está en función de la racionalidad de la sociedad moderna, autoproclamada como la única forma válida de producir conocimiento, distanciada de las distorsiones de la filosofía, teología y en rango último, del conocimiento popular. De aquí depara la *razón metonímica* como tercera tendencia analítica. La metonimia es una figura de la retórica que, desde una relación de continuidad e inclusión, designa una cosa u objeto con el nombre de otro; esto es, refiere a la parte como expresión del todo. En este sentido, el conocimiento científico, como expresión de la multiplicidad y/o ecología de saberes, es asumido como la totalidad analítica, limitando otro tipo de reflexiones.

Por ejemplo, la economía como el logos o estudio de lo económico, presenta una serie de definiciones que resultan materia obligada para cualquier estudiante de la disciplina. Sin duda, destaca la aproximación desde un posicionamiento convencional del economista británico Lionel Robbins (1932; citado en Zorrilla, 2008) que define a la economía como la ciencia que estudia los comportamientos humanos, destacando una relación entre fines y medios escasos con usos alternativos. Por otro lado, la vertiente crítica de Marx y Engels (s.f.; citado en Zorrilla, 2008) expone que la finalidad de la economía política es el estudio de las leyes sistémicas de producción, distribución, circulación y consumo de los bienes materiales que satisfacen las necesidades humanas. No obstante, el significado de economía toma referentes totalmente distintos si se siguen aportaciones de mundos no occidentales/occidentalizados. Para muestra, la concepción más próxima de economía para la cosmovisión andina aymara reconoce una relación totalizadora que involucra la producción de medios de vida a partir de un *hacer* que dignifica el trabajo colectivo en función de las necesidades sociales, en un marco de respeto y armonía con la naturaleza (Prada, 2011).

Finalmente, destaca la *razón proléptica*. La prolepsis refiere a una técnica narrativa que significa la anticipación de un suceso o hecho en el presente. En específico, la temporalidad de la modernidad dominante presenta una postura particular, que recurre a una posición lineal y progresista donde el porvenir es signo irrefutable de mayor bienestar individual y social. El

futuro es una concepción permanente de superación de la especie humana, dejando sus rastros “primitivos” en un pasado irrepitible. Bajo este argumento, este tipo de racionalidad desprecia la relevancia de un futuro multifacético ya que considera que todo conoce de él. Lo que viene naturalmente es una etapa de progreso y evolución que choca con apuestas en términos del caos y la complejidad que dan cabida a contextos de metamorfosis, mutación y/o regresión (Morín, 2010). Una fehaciente expresión de lo anterior en el ámbito intelectual de la economía, es el supuesto que lo único real es el estudio del corto plazo, siendo el largo plazo una repetición extendida del presente.

Por los fundamentos expuestos, la razón metonímica y la razón proléptica representan las lógicas de pensamiento decisivas en el despliegue de la “modernidad realmente existente”. Así, la razón metonímica ha limitado su racionalidad a la idea de totalidad que remite a una noción de orden. Por ello, las dicotomías sufragadas por este tipo de razón contienen una jerarquía implícita: conocimiento científico/conocimiento popular; hombre/mujer; cultura/naturaleza; civilizado/primitivo; blanco/negro; Norte/Sur, Occidente/Oriente. Esto ha arrojado un imaginario social que muestra una relación subordinada y subsumida donde ninguna de las partes puede ser pensada fuera de la totalidad; en este sentido, lo producido por fuera es declarado como no existente, impactando en el desperdicio de experiencias, saberes y prácticas que despliegan lógicas de actuación con sustento y coherencia propia. Es por ello que la razón metonímica presenta no sólo una comprensión limitada del mundo, sino una comprensión limitada de sí misma (Santos, 2006; 2009).

Por lo tanto, una tarea fundamental es ampliar el presente para visibilizar todas aquellas experiencias económicas que reproducen en la cotidianeidad prácticas horizontales de solidaridad, cooperación y satisfacción de necesidades que no son reconocidas en términos mediáticos. De ello emerge la necesidad de plantear una *Economía de las Ausencias* cuyo reto es hacer posible a todo aquello declarado como inviable por el canon moderno. Siguiendo a Karl Polanyi (2014), ampliar las lógicas de actuación más allá del intercambio en las economías con mercado. Se requiere pasar de lo ausente a lo presente para mirar tendencias que recrean prácticas de redistribución, reciprocidad e intercambio mercantil simple.

Sin embargo, para ello habrá que cuestionar el tipo de mecanismos que han declarado como “ausente” la diversidad epistemológica y práctica del mundo. En este sentido, se han

correspondido cinco dispositivos que, de manera entretejida, avalan la preponderancia de la razón metonímica como la racionalidad única dentro del precepto cognitivo moderno. En estos términos, se reconocen cinco monoculturas que interactúan conformando un entramado que niega la coexistencia de diversos matices civilizatorios y cosmovisiones de vida, en nombre de lo propiamente civilizado, a saber: la monocultura productivista, del saber científico, del tiempo lineal, de la clasificación social y de las escalas.

Así, la primera ausencia se produce con respecto a la productividad. Las diferentes formas de extracción del excedente han sido reducidas a la lógica del capital. Esto quiere decir que la producción que legitima la valorización del capital de ninguna manera representa la tendencia más practicada a nivel global, aun cuando se coloca como el eje articulador que da forma al modo de producción. Por ello no es casual que procedimientos como el mejoramiento tecnológico, la devastación de la naturaleza y la superexplotación del trabajo representen el *modus operandi* estructural que fomenta el capital para incentivar escenarios de ganancia generalizada, declarando como “improductivo” a las estructuras laborales que colocan en un lugar central otro tipo de necesidades.

Bajo esta argumentación, a primera vista parecería que la monocultura de la productividad capitalista asume la lógica constituyente de la Economía de las Ausencias debido a que la economía, en su aspecto dominante, presenta como criterio central el crecimiento de la producción interna. Sin embargo, el patrón civilizatorio de la modernidad no se limita a su carácter material, sin negar la relevancia de este, sobresaliendo otras estructuras de poder que al concatenarse articulan un entramado global.

De esta forma, prevalece una monocultura del saber que como se ha venido manifestando, deslegitima aquellas formulaciones que no cumplen con los criterios metodológicos y epistemológicos de la ciencia en su versión positivista y posmoderna. La monocultura del saber desecha sistemáticamente las evidencias que depara nuestra experiencia, interpretadas como cuestiones ilusorias, pese a que los seres humanos suelen orientarse por percepciones marcadas por el aprendizaje cotidiano, las cuales se sustentan no solo por las experiencias individuales sino por el tránsito de generaciones humanas (Elias, 2010). En consecuencia, el instrumento privilegiado del análisis científico es la técnica matemática. El conocer está intrínsecamente ligado a la cuantificación, resultando poco trascendente aquellas características o propiedades

cuantitativas de la materia. Sin duda, destacan las apuestas económicas que aspiran a crear fundamentos teóricos en paralelo a las construcciones de la física, con la idea de matematizar la ciencia como expresión de objetividad. La forma de no existencia es verificada con la noción de “ignorancia” o “incultura”.

La tercera lógica se basa en la monocultura del tiempo lineal, la cual considera que la historia presenta un sentido y dirección teleológica. Uno de los ejemplos más representativos es el supuesto desarrollo del sistema económico mundial que muestra a un grupo de países que han recorrido un camino de industrialización que les otorga un rol preponderante en las relaciones comerciales, productivas e institucionales. De esta postura emergieron nociones en la década de 1960 como las de W. W. Rowtrow (1952; 1960; citado en Gutiérrez & González, 2010), quien manifiesta que el subdesarrollo es un estado superable siempre y cuando se recorran determinadas etapas de progreso económico y social. La forma de producir la no existencia es a través de lo “residual” expresado en términos de lo “primitivo”, “salvaje”, “obsoleto”, “subdesarrollado”.

La siguiente lógica da por sentado las diferencias sociales, a través de la monocultura de la naturalización de las diferencias. De este criterio sobresale la jerarquización racial y sexual como principio innato de superioridad. De acuerdo con esta lógica, la no existencia es producida bajo la forma de una inferioridad insuperable. Esto puede apreciarse en el contexto de la crisis económica global. Siguiendo datos de la CEPAL, en 2009 fueron despedidas del campo laboral latinoamericano entre 6 y 16% de las mujeres empleadas. En contraste, el índice de desempleo de los hombres rondó entre 5.7 y 12.1% (Montaño & Milosavljevic, 2010); es decir, hipotéticamente el sistema arroja en mayor medida a las mujeres simplemente por las construcciones ideológicas que las rodea en términos biológico-sexuales y en las relaciones de género.

Finalmente, la monocultura de la escala dominante considera que dentro de la modernidad occidental sobresale el papel de lo universal y lo global. De ello brota la noción de la globalización como proceso totalizador que absorbe y rivaliza con respecto a las experiencias y ejercicios “situados”. Por ello, la no existencia es producida como lo “particular” o “local” que representa un adjetivo peyorativo característico de procesos económicos cuya racionalidad no se limita al afán capitalista. Sin embargo, si se analiza más detenidamente, la globalización y el

libre mercado no son más que las expresiones hegemónicas de un trazado económico y social con matriz estadounidense posterior a la segunda mitad del siglo XX. Esto avala que dicho proyecto lejos de ser universal, representa un localismo que se ha globalizado conforme determinadas estructuras de poder que se han refuncionalizado y dinamizado bajo el complejo industrial-militar y las nuevas ciencias por colocar una ejemplificación.

En suma, prevalecen cinco formas de invisibilidad producidas por la razón metonímica. De ello, la propuesta de la Economía de las Ausencias radica en transformar las monoculturas de lo productivo, científico, avanzado, superior y global por ecologías en donde se muestre la pluralidad de ejercicios, prácticas y saberes en cada renglón manifestado y evidenciado por las Epistemologías del Sur (Santos, 2006; 2009; 2011).

Consecuentemente, en el ámbito del saber económico se requiere plantear una multiplicidad de conocimientos, y prácticas que le dan sentido al mismo, sobre los que se desarrolla la ciencia como campo analítico compuesto de una nutrida gama de perspectivas teóricas que discuten en diferentes niveles de abstracción. De igual manera, resultan indispensables los saberes amparados bajo otras matrices civilizatorias que presentan un cuerpo coherente de interpretación de lo concreto. En este sentido, la ecología de los saberes económicos no se contrarresta con la erradicación de la ignorancia, sino por el planteamiento que expresa que todo saber implica una ignorancia y viceversa. Así, las estructuras del conocimiento presentan límites intrínsecos en su campo de estudio que avala la imposibilidad de una teoría general (Santos, 2006; 2009; 2011). Ante ello destaca el trabajo de diálogo y traducción intercultural como paso metodológico con la potencialidad de concretar en lo cotidiano prácticas sociales y económicas en transición.⁶⁴

Por otro lado, la ecología de las temporalidades apuesta por concepciones variadas del tiempo que expresan una heterogeneidad constituyente de las sociedades, sea en términos de la corta, mediana y larga duración, en la yuxtaposición de tiempos circulares, cíclicos, sincrónicos y diacrónicos, en las continuidades y discontinuidades, en la normalidad y en la ruptura, que caracterizan en mayor medida a los territorios no occidentalizados, por ejemplo los pueblos indígenas latinoamericanos donde destacan trayectorias económicas no residuales.

⁶⁴ Para mayor información del trabajo de traducción intercultural, ver Santos (2006; 2009; 2011)

Por igual, la ecología de los reconocimientos obliga a trascender la descalificación de los sujetos, principalmente en términos de raza y género. En este sentido, entran en discusión temáticas como la reproducción organizativa de comunidades y colectivos sociales multiculturales y plurinacionales que guían su día a día bajo cosmovisiones que plantean una vida digna, un buen vivir. Asimismo, destaca el papel de las fuerzas procreativas que se vinculan con las labores de la esfera privada, como las actividades reproductivas y del cuidado, relacionadas históricamente con el hacer subalternizado de las mujeres. En sintonía, la ecología de las transescalas apela a la recuperación de ejercicios y saberes localizados, que se caracterizan por reivindicar, muchas de las veces, demandas sociales de justicia, dignidad, autonomía, defensa del territorio, que contrastan marcadamente con los aspectos universalizantes del paradigma de la globalización. Así, la noción de lo global se vuelve relevante si se da cabida a posturas que tejen sus prácticas de vida y de trabajo a nivel regional y local. Por último, la ecología de las productividades engloba actividades económicas que recogen experiencias de producción y gestión del trabajo que postulan relaciones con un mayor nivel de horizontalidad, solidaridad y cooperación entre sus agentes, por ejemplo, las cooperativas integrales, la economía popular, la economía del don, las empresas recuperadas, los mercados de trueque/multitruque, las finanzas solidarias, entre otras expresiones, que cuestionan la lógica omnipotente de la ganancia.

Por lo tanto, si la Economía de las Ausencias contrarresta la razón metonímica planteando ampliar el horizonte de las experiencias presentes con la finalidad de otorgar legitimidad y validez a este tipo de procesos históricos reproducidos en paralelo a la normatividad económica y societal, la razón proléptica se combate con la *Economía de las Emergencias* que propone contraer, en términos metodológicos, un futuro vacío e incierto por un porvenir rico en sus múltiples determinaciones. Dentro de estos escenarios, la potencialidad de la emancipación y la transformación social presentan un lugar central. De esta manera, el objetivo de esta herramienta analítica es sustituir la linealidad y progresismo abstracto del tiempo moderno por un futuro con posibilidades plurales que, en términos de Santos y Rodríguez (2011) sean lo suficientemente utópicas para desafiar al sistema mundial de poder, pero lo suficientemente realistas para promover transformaciones concretas.

En términos de Edgar Morin (2010), la *emergencia* representa una cualidad nueva con relación a los constituyentes del sistema; esto es, una unidad que no se puede descomponer y deducir de

los elementos anteriores. En esta medida, la construcción de lo emergente devela una serie de posturas que niegan lo dado, con la idea de aventurarse a aquello que hoy en día no existe, pero que contiene los elementos reales para germinar. Estas utopías apuestan por posicionamientos inéditos, factibles de concreción, siempre y cuando se coloque al sujeto ante sus circunstancias históricas, existenciales y sociales (Zemelman, 2002). En específico, la capacidad del sujeto de mirar el límite, cabe señalar, todo aquello que manifiesta su existencia pero que en simultáneo lo trasciende, en tanto embrión real de horizontes que aspiran a ir más allá del saber consabido.

Así, el devenir epistémico-práctico se afianza por la necesidad de asomarse a lo incierto, en el sentido de pugnar por la capacidad creativa e inventiva del sujeto para romper con lo establecido. Para ello habrá que subrayar en la potencialidad del pensamiento abierto que le apuesta a colocarse en el contorno de lo dado, trascendiendo las determinaciones y parámetros de la estructura a partir de las fisuras de lo convencional. En ellas, el sujeto se reconoce como tal, erigiendo una construcción que enfatiza la articulación entre voluntad y acción, con la idea de conformar una trayectoria histórica potencial que plasme nuevas realidades ante las necesidades cotidianas de vida; en esta medida, se hace especial énfasis en las posibilidades, en lo que subyace, en lo que está dándose, en vez de encuadrarlo al interior de sus condiciones pre-establecidas (Zemelman, 2012).

Por lo tanto, la apuesta, en términos de Hugo Zemelman (2011), radica en la formulación de un *pensar epistémico* que se caracteriza por impulsar una serie de aproximaciones sin contenidos y conceptos definidos, con la capacidad de dibujar contextos sin anticipar conjeturas ante una realidad dinámica, compleja, mutable y en constante movimiento. Esto es, conformar un conocimiento en construcción que se coloca ante las circunstancias a partir de la *capacidad de asombro, vigilia y duda creativa*⁶⁵ (Zemelman, 2011; 2012). Lo relevante de esto reside en la apertura que depara al sujeto colectivo como constructor de su propia historia, un sujeto que está-siendo desde lo cotidiano con relación a los otros, para los otros y desde los otros (Zemelman, 2012). Consecuentemente, la apropiación de la realidad no se limita al plano cognitivo. Se requiere de una ampliación de la subjetividad que reformule los postulados del canon hegemónico.

⁶⁵ Para un análisis pormenorizado de las categorías *capacidad de asombro, vigilia y duda creativa*, ver Zemelman (2012)

En particular, el ser racional de la modernidad imperante ha potenciado sus facultades en el plano intelectual, en desaliento de sus habilidades de corte emocional. Por ende, para construir marcos interpretativos, no basta con proponer otro tipo de ciencia, se necesita partir de otro tipo de racionalidad, acompañada de la emocionalidad (Fals-Borda, 2015; López-Intzín, 2013). De ello, uno de los fundamentos básicos en la conformación de nuevas epistemologías que estimulen procesos de descolonización y despatriarcalización, recae en el conocimiento como una actividad que remite a una experiencia de vida, una experiencia que se realiza con el cuerpo⁶⁶ (Tapia, 2014). Subsecuentemente, apelar a la recuperación del pensamiento no sólo como constructor de conocimiento, sino como apertura de la condición humana resulta un aspecto fundamental.

Así, los trazos que exhiben caminos y recorridos que articulan materialidades y subjetividades ajenas a las pautas sistémicas, requieren de la simultaneidad experimental de ejercicios transitorios que exhiben las fortalezas y limitantes de sociedades que proyectan escenarios post-capitalistas, post-coloniales y post-patriarcales dentro de una estructura que por ser hegemónica, no significa que sea totalitaria. En este sentido, el sujeto se caracteriza por mutar cotidianamente su identidad según el contexto que lo rodea. No en el sentido de virar hacia proyectos de destrucción avalados por las estructuras sistémicas, sino por generar metamorfosis de resistencias que recuerdan que las transformaciones se construyen a través de diferentes espacialidades y temporalidades en las que un mismo acto puede tener cabida dentro, alrededor y fuera de los sistemas de dominación y explotación.

Esto impacta en la reflexión que exhibe que los cambios y las transformaciones sociales no presentan un carácter teleológico característico del pensamiento occidental/occidentalizado; la lucha por mundos que apuestan por las emancipaciones representan un recorrido sin fin. Esto significa que la lucha y la resistencia por “otros mundos” se teje con avances y retrocesos, con

⁶⁶ Por ejemplo, el biólogo chileno Francisco Varela (1996; citado en Tapia, 2014) establece que el conocimiento surge de *estados emergentes* que son resultado del acoplamiento de diferentes actividades neuronales, denominados procesos de *enacción*. En estos términos, el cuerpo produce estados emergentes y/o acoplamientos neuronales con base en una memoria cognitiva al introducir el factor histórico en los procesos de aprendizaje que da como resultado un conocimiento cualitativamente distinto en la medida en que el cuerpo produce acoplamientos bajo enacciones dialógicas, es decir, acoplamientos en colectivo (Varela, 1996; 2000; citado en Tapia, 2014).

posibilidades y limitantes, pero que motiva porque siempre habrá “algo más” (Subcomandante Insurgente Marcos, 1996): la utopía de hacer real lo posible (Arruda, 2010).

Por consiguiente, las transformaciones en el campo económico no se limitan a determinadas prácticas ligadas al modo de producción y organización del trabajo que de ellas emerge. La apuesta por una Economía de las Emergencias considera fundamental la relación del sujeto con sus medios de producción; sin embargo, la apuesta integral requiere luchar por una *economía sustantiva* que se fundamenta en el cambio de subjetividades materiales y civilizatorias, que deparen en la construcción de alternativas que contrarresten de manera contundente la normatividad societal de poder que otorga un carácter velado a la infinidad de prácticas y saberes que no resultan funcionales con la acumulación del capital y las estructuras de dominación conforme los constructos “raza”, “género” y “sexo”.

La Economía de las Emergencias no es más que la herramienta metodológica que reconoce la capacidad de un organismo vivo o colectivo social de generar desplazamientos a nivel material, cultural y en los imaginarios de vida con respecto a las normas preestablecidas de poder. En términos de la física y la química, la bifurcación de los sistemas abiertos que trabajan en los márgenes de la estabilidad, generando una serie de fluctuaciones de energía no lineales que presionan al sistema hacia un límite máximo de inestabilidad, lo cual conduce hacia un nuevo estado macroscópico (Prigogine, 1980; 1981; citado en Santos, 2009).

Para ello, es fundamental identificar las pistas, señales, grietas que representan la puerta metodológica de rechazo-acción para posibilitar un mundo que aparentemente se muestra como cerrado (Holloway, 2011), visibilizando otro tipo de formulaciones paradigmáticas que conllevan un trastocamiento de los conocimientos normalizados (Kuhn, 2006), donde las decisiones y circunstancias cotidianas suelen provenir de espacios localizados que orientan rutas y ángulos de percepción de la gente común (Ceceña, 2008).

Recapitulando, la inercia civilizatoria en la que navegamos nos obliga a transitar por escenarios alrededor y más allá de las pautas civilizatorias en curso, pugnando por un paradigma dirigido hacia la vida, reinventando nuestras capacidades cognitivas, emocionales y prácticas de concebir y construir las realidades, lo cual significa implícitamente reconsiderar nuestros vínculos sociales en comunidad. Lo anterior no implica que de alguna manera las transformaciones sociales planteadas nos guíen necesariamente hacia las construcciones

sociales propuestas, sin embargo el Viejo Antonio le recuerda al Subcomandante Insurgente Marcos (2012) que es necesario caminar; para ello es fundamental voltear la mirada hacia atrás, es decir, retomar el camino donde nos quedamos para construir el porvenir, “el mundo donde quepan todos los mundos”.

REFLEXIONES FINALES

La realidad social, asevera Sergio Bagú (1981), es producto de un intercambio recíproco e incesante entre seres humanos; una *intergénesis*, que despliega las posibilidades y condiciones materiales, biológicas e histórico-sociales de la vida en comunidad. Por tanto, definir las posibilidades de construir conocimientos que capten las transformaciones y mutaciones de la praxis requiere de un constante trabajo analítico que formule y resignifique marcos interpretativos que asuman la realidad en términos complejos, críticos y alternativos, proyectando un *reacomodo de nuestro ángulo de abordaje de la realidad* con la idea de ampliar el horizonte de inteligibilidades que exhiban la diversidad epistemológica y práctica del mundo.

Esto significa que la dinámica de los sujetos sociales constructores de su realidad está rebasada por las enunciaciones teóricas y metodológicas de la ciencia en su versión restringida, imposibilitando una real comprensión de los fenómenos en movimiento. Bajo este contexto, el desafío académico está centrado en la promulgación de marcos de referencia emergentes, en dialógica con los movimientos sociales, que den cabida a la multiplicidad de prácticas, saberes y conocimientos donde no existe un estado de conocimiento o ignorancia total, sino saberes y ejercicios parciales que responden a necesidades localizadas según contextos geo-históricos.

Consecuentemente, una tarea primordial de la presente investigación radicó en discutir el referente estructural sobre el que operan las sociedades, condicionadas por las estructuras de poder del Norte Global. En específico, la trama civilizatoria en curso presenta signos y manifestaciones que exhiben fehacientemente un proceso en descomposición sobre la que están sumidas las sociedades de Occidente/occidentalizadas. Expresiones de marcada xenofobia, racismo y homofobia, colapsos y desajustes climáticos, precarización creciente de las condiciones laborales y alimenticias mundiales, transformaciones estructurales que vulneran las condiciones de vida de la ciudadanía, rearticulaciones violentas contra las mujeres, procesos electorales con credibilidad quebrantada, crisis económica-financiera global, entre otras tendencias, exhiben la incapacidad del paradigma societal en turno de cumplir con sus preceptos dirigidos hacia la emancipación y dignidad del sujeto colectivo.

Sin duda, las distorsiones estructurales de la esfera económica-financiera en crisis representa una expresión contundente del tambaleante proceso civilizatorio en curso. El capitalismo

como sistema de extracción del excedente constituido por la valorización del valor en términos ampliados, ha recorrido trayectorias variadas a lo largo de su devenir espacio-temporal según determinados valores de uso. En particular, desde una lectura historiográfica de larga duración, la crisis contemporánea con epicentro en los años finales del decenio de 1960, exhibe el agotamiento del patrón de acumulación centrado en la operatividad del Estado impulsor del consumo masificado a partir del instrumental de las políticas económicas. La caída de la tasa de ganancia industrial en los países de desarrollo maduro, siguiendo un posicionamiento marxista, reconfiguró los mecanismos de acumulación del capital dando paso a un modelo desregularizado que garantizaba la eficiencia de las relaciones económicas y financieras con base en las relaciones de libre mercado institucionalizadas por el Consenso de Washington en 1989. En efecto, la irrupción del modelo de “crecimiento hacia fuera” develaba una serie de reestructuraciones del capital que, lejos de superar las contradicciones sistémicas que llevaron a la caída de la tasa de ganancia industrial con su consecuente recesión comercial en la década de 1970, recurrió al empleo de determinadas causas contrarrestantes (Marx, 2009) con la idea de aplazar la trabazón estructural hacia un porvenir incierto. Esto quiere decir que las contradicciones del capital son contenidas, más no resueltas, en el momento en que se compatibiliza la acumulación del capital en escala ampliada con las estructuras productivas y el nivel de consumo global. En este sentido, el mundo económico ha reproducido un patrón de especialización productiva que ha rearticulado las relaciones económicas según una reconfiguración de la división internacional del trabajo. No obstante, lo anterior ha sido velado por el ascenso y consolidación del sector financiero como palanca de acumulación del capitalismo contemporáneo.

Así, la *financiarización* representa el proceso que centra su racionalidad en la rentabilidad del capital financiero, en detrimento de las operaciones del sistema monetario, el comercio y la producción mundial, que poco ha influido sobre el crecimiento económico, la creación de empleos y la mejora en la distribución del ingreso global. En cambio, ha instaurado una economía ficticia, diez veces mayor que el PIB estadounidense y británico (Ugarteche & Martínez-Ávila). No obstante, la discusión central de dicho *régimen de acumulación con predominio financiero* plantea una “desconexión” entre la economía real productora de plusvalor y una dimensión financiera, estimulando una relación de magnitudes donde el dinero genera por sí mismo más dinero a través de la fórmula $D - D'$. No obstante, lo anterior presenta la

imposibilidad financierizada de generar un motor endógeno de acumulación. Consecuentemente, las finanzas simbolizan una fase transitoria atada a las necesidades del capital productivo, ya que el capital financiero representa el eje de apropiación y concentración, más no de generación de valor.

Marx (2008) planteó en *El Capital* el estudio analítico de tres fases superpuestas que dan vida al ciclo del capital industrial. De ellos, la dimensión productiva representa el proceso por excelencia de creación de nuevo valor, favoreciendo al ciclo mercantil y dinerario a través del traspaso de la plusvalía por medio de la figura de la ganancia comercial y la tasa de interés respectivamente, a las demás fracciones de la burguesía. En este contexto, resulta de vital subrayar la relevancia del trabajo y la extracción de plusvalía en la actual etapa financierizada contrario a las tesis que abogan por el fin del trabajo manual. De lo anterior, destaca la ofensiva y desestructuración que ha sufrido el campo laboral. La modificación de la *composición orgánica de capital* (Marx, 2005), ha orillado a la clase trabajadora hacia un *desempleo estructural* que resalta la preferencia por el trabajo socialmente acumulado en detrimento del trabajo vivo (Quijano, 2010). En esta medida, la caída del salario mínimo, la precarización y flexibilización de las condiciones de trabajo, la subcontratación y el aumento de la economía informal y criminal han representado mecanismos con tendencia mundial, anclados en mayor medida en los territorios periféricos.

Para comprender el panorama anterior, toma vigencia el estudio clásico del economista y sociólogo brasileño dependentista Ruy Mauro Marini (1973). La división internacional del trabajo de finales del siglo XIX ha arrojado estructuras productivas, tecnológicas, comerciales y laborales diferenciadas según el posicionamiento geopolítico y geoeconómico a nivel mundial. En particular, la elevada competitividad de las economías industrializadas, fijando precios por debajo de su valor, se posibilita en términos dialécticos por la vulnerabilidad de los procesos productivos y laborales de las economías periféricas. Es evidente entonces que, mientras los países industrializados recurren a la extracción de la plusvalía relativa conforme la introducción de maquinaria y tecnología de punta, el mundo dependiente ha recrudescido sus mecanismos de plusvalía absoluta. En este propósito, toma relevancia la *superexplotación del trabajo* entendida como la forma particular de apropiación del trabajo de las economías dependientes que se caracteriza por la remuneración por debajo de su valor (Marini, 1973); en palabras de Jaime

Osorio (2013), la transferencia del fondo de consumo obrero al fondo de acumulación del capital.

Por lo anterior, este trabajo planteó la hipótesis que presenta la viabilidad del mundo financiarizado en función, entre otras causantes, del aumento desmedido de la superexplotación del trabajo a nivel global. Esto se ha potencializado por los ajustes de austeridad impelidos por las instituciones financieras internacionales como el FMI, el Banco Mundial, el BCE, la OMC, etc., visible desde la década de 1980 en América Latina, en las economías asiáticas a lo largo de los años noventa y actualmente en los países periféricos de Europa. Por lo tanto, el impacto exponencial del sector financiero con respecto a la economía real presenta una relación directa con la vulnerabilidad y precarización de las condiciones laborales internacionales, traspasando los diferenciales de la plusvalía productiva al sector bancario y financiero estadounidense y alemán en mayor medida.

De esta manera, la validación de estas reflexiones requirió contrastar los postulados teóricos con el desenvolvimiento de las tendencias generalizadas en el ámbito económico. Para ello se apeló al empleo de estadísticas elaboradas por instituciones financieras internacionales. Sin duda esto arroja una fragilidad metodológica al relacionar constructos estadísticos con planteamientos que distan de manera notable en sus dimensiones paradigmáticas. No obstante, la pertinencia de este estudio radica en colocar como acercamiento exploratorio la relevancia de la superexplotación del trabajo a nivel global, haciendo visible las correspondencias existentes entre ambas propuestas.

Así, la superexplotación del trabajo se retroalimenta de tres tendencias que conforman una unidad básica de reproducción. Primero, la extensión de la jornada laboral. Para ello se utilizó el número de horas laboradas promedio de los países integrantes de la OCDE (2016). Los resultados muestran que países relacionados históricamente con las economías desarrolladas como Alemania, Holanda, Dinamarca y Francia presentaron un menor número de horas de trabajo. En contraste, la extensión laboral es característica en países como México, Costa Rica, Corea del Sur, Chile y Grecia. Si se comparan los extremos, los trabajadores alemanes requirieron del 61% de la jornada laboral mexicana para cumplir con su labor anual promedio en 2014.

El segundo hallazgo plantea la remuneración del trabajo por debajo de su valor. La OIT (2015) analizó el comportamiento del salario medio real de los países integrantes del G-20 y la Unión Europea. La información estadística muestra que el salario real se ha reposicionado en países como Alemania, Francia y Estados Unidos posterior a la caída de 2009. Casos severos son las economías de la periferia europea que en 2013 no han recuperado los niveles del salario mínimo de 2007. Grecia, como el caso más significativo, ha perdido alrededor del 25% del poder adquisitivo en paralelo a la intromisión activa de la Troika. Finalmente, el Foro Económico Mundial (2015) publica un estudio anual sobre la competitividad mundial. Esto se relaciona con la intensificación de la jornada laboral como mecanismo que combina procesos de plusvalía relativa y plusvalía absoluta. Los resultados exhiben altos niveles de productividad y competitividad con relación a cuatro áreas del mundo: Norteamérica excluido México, Europa Occidental, Japón y Australia. Las economías con mayor nivel de industrialización histórico.

En suma, se plantea que las economías dependientes están experimentando de manera generalizada una ofensiva contundente contra el trabajo como mecanismo que mantiene a flote un sistema económico ficticio que basa su reproducción cotidiana en los flujos especulativos que dan la apariencia que el dinero incrementado surge de la esfera de la circulación y de la titularización de la economía. De estas reflexiones no se puede pasar por alto que este tipo de propuestas requieren de estudios que profundicen en mayor medida las tendencias estructurales de las economías dependientes; sin embargo un hecho a destacar es la correspondencia entre las condiciones de flexibilización y precarización laborales con relación a aquellos territorios y países que han sufrido de las reformas estructurales patrocinadas por las instituciones financieras internacionales.

Pese a ello, las tendencias económicas de vulnerabilidad del trabajo se entrelazan con un fenómeno que destaca una crisis que redimensiona las relaciones personales, subjetivas y en las relaciones de género. En particular, la relevancia del mandato cultural de la masculinidad, empatado con las transformaciones estructurales y económicas producto del modelo económico neoliberal y de la globalización como proceso cultural, ha generado una serie de redefiniciones donde el rol de proveedor/trabajador está en discusión. Lo anterior impacta en una “crisis de la masculinidad” que asume una serie de replanteamientos/deconstrucciones

sociales acerca de las funciones públicas y privadas de los sujetos varones, alterando los papeles tradicionalmente asignados que dieron lugar a estereotipos que petrificaron las actividades entre hombres y mujeres a nivel social (Jiménez & Tena, 2015).

Así, la proveeduría responde a uno de los múltiples mandatos de la masculinidad que, al no contar con los recursos que avalen su cumplimiento, desplaza las demás disposiciones hacia preceptos como la violencia, la sexualidad u otros medios que garantizan el poder económico y político con la idea de aumentar su posición jerárquica hacia las mujeres y otros hombres.

Lo anterior ha impactado en términos macrosociales en la reproducción de pautas estructurales que Sayak Valencia (2016) define como *capitalismo gore* que describen una configuración societal amarrada por una *episteme de la violencia* que legitima prácticas sangrientas con la potencialidad de reconfigurar las relaciones del trabajo mediante el afianzamiento de experiencias de destrucción a la otredad, es decir, prácticas de *necropoder* y *necropolítica*, que autoafirman la virilidad como una legitimación masculinista que se corresponde con procesos como el hiperconsumismo y la reafirmación individual como palanca contemporánea de acumulación.

De esta manera, anexo a las fluctuaciones y reestructuraciones de la esfera productiva, comercial y financiera mundial, vivimos una serie de desajustes y distorsiones multidimensionales que llegan al límite de cuestionar la reproducción de la vida humana y natural en el mundo. Como se ha planteado en diferentes momentos del presente estudio, resulta relevante aperturar el canon de la disciplina económica, recogiendo reflexiones de carácter multi e interdisciplinario con la intención de captar la complejidad socio-cultural de nuestra época. Lo anterior estimula una lectura más amplia al enfatizar un análisis filosófico e histórico-estructural que devela las características generales del paradigma de la modernidad en crisis. Esto significa que lo que está en juego es una disputa referente al ethos que dio cabida a la modernidad entendida como el patrón civilizatorio desplegado desde el largo siglo XVI, en términos de Fernand Braudel (s.f.; citado en Grosfoguel, 2013), que articuló una estructura de dominación precedente, el patriarcado, con dos sistemas entrelazados que arrojaron un entramado societal complejo: la valorización del capital en escala ampliada como proceso material de extracción del excedente y la instauración colonial de pautas poder que conformaron una clasificación social según identidades en términos biológicos, sociales y

geoculturales. Más aun, la incapacidad de diseccionar analíticamente la reproducción histórica de la modernidad, colonialismo y capitalismo, explicita la primacía de América Latina como novedad histórica en la configuración de Europa como centro del mundo posterior a 1492; es evidente entonces que América no se incorporó a una economía mundial existente, sino que articuló un sistema global de largo alcance que teje una trama civilizatoria de dominio/conflicto y explotación.

En particular, se defiende el supuesto que el despliegue del proyecto civilizatorio de la modernidad radicó en términos superlativos en el carácter ontológico masculino-patriarcal de dominación. Esto es, la hegemonía de la modernidad ha sido posibilitada por estructuras de opresión, violencia y discriminación ejecutadas por un sujeto conquistador prototípico que reproduce una praxis que estimula un encuentro jerárquico, violento y dominante con la otredad. Llevado a un límite, emerge un sujeto exterminador que erradica la alteridad, eliminando a aquellos sujetos en condiciones de desigualdad a nivel étnico, racial, de clase, edad, deseos erótico-afectivos y/o capacidades físicas. No obstante, el sistema mundial de poder ha promulgado como característica prioritaria una postura abismal siguiendo la definición de Santos (2009; 2010a; 2014), que conforma una estructura de distinciones que parten la realidad social en dos. Por lo tanto, el paradigma de la modernidad ha legitimado una lógica de actuación que recrea únicamente la parte visible de la línea, negando la parte silenciada que representa el sustento y posibilidad de existencia de la primera. Bajo esta argumentación, la parte visible ha certificado un sujeto moderno ejemplificado por el “yo” pensante cartesiano que avala su racionalidad *in extenso*, velando y declarando como no existente al sujeto conquistador e imperial de matriz moderno-eurocéntrica. Lo anterior puede resumirse con la sentencia benjaminiana, “no hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie” (Benjamin, s.f.: VII).

En este punto, resulta oportuno trazar un puente dialógico entre la propuesta decolonial, que enfatiza en el estudio histórico-estructural de la modernidad, con la vertiente filosófica marxista de Bolívar Echeverría (1995). Sin pasar por alto las diferencias teóricas de ambos proyectos teórico-políticos, la vinculación histórica de la modernidad con la reproducción filosófica y ontológica del patrón civilizatorio moderno enriquece el análisis planteado. En particular, se retoman los cinco rasgos que configuran el estudio de la “modernidad realmente

existente”. La solidez de la dimensión cultural efectiva teje una perspectiva *antropocéntrica* donde el hombre, en términos androcéntricos, se coloca como el “amo y señor de la Naturaleza”. Lo anterior consolida a un sujeto *individualista* desconectado de su metabolismo natural, que privilegia sus vínculos sociales como propietario privado en función de su capacidad cognitiva instrumental y utilitarista fundamentada en el mercado como espacio de socialización. En complemento, este *economicismo* se retroalimenta del carácter *progresista* del tiempo que describe un sentido evolutivo, continuo, y ascendente inserto en un espacio *urbanístico* que representa el prototipo donde adquiere concreción la forma antropocéntrica y progresista, instaurado bajo la figura de la “ciudad”.

Bajo este panorama, resultó pertinente plantear una interpretación inter y multidisciplinaria que dio cuenta de las formulaciones históricas, ontológicas y filosóficas de la modernidad como paradigma civilizatorio. Esto fue necesario para comprender de mejor manera el panorama contemporáneo que coloca en la palestra a la modernidad capitalista-colonial-patriarcal como proyecto civilizatorio imposibilitado de cumplir con sus promesas de emancipación social. En esta dirección han emergido una serie de *imaginarios civilizatorios* que trazan un abanico de posibilidades y horizontes conforme el magma de significaciones que las sociedades crean en su conjunto (Castoriadis, 1999). Piénsese en dos grandes tendencias. Primeramente, una postura celebratoria que legitima la posmodernidad y la hipermodernidad como procesos que potencializan las relaciones del valor económico a través de las relaciones lingüísticas, tecnológicas y científico-positivistas. Segundo, la emisión de formulaciones que inspeccionan la transformación de la modernidad subrayando las variadas vías de metamorfosis retroalimentado desde un posicionamiento complejo que valida los principios dialógicos, hologramáticos y de recursión (Morin, 2010). En particular sobresale la perspectiva que legitima la viabilidad de generar modernidades alternativas que plantean la articulación de una matriz civilizatoria potencial liberada de su atadura capitalista; por otro, la conformación de una época histórica distinta, una bifurcación civilizatoria que cuestiona de fondo las estructuras capitalistas-colonialistas-patriarcales, por ejemplo las cosmovisiones no occidentales del Buen Vivir.

En este propósito, resulta crucial visibilizar y potenciar aquellos mundos de vida que han sido invalidados y declarados como no existentes por los cánones disciplinarios de la ciencia formal

como parte de las transiciones paradigmáticas en curso. En específico, la economía convencional ha sido el campo disciplinario de las ciencias sociales que mayormente ha regulado a las sociedades al proyectar exámenes que priorizan las representaciones simplificadas de la realidad que parten de pautas empíricas de observación, medición y cuantificación, donde lo fáctico es lo único real–posible. El estudio de la lógica de coste-beneficio y la maximización de las utilidades por citar los casos más recurrentes, ha invisibilizado y echado por la borda un sinfín de prácticas y conocimientos legitimados al interior y fuera de la ciencia. De esto se desprende que la relevancia del estudio de prácticas de economías no-capitalistas requiere de la formulación de posturas metodológicas que proyectan dimensiones ajenas al carácter sistémico.

En esta dirección, la investigación exploró un camino metodológico en construcción que toma como referente la *Epistemología del Sur* trabajada por el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2009). Para la consecución de lo planteado se traspolaron dos propuestas que sustentan la conformación de espacios de reconocimiento, inclusión y justicia social que edifican saberes que impactan y transforman la práctica cotidiana, ampliando los cánones de conocimiento global: La Economía de las Ausencias y de las Emergencias.

De inicio, el estudio parte de la existencia de líneas abismales en el campo de la economía disciplinaria. El debate teórico que dio forma a la economía como ciencia social arrojó dos grandes discusiones generalizadas. Por un lado, las aportaciones de los clásicos en la economía que discutían la relevancia del crecimiento económico desde un posicionamiento de la esfera de la producción rebatido por la apuesta marginalista de finales del siglo XIX que colocaba en el centro analítico las necesidades del sujeto individualizado que buscaba maximizar su beneficio conforme su restricción presupuestaria.

Por otro lado, la disputa del paradigma keynesiano impulsor de la intervención estatal de la economía chocó con la referencia monetarista, de vocación librecambista en el siglo XX. No obstante, un factor a destacar es que estas pugnas, sin considerar la deriva crítica marxista, no cuestionaron las estructuras de la economía capitalista. En este sentido, prevalece una lectura que pasa por alto el lado invisibilizado de la línea abismal que posibilita la reproducción mediática de la primera.

De esta forma, la lógica de actuación principal de la parte oscurecida destaca la conformación de una *heterogeneidad estructural* que engloba las diferentes formas de trabajo conocidas en la historia contemporánea: la esclavitud, el salario, la servidumbre, la pequeña producción mercantil y la reciprocidad, todas ellas articuladas bajo la figura del capital (Quijano, 2000a; 2000b). Sin embargo dentro de tal multiplicidad, la reciprocidad y solidaridad representan expresiones con racionalidad propia que posibilitan la articulación de modos de producción y civilización ajenos a la modernidad imperante. En palabras de Karl Polanyi (2014), la reciprocidad y la redistribución constituyen formas institucionalizadas, coherentes y con estabilidad social registradas a lo largo del devenir espacio-temporal.

En este sentido, la apuesta de la investigación se acompaña del proceso que legitima el estudio de la Epistemología del Sur como marco teórico-metodológico donde se construyen y visibilizan saberes y conocimientos, elaborados por aquellos sujetos que han acaecido de manera sistemática el dominio, discriminación y explotación del capitalismo, colonialismo y patriarcado.

En particular, la formación del conocimiento monopolizado por la razón cartesiana y newtoniana ha deparado en una postura indolente que produce como “no existente” aquellos saberes, prácticas y ejercicios que no concilian con las reglas metodológicas del conocimiento hegemónico. Esto ha arrojado dos consecuencias en específico. Por una parte, el presente se limita a una figura efímera que oculta la riqueza epistemológica y práctica del mundo; por otro, el futuro asume un comportamiento vacío e infinito que niega la conformación de estructuras alternativas. Bajo este propósito, una forma de contrarrestar dichas tendencias es formulando la reproducción de una Economía de las Ausencias que plantea la expansión del tiempo contemporáneo con la idea de verificar aquellos proyectos que en diferentes latitudes recrean prácticas horizontales de solidaridad, cooperación y satisfacción de necesidades no reconocidas en términos mediáticos; en paralelo se destaca el estudio de una Economía de las Emergencias que proyecta un futuro rico en sus múltiples determinaciones con la idea de aventurarse a aquello que hoy en día no existe, pero que contiene los elementos reales para germinar. Dentro de estos escenarios, la potencialidad de la emancipación y la transformación social presentan un lugar central.

Esto significa que la multiplicidad de expresiones en términos productivos, en las concepciones de la temporalidad, en la conformación de los saberes, en el reconocimiento de las diferencias sociales y en las escalas diversas, plantean una trama societal en construcción que no se limita a los ejercicios de la esfera económica. La fortaleza del planteamiento radica en la proyección de un futuro que encare la necesidad de escenarios pos-capitalistas, reinventando los procesos de descolonización y despatriarcalización.

Para ello habrá que destacar una advertencia medular. Pese a la riqueza y potencialidad de las transiciones sociales, estas no reivindican en paralelo las dimensiones capitalistas, coloniales y patriarcales descritas. Esto devela la necesidad de fomentar espacios cognitivos emergentes con la idea de desaprender lo aprendido con respecto a las epistemologías de Norte, que aperturen espacios de reproducción social. En definitiva, no basta con proponer otra configuración diversa en el ámbito de los saberes, se requiere de la legitimación de las temporalidades, escalas, productividades y reconocimiento de las diferencias, que generen no sólo nuevos posicionamientos epistemológicos sino reivindicaciones políticas, culturales y sociales que fomenten diálogos con los movimientos y prácticas sociales cotidianas. Así, se requiere trascender la construcción de marcos teóricos separados de la praxis, de los espacios de reproducción cotidiana (Santos, 2015). De ahí la pertinencia de plantear un *proceso descolonizador epistemológico* (López-Nájera, 2010) que evite la trampa eurocéntrica de la desagregación entre la esfera de lo real y la dimensión cognitiva-emocional.

En consecuencia, desde el enfoque metodológico de la Economía de las Ausencias y la Economía de las Emergencias se pretende dialogar en términos inter y multidisciplinares, trazando una mirada más amplia de las relaciones económicas que pugne por la dignidad humana.

REFERENCIAS

- Anderson, Perry (1987). *Consideraciones sobre el marxismo Occidental*. México: Siglo XXI.
- Arizmendi, Luis (2011). La crisis epocal del capitalismo en el siglo XXI y sus disyuntivas. *Rebelión*. Recuperado de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=135139>
- Arruda, Marcos (2010). *Hacer real lo posible. La formación del ser humano integral: Economía solidaria, desarrollo y el futuro del trabajo*. Barcelona: Icaria.
- Bagú, Sergio (1981). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. México: Siglo XXI.
- Bartra, Armando (2013). Crisis civilizatoria. En R. Ornelas (Ed.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo* (pp. 25-71). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas.
- Benjamin, Walter (s.f.). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducción de Bolívar Echeverría. Recuperado de <http://www.bolivare.unam.mx/traduccion/Sobre%20el%20concepto%20de%20historia.pdf>
- Berardi, Franco (2014). *La sublevación*. Oaxaca: Surplus.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Braudel, Fernand (1966). *Civilizaciones actuales*. Madrid: Tecnos.
- Capella, Santiago (2015). ¿Sólo trabajadores/proveedores? En M. L. Jiménez & O. Tena (Eds.), *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica. Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (pp. 125-152). México: CRIM-UNAM.
- Cárdenas, Juan Cristóbal (2016). La subsunción de la Teoría de la dependencia por la Filosofía de la Liberación: El giro dependientista al giro decolonial. En J. Gandarilla (Ed.), *La crítica en el margen. Hacia una cartografía conceptual para discutir la modernidad* (pp. 283-318). México: Akal.

Castoriadis, Cornelius (1999). Modo de ser y problemas de conocimiento de lo socio-histórico. En C. Castoriadis (Ed.), *Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI)* (pp. 259-272). Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Castro-Gómez, Santiago (2007). Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes. En S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (Eds), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 79-92). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Cattani, Antonio (2004). La otra economía: Conceptos esenciales. En A. Cattani (Ed.), *La otra economía* (pp. 23-30). Buenos Aires: Altamira

_____ (2009). *Diccionario de la Otra Economía*. Buenos Aires: Altamira & Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Ceceña, Ana Esther (2008). *Derivas del mundo donde caben todos los mundos*. México: Siglo XXI & Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

_____ (2013). Subvertir la modernidad para Vivir Bien (o de las posibles salidas de la crisis civilizatoria. En R. Ornelas (Ed.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo* (pp. 91-128). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas.

Chesnais, Francois (2003). La teoría del régimen de acumulación financiarizado. *Revista de Economía Crítica*, 1, 37-72.

Coraggio, José Luis (2004). *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo*. Quito: Abya Yala & Fundación Friedrich Ebert.

Corral, Raúl (2007). Qué es la posmodernidad. *Difusión Cultural Universidad Autónoma Metropolitana*. Recuperado de http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/98_mar_abr_2007/casa_del_tiempo_num98_67_73.pdf

Davids, Mike (2004). Planetas de Ciudades-miseria: Involución urbana y proletariado informal. *New Left Review*, 26 (1), 5-34.

Descartes, René (2014). *El discurso del método*. Madrid: Gredos.

Dos Santos, Theotonio (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.

Dúmenil, Gerard & Levy, Dominique (2002). Salida de crisis. Amenazas de crisis y nuevo capitalismo. En F. Chesnais, et al. (Eds.), *La globalización y sus crisis. Interpretaciones desde la economía crítica* (pp. 13-41). Madrid: Catarata.

Dussel, Enrique (1994). *1492: El encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito" de la Modernidad*. La Paz: Plural Editores.

_____ (2011). *Filosofía de la liberación*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2014). Más allá de la modernidad y del capitalismo. La transición a un nuevo sistema económico. En E. Dussel (Ed.), *16 tesis de Economía Política. Interpretación filosófica* (pp. 297-333). México: Siglo XXI.

Echeverría, Bolívar (1995). *Las ilusiones de la modernidad*. México: El equilibrista.

_____ (1998). *La modernidad de lo barroco*. México: Era.

_____ (2010). *Definición de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica & Itaca.

_____ (2011). *Ensayos políticos*. Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.

Elias, Norbert (2010). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fals-Borda, Orlando (2015). *Una sociología pensante para América Latina*. Bogotá: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales & Siglo del Hombre.

Fondo Monetario Internacional (2015). *World Economic Outlook. Uneven Growth: Short and long term factors*. Recuperado de: <http://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2015/01/>

_____ (2016). *World Economic Outlook update (Perspectivas de la economía mundial al día). Incertidumbre tras el referéndum en el Reino Unido*, Julio. Recuperado de: <https://www.imf.org/external/spanish/pubs/ft/weo/2016/update/02/pdf/0716s.pdf>

Foro Económico Mundial (2015). *Reporte de competitividad Global 2014-2015*. Recuperado de: <http://reports.weforum.org/global-competitiveness-report-2014-2015/interactive-gci-map/>

Foster, John Bellamy (2009). Un sistema fallido. La crisis mundial de la globalización capitalista y su impacto en China. En K. Beitel (Ed.), *Debacle de Wall Street y la crisis del capitalismo global* (pp. 145-171). España: Hacer Editorial.

_____ (2013). The epochal crisis. *Monthlyreview*, 65 (5). Recuperado de <http://monthlyreview.org/2013/10/01/epochal-crisis/>

Foster, John Bellamy & Magdoff, Fred (2009). Implosión financiera y estancamiento. El regreso a la economía real. En K. Beitel (Ed.), *Debacle de Wall Street y la crisis del capitalismo global* (pp. 37-70). España: Hacer Editorial.

Flores Olea, Víctor (2010). La necesidad de la utopía (El principio de esperanza). En V. Flores Olea (Ed.), *La crisis de las utopías* (pp. 401-435). Barcelona: Arthopos.

Galbraith, John Kenneth (2004). *La economía del fraude inocente: La verdad de nuestro tiempo*. Barcelona: Crítica.

_____ (2011). *Breve historia de la euforia financiera*. España: Ariel.

Galindo, María (2013). *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar: Teoría y propuesta de la despatriarcalización*. Bolivia: Mujeres Creando.

- Gandarilla, José Guadalupe (2016). *La crítica en el margen. Hacia una cartografía conceptual para rediscutir la modernidad*. México: Akal.
- Girón, Alicia & Chapoy, Alma (2009). Financiarización y titularización: un momento Minsky. *Economía UNAM*, 6 (16), 44-56.
- González Casanova, Pablo (2004). Las nuevas ciencias y la política de las alternativas. En P. González Casanova (Ed.), *Las nuevas ciencias y las humanidades: De la academia a la política* (pp. 357-438). España: Anthropos.
- _____ (2006). El colonialismo interno. En P. González Casanova (Ed.), *Sociología de la explotación* (pp. 185-205). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Grosfoguel, Ramón (2008). Hacia un pluri-versalismo transmoderno decolonial. *Tabula Rasa*, 9, 199-215.
- _____ (2013). Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI. *Tabula Rasa*, 19, 31-58.
- Guillén, Arturo (2015). *La crisis global en su laberinto*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa.
- Guillén, Héctor (2014). Los teóricos de la crisis y la crisis actual. En H. Guillén (Ed.). *Las crisis. De la gran depresión a la primera gran crisis mundial del siglo XXI* (pp. 76-124). México: Era.
- Gutiérrez, Eduardo & Albarracín, Daniel (2008). Financiarización y economía real: perspectivas para una crisis civilizatoria. *Vientos Sur*. Recuperado de <http://www.vientosur.info/documentos/Financiarizacion.pdf>
- Gutiérrez, Esthela & González, Édgar (2010). *De las teorías del desarrollo al desarrollo sustentable*. México: Siglo XXI & Universidad Autónoma de Nuevo León.

- Harvey, David (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- Hawking, Stephen (2013). *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*. Madrid: Alianza.
- Holloway, John (2011). *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*. México: Sísifo Ediciones.
- Huerta, Guadalupe (2013). Financiarización, crisis e ingobernabilidad. *Ola Financiera*, 6 (14). Recuperado de: http://www.olafinanciera.unam.mx/new_web/14/pdfs/Huerta-OlaFinanciera14.pdf
- Jiménez, María Lucero (2015). Prólogo. En M. L. Jiménez & O. Tena (Eds.), *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica. Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (pp. 11-14). México: CRIM-UNAM.
- Jiménez, María Lucero & Tena, Olivia (2015). Introducción. En M. L. Jiménez & O. Tena (Eds.), *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica. Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (pp. 21-37). México: CRIM-UNAM.
- Kaletsky, Anatole (2009). Goodbye, homo economicus. *Prospect Magazine*. Recuperado de <http://www.prospectmagazine.co.uk/other/anatole-kaletsky-goodbye-homo-economicus>
- Katz, Claudio (2010). Elementos para una lectura crítica de América Latina. *Ensayos Críticos. Centro de Estudios*. Recuperado de <http://www.espaciocritico.com/?q=node/52>
- Klein, Naomi (2010). Las resistencias a la doctrina del shock en América Latina. En I. León, Irene (Ed.), *SumakKawsay/ Buen vivir y cambios civilizatorios* (pp. 41-54). Quito: Fundación de Estudios, Acción y Participación Social.
- Kuhn, Thomas (2006). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Illich, Iván (2006). Las tres dimensiones de la decisión pública. En I. Illich (Ed.), *Obras reunidas, volumen II* (pp. 489-507). México: Fondo de Cultura Económica.
- Lagarde, Marcela (2011). Las opresiones patriarcales y clasistas. En M. Lagarde (Ed.), *Los cantiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (pp. 87-110). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Lamas, Marta (2013). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría “género”. En M. Lamas (Ed.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 327-366). México: Miguel Ángel Porrúa & PUEG-UNAM.
- Lander, Edgardo (2000). Ciencias sociales: Saberes coloniales y eurocéntrico. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 4-23). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- _____ (2010). Crisis civilizatoria: El tiempo se agota. En I. León (Ed.), *SumakKawsay/ Buen vivir y cambios civilizatorios* (pp. 27-40). Quito: Fundación de Estudios, Acción y Participación Social.
- Lapavitsas, Costas (2011). El capitalismo financiarizado. Crisis y expropiación financiera. En C. Morera & C. Lapavitsas (Eds.), *La crisis de la financiarización* (pp. 33-90). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas & Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Lipovetsky, Gilles (2006). Tiempo contra tiempo o la sociedad hipermoderna. En G. Lipovetsky (Ed.), *Los tiempos hipermodernos* (pp. 51-110). Barcelona: Anagrama.
- López-Itzín, Juan (2013). Ich´el ta muk: La trama en la construcción del Lekil Kuxlejal (vida plena-digna-justa). En G. Méndez, et. al. (Eds.), *Senti-pensar el género. Perspectivas desde los pueblos originarios* (pp. 73-106). Guadalajara: Red Interdisciplinaria de Investigadores de los Pueblos Indios de México, Red de Feminismos Descoloniales y Casa del Mago.

López-Nájera, Verónica (2006). *¿Será posible el Sur? Crisis de paradigmas en el pensamiento crítico latinoamericano*. (Tesis de maestría inédita). Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

_____ (2010). *Renovar, repensar, resignificar. Derroteros del pensamiento crítico latinoamericano en la era global: Lo poscolonial en Bolivia*. (Tesis doctoral inédita). Universidad, Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Lugones, María (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.

Liotard, Francois (1987). *La condición posmoderna*. Madrid: Ediciones Cátedra

Macas, Luis (2011). El sumak kawsay. En A. Acosta, et. al. (Eds.), *Colonialismos del siglo XXI* (pp. 139-156). Barcelona: Icaria.

Magallón, Mario (2006). *Modernidad alternativa: Viejos retos y nuevos problemas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Maldonado-Torres, Nelson (2007). Sobre la colonialidad del ser: Contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (Eds), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127-168). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Mamani, Fernando (2010). *Buen Vivir/Vivir Bien. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*. Lima: Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas. Recuperado de <https://www.reflectiongroup.org/stuff/vivir-bien>

Marichal, Carlos (2010). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global 1873-2010*. Barcelona: Debate.

Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.

- Márquez, Humberto (2009). Diez rostros de la crisis civilizatoria del sistema capitalista mundial. *Problemas del desarrollo*, 40 (159), 191-210.
- Marx, Karl (2005). *El capital. Libro primero: El proceso de producción del capital (Volumen 1, 2 y 3)*. México: Siglo XXI.
- _____ (2008). *El Capital. Libro segundo: El proceso de circulación del capital. (Volumen 4 y 5)*. México: Siglo XXI.
- _____ (2009). *El capital. Libro tercero: El proceso global de la producción capitalista (Volumen 6)*. México: Siglo XXI.
- Mateo, Juan Pablo & Garzón, Alberto (2012). La crisis económica actual y la heterodoxia: Postkeynesianos, radicales y (neo)marxistas. *XIII Jornadas de Economía Crítica*. Recuperado de: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/jec13/Ponencias/economia%20mundial/La%20crisis%20economica%20actual%20y%20la%20heterodoxia.pdf>
- Maturana, Humberto (1990). Prefacio. En R. Eisler (Ed.), *El cáliz y la espada: La mujer como fuerza de la historia* (pp. 131-139). Santiago: Cuatro Vientos.
- Meireles, Monika & Martínez-Ávila, Eduardo (2011). El retorno de la desafiante tradición crítica latinoamericana. Sustrato teórico en la construcción de modelos alternativos de desarrollo. *Cadernos Prolam/Universidade de Sao Paulo*, 10 (1), 75-83.
- Mendoza, Antonio (2012). Teoría de la regulación: Una lectura de las grandes crisis económicas. *Ola Financiera*, 5 (12). Recuperado de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ROF/article/view/40386>
- Millán, Margara (2013). Crisis civilizatoria, movimientos sociales y prefiguraciones de una modernidad no capitalista. *Acta sociológica*, 62, 45-76.

- _____ (2014). Alcances político ontológicos de los feminismos indígenas. En M. Millán (Ed.), *Más allá del feminismo: Caminos para andar* (pp. 119-144). México: Red de Feminismos Descoloniales.
- Montaño, Sonia & Milosavljevic, Vivian (2010). La crisis económica y financiera. Su impacto sobre la pobreza, el trabajo y el tiempo de las mujeres. *CEPAL: Series Mujer y Desarrollo*. Recuperado de <http://www.cepal.org/es/publicaciones/5820-la-crisis-economica-financiera-su-impacto-la-pobreza-trabajo-tiempo-mujeres>
- Morin, Edgar (2010). *Pensar la complejidad. Crisis y metamorfosis*. Madrid: Universidad de Valencia.
- Novelo, Federico (2011). *De Keynes a Keynes. La crisis económica global en perspectiva histórica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Organización Internacional del Trabajo (2015). *Informe Mundial sobre salarios 2014/2015. Salarios y desigualdad de ingresos*. Recuperado de: <http://www.ilo.org/global/research/global-reports/global-wage-report/2014/lang-es/index.htm>
- Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (2016). *Datos estadístico OCDE*. Recuperado de: <https://data.oecd.org/emp/hours-worked.htm>
- Osorio, Jaime (2009). *Explotación redoblada y la actualidad de la revolución*. México: Universidad Autónoma de México-Unidad Xochimilco.
- _____ (2013). Fundamentos de la superexplotación. *Razón y revolución*, 25 (1), 9-34.
- _____ (2014a). La noción Patrón de reproducción del capital. *CEO*, 1 (1), 17-36.
- _____ (2014b). *Estado, reproducción del capital y lucha de clases*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas.
- _____ (2015a). América Latina en la valorización mundial del capital. *Revista da sociedade brasileira de economia política*, 41, 36-52.

- _____ (2015b). América Latina frente al espejo del desarrollo de Corea del Sur y China. *Problemas del desarrollo*, 182 (46), 143-163.
- Paredes, Julieta & Guzmán, Adriana (2014). *El tejido de la rebeldía. ¿Qué es el feminismo comunitario?* La Paz: Mujeres Creando Comunidad.
- Pérez, Carlota (2004). *Revoluciones tecnológicas y capital financiero: la dinámica de las grandes burbujas financieras y las épocas de bonanza*. México: Siglo XXI.
- Polanyi, Karl (2014). La economía como actividad institucionalizada. En K. Polanyi (Ed.), *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia* (pp. 187-222). Madrid: Capitán Swing.
- Prada, Raúl (2011). El vivir bien como modelo de Estado y modelo económico. En M. Lang & D. Mokrani (Eds.), *Más allá del desarrollo* (pp. 227-256). Quito: Fundación Rosa Luxemburg.
- Prebisch, Raúl (1996). El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas. *Trimestre económico*, 63(1), 249, 175-245.
- Quijano, Aníbal (2000a). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 122-151). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- _____ (2000b). Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal World-Systems Research*, 6 (2), 342-386.
- _____ (2010). América Latina: hacia un nuevo sentido histórico. En I. León (Ed.), *SumakKawsay/ Buen vivir y cambios civilizatorios* (pp. 55-72). Quito: Fundación de Estudios, Acción y Participación Social.
- _____ (2014a). ¿Sobrevivirá América Latina? En Z. Palermo & P. Quintero (Eds.), *Aníbal Quijano. Textos de fundación* (pp. 47-59). Buenos Aires: Ediciones del Siglo.

_____ (2014b). La americanidad como concepto o América Latina en el mundo moderno-colonial. En Z. Palermo & P. Quintero (Eds.), *Aníbal Quijano. Textos de fundación* (pp. 71-82). Buenos Aires: Ediciones del Siglo.

_____ (2014c). “Raza”, “etnia” y “nación” en Mariátegui: cuestiones abiertas. En Z. Palermo & P. Quintero (Eds.), *Aníbal Quijano. Textos de fundación* (pp. 83-99). Buenos Aires: Ediciones del Siglo.

_____ (2014d). Qué tal raza. En Z. Palermo & P. Quintero (Eds.), *Aníbal Quijano. Textos de fundación* (pp. 100-109). Buenos Aires: Ediciones del Siglo.

_____ (2014e). “Buen Vivir”. Entre el “desarrollo” y la des/colonialidad del poder”. En D. Assis (Ed.), *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 847-859). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2010). *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. La Paz: Piedra rota.

Santos, Boaventura de Sousa (2000). Hacia una epistemología de la ceguera. ¿Por qué razón las nuevas formas de “adecuación ceremonial” no regulan ni emancipan? En B. Santos (Ed.), *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia* (pp. 257-290). España: Desclée.

_____ (2006). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.

_____ (2009). *Epistemología del Sur*. México: Siglo XXI & Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

_____ (2010a). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Trilce y Extensión.

_____ (2010b). *Refundación del Estado en América Latina: Perspectivas desde una Epistemología del Sur*. Buenos Aires: Siglo XXI.

_____ (2011). *El milenio huérfano. Ensayo para una nueva cultura política*. Bogotá: Trotta & Ilsa.

_____ (2012). *Introducción: Las Epistemologías del Sur*. Recuperado de http://www.boaventuradesousasantos.pt/media/INTRODUCCION_BSS.pdf

_____ (2014). Más allá del pensamiento abismal: de las líneas globales a una ecología de saberes. En B. Santos & M. P. Meneses (Eds.), *Epistemología del Sur (Perspectivas)* (pp. 21-66). España: Akal.

_____ (2015). Ask Boaventura # 30. Ecologías y emancipación social. En *Seminario Virtual del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales “La Epistemología crítica del Sur: El pensamiento de Boaventura de Sousa Santos”*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=RqGoK1bLYQw>

_____ (2016). La izquierda del futuro. Una sociología de las emergencias. En P. Gentili (Ed.), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa* (pp. 205-212). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Santos, Boaventura de Sousa & Avritzer, Leonardo (2004). Introducción: Para ampliar el canon democrático. En B. Santos (Ed.), *Democratizar la democracia: Los caminos de la democracia participativa* (pp. 35-74). México: Fondo de Cultura Económica.

Santos, Boaventura de Sousa & Meneses, María Paula (2014). Introducción. En B. Santos & M. P. Meneses (Eds.), *Epistemologías del Sur (Perspectivas)* (pp. 7-17). España: Akal.

Santos, Boaventura de Sousa & Rodríguez, César (2011). Introducción. Para ampliar el canon de la producción. En B. Santos (Ed.), *Producir para vivir. Los caminos de la producción no capitalista* (pp. 15-62). México: Fondo de Cultura Económica.

Schumpeter, Joseph (1983). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Orbis.

Scott, Joan (2013). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Ed.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). México: Miguel Ángel Porrúa & PUEG-UNAM.

Segato, Laura Rita (2014). La perspectiva de la colonialidad del poder. En Z. Palermo & P. Quintero (Eds.), *Anibal Quijano. Textos de fundación* (pp. 15-43). Buenos Aires: Ediciones del Siglo.

Sotelo, Adrián (2012). *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*. México: Miguel Ángel Porrúa & Universidad Nacional Autónoma de México.

Soto, Roberto (2013). América Latina. Entre la financiarización y el financiamiento productivo. *Problemas del Desarrollo*, 44 (173), 57-78.

Subcomandante Insurgente Marcos (1996). Inauguración del Foro para la Reforma del Estado. La historia del principio y del fin. *Enlace zapatista*. Recuperado de <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/1996/06/30/inauguracion-del-foro-para-la-reforma-del-estado-la-historia-del-principio-y-del-fin/>

_____ (2012). *El viejo Antonio*. México: Eón.

Subcomandante Insurgente Galeano (2015). Hacia la genealogía de la hidra. En Participación de la Comisión Sexta del EZLN (Eds.), *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista I* (pp. 287-301). Chiapas: Editorial Independiente

Tapia, Luis (2014). *Epistemología experimental*. Bolivia: Posgrado en Ciencias del Desarrollo- Universidad Mayor de San Andrés.

Tello, Carlos & Ibarra, Jorge (2013). *La revolución de los ricos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Economía.

Tena, Olivia (2015). Preámbulo. En M. L. Jiménez & O. Tena (Eds.), *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica. Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (pp. 15-19). México: CRIM-UNAM.

- Tovar, Margarita & Tena, Olivia (2015). Configuración histórica de la masculinidad en comunidades indígenas de México a través del entronque patriarcal. *Fronteras*, 2 (2), 29-52.
- Ugarteche, Óscar (2014). La “gran recesión” y los cambios introducidos en la arquitectura financiera internacional”. En O. Ugarteche (Ed.), *Arquitectura financiera internacional: Una genealogía de 1850-2008* (pp. 319-341). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas.
- _____ (2015). Estancamiento con deflación redoux. *América Latina en movimiento*. Recuperado de <http://www.alainet.org/es/active/79336>
- Ugarteche, Óscar & Martínez-Ávila, Eduardo (2013). *La gran mutación. El capitalismo real del siglo XXI*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Económicas.
- Valencia, Sayak (2016). *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*. México: Paidós.
- Wallerstein, Immanuel (1995). ¿El fin de qué modernidad? *Revista Sociológica*, 10 (27), 13-31.
- _____ (2003). El invento de las realidades del tiempoespacio: Hacia una comprensión de nuestros sistemas históricos. En I. Wallerstein (Ed.). *Impensar las ciencias sociales* (pp. 149-163). México: Siglo XXI.
- Williamson, John (1990). Latin American adjustment. How much has happened? *Institute of International Economics*. Washington D.C.
- Zemelman, Hugo (2002). Sujeto y conciencia histórica como ángulo de construcción del conocimiento. En H. Zemelman (Ed.), *Necesidad de conciencia* (pp. 9-38). España: Anthropos.

_____ (2011). Pensar teórico y pensar epistémico. Los desafíos de la historicidad en el conocimiento social. En H. Zemelman (Ed.), *Configuraciones* (pp. 212-228). México: Siglo XXI.

_____ (2012). Afirmarse en horizonte o colocarse en el límite. En H. Zemelman (Ed.), *Los horizontes de la razón II* (pp. 165-182). España: Anthropos.

Zibechi, Raúl (2007). *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Zorrilla, Santiago (2008). *Diccionario de Economía*. México: Limusa.